Cuentos y Leyendas JAPONESES

Lectulandia

Esta obra presenta una selección de las historias más significativas y transmitidas de la literatura popular japonesa. Sus temas van desde el humor a la tragedia, pasando por los relatos de magia y culminando con dos epopeyas que forman parte del patrimonio cultural más propio del país. La finura y cuidado de la literatura japonesa se manifiesta incluso en estos anónimos escritores que aún en la narrativa popular adoptaban las formas más refinadas, poniendo de relieve la elegancia de estilo que ha hecho pensar que la literatura del Japón era obra de aristócratas. Esta publicación constituye un intento de aproximación a una milenaria cultura todavía desconocida en muy buena parte por los lectores occidentales.

Lectulandia

Anónimo

Cuentos y leyendas japoneses

ePub r1.0
Titivillus 26.04.17

Anónimo, 1982
Traducción: A. García Fluixá

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

A pesar de la indudable riqueza y el peculiar atractivo de la literatura japonesa, ésta no se conoce demasiado en Occidente.

Las razones de esta ignorancia son fundamentalmente lingüísticas, ya que lo intrincado del idioma japonés dificulta las traducciones y consiguientemente el acercamiento a las manifestaciones literarias.

Por otra parte, existe en Occidente la difundida creencia de considerar a los japoneses como una raza de meros imitadores sin personalidad propia para crear ninguna obra artística genuinamente suya. En el campo de la literatura, suele considerarse al Japón imitador de China; sobre este punto sería imposible negar el enorme papel que tuvo China en el desarrollo de la civilización japonesa, pero todo lo que el Japón tomó de China fue considerablemente modificado por el temperamento japonés fundamentalmente distinto del chino.

La literatura japonesa es predominantemente de tono aristocrático; fue frecuente en ciertas épocas que florecieran las literaturas cortesanas en los palacios de los emperadores y shogunes, donde prácticamente todos los nobles se entregaban al ejercicio de la composición poética. Ello no quiere decir que no haya habido baladas y narraciones populares; prueba de ello es la presente colección de cuentos y leyendas, pero, aún en este género de obras se manifiesta probablemente una mayor elegancia que en sus equivalentes occidentales; la literatura japonesa no es, pues, aristocrática en el sentido estricto de haber sido obra de los aristócratas, sino que en su mismo estilo puede observarse, hasta en la literatura vulgar, una tendencia casi constante a adoptar las formas más refinadas.

Los géneros literarios más sobresalientes y a los que nos referiremos con cierto detalle son la poesía, el teatro y la novela, pero en Japón se desarrollaron otros géneros tales como el diario, la narración de viajes y el libro de pensamientos con más facilidad que en otros países, debido quizás a su estructura aparentemente privada de forma, puesto que el escritor japonés suele ser como el pintor impresionista que produce una impresión de realidad a partir de pinceladas, aparentemente arbitrarias, de diversos colores.

Así, los incidentes inconexos del relato japonés nos dejan, al mezclarse unos con otros, un conocimiento impreciso de su vida.

Poesía

La poesía japonesa carece de rima, acento y cantidad vocálica; las leyes de la prosodia se reducen a contar las sílabas teniendo preferencia por la alternancia de versos pentasilábicos y heptasilábicos. No existen poemas épicos, didácticos, filosóficos o satíricos; los temas predilectos de los poetas japoneses son el elogio del

amor y del vino, la añoranza de los seres queridos, las elegías, las jaculatorias sentenciosas y la emoción ante los diversos aspectos de la naturaleza.

Las estrofas fundamentales son el *tanka*, una estrofa de 31 sílabas, distribuidas en versos de 5-7-5-7-7 y el *haiku* que contiene 17 sílabas repartidas en tres versos de 5-7-5. Dentro de esas dos formas o de variantes basadas en ellas, hemos de encontrar casi todo lo que los japoneses consideran como poesía. A esta brevedad estrófica se debe la ausencia de poemas extensos; en cuanto a no encontrar en la poesía de Japón poemas de carácter intelectual o no emocional se debe a que los temas considerados como poéticos estaban perfectamente delimitados por la tradición. El número de estados de ánimo está también limitado y la lista podría prolongarse indefinidamente hasta encontrarnos con una colección muy reducida de temas considerados aptos para la poesía y, dentro de esa colección reducida, un reducido número de modos de tratarlos.

El que los asuntos favoritos de los poetas japoneses fueran de índole sencilla fue consecuencia quizás de la fácil versificación o viceversa. Así y todo, se dieron algunos poemas largos.

Un rasgo evidente de la poesía japonesa es su poder de sugestión. Un poema realmente bueno tiene que completarlo el lector. Así en este *haiku* de Basho (1644-1694):

s cimas de las nubes
desmoronaron…
montaña iluminada por la luna.

El escritor no especificó de qué forma fue afectado por esta experiencia; un poeta occidental sin embargo hubiera añadido una conclusión de tipo personal. Pero eso es lo que ningún poeta japonés dirá explícitamente; su poema o lo sugiere o se malogra.

Los poemas japoneses más antiguos que conocemos se conservan en una obra de principios del siglo VIII d. C.: *Relación de cuestiones antiguas (Kojiki).*

El carecer de la estructura formal de otros tipos más convencionales de poesía fue una ayuda para los japoneses, cuyo fuerte, en la poesía o en la prosa, no ha sido nunca la construcción.

Durante extensos períodos se cultivó la estrofa encadenada que consiste, en su forma más sencilla en un *tanka* compuesto entre dos personas, una describe los tres primeros versos y la otra los dos últimos:

cogiendo hacia el mar
lluvias de mayo, corre fresco
río Monogami.
s barquitos pesqueros atan
s luces de luciérnaga a la ribera.

A este primer eslabón se unió un tercer grupo de tres versos de 5-7-5 sílabas con lo cual se abrió el camino para cadenas poéticas de muchas estrofas alternas de tres y dos versos. La unidad de tres estrofas quedó como la más importante dentro de esas cadenas, pues cada estrofa había de encajar con la anterior y con la siguiente.

Siempre y cuando este requisito se cumpliera y la poesía se mantuviera a un alto nivel evocador, no había necesidad de elaborar cuidadosamente un principio, un medio y un final. Pero cuando se perdió el arte de ajustar debidamente las estrofas, esta forma de versificar encadenada se convirtió en un juego de salón y fue abandonada por los poetas que dedicaron sus energías al *haiku* convertido en la forma poética favorita de los japoneses y la principal atracción de los poetas occidentales.

Teatro

El teatro es el género de la literatura japonesa que más atrajo la atención de Occidente; existen por lo menos cuatro tipos de espectáculo teatral: el *no* cuyo repertorio comprende principalmente obras de los siglos XIV y XV; el *kabuki* o drama lírico que nació en el siglo XVI como teatro popular; el teatro de títeres que posee obras de los siglos XVII y XVIII y, por último, el drama moderno escrito al principio en gran parte bajo la influencia occidental, pero ahora independiente. Nos fijaremos especialmente en los tres primeros.

No quiere decir «talento» y, por derivación, la exhibición pública del mismo, es una combinación de canto, música y danza, escrito en verso con una trama que unifica los tres elementos. Su origen fue secular aunque tuvo cierta influencia religiosa.

El *no* utiliza máscaras y cada representación dura unas seis horas. En cada programa se representan cinco piezas ordenadas según se estableció en el siglo XVI. La primera pieza trata de los dioses; la segunda de un guerrero; la tercera de una mujer; la cuarta de un loco y la última de los diablos o bien puede tener carácter festivo.

Este tipo de representación, el más aristocrático de todos, se fue convirtiendo en pasatiempo de los nobles cortesanos. Al final del siglo XVI surgió la renovación de las formas teatrales, apareciendo el *kabuki*, arte dramático que, junto con otras manifestaciones artísticas contribuyó a la renovación de ideales estéticos con que la boyante burguesía de esta época revitalizó la cultura japonesa.

Se compone también de tres elementos: canto, danza y técnicas de representación y tiene como carácter inicial un realismo propio de su origen popular. Este realismo, con el paso del tiempo, se ha convertido en algo muy relativo ya que la representación se ha ido estilizando y tiende a veces a ciertas formas de pantomima, debido esto también en gran parte, a la influencia del *no* y del teatro de títeres.

En este tipo de representación, la belleza formal, el sentido pictórico y el esquema

de colores adquieren la mayor importancia.

El actor tiene también gran relevancia; las técnicas de representación han ido transmitiéndose de padres a hijos, formándose auténticas dinastías de actores de *kabuki*, por lo que este oficio queda prácticamente limitado a los miembros de esas familias.

En el *kabuki* no tienen cabida las mujeres; los papeles femeninos son interpretados por actores especializados conocidos con el nombre de *onnagata*. Esta costumbre fue, en su origen, (1629) una prohibición motivada por la acusación de inmoralidad de las actrices.

El *kabuki* no utiliza máscaras como el *no*, sino maquillaje. Su función no es tan sólo crear el semblante del personaje que se va a representar, sino que debe ser adecuado a la fisonomía del actor con el fin de darle el máximo relieve a la expresión de su cara. Además tos colores tienen un significado convencional que ayuda a entender los rasgos globales del carácter del personaje: las franjas rojas representan justicia, valentía, equidad, fuerza; el azul indica crueldad y perversión; el blanco significa juventud, belleza, etc.

El teatro de títeres o *joruri* tiene como antecedente al *no*. La tradición de las máscaras contribuyó a que el público aceptase a los muñecos, y el coro que en el *no* recita en lugar del bailarín, preparó el terreno para que un narrador dijera los versos mientras actúan los muñecos.

Al principio los títeres eran pequeños y las personas que los manejaban lo hacían ocultas del público; poco a poco la talla de los muñecos fue aumentando lo que obligó a manejarlos a la vista de los espectadores.

Como es lógico, el teatro de títeres requiere un estilo literario especial, los textos tienen que suplir con su vivacidad la falta de expresividad de los muñecos. Los parlamentos y pasajes descriptivos están cuidadosamente compuestos.

Los títeres, en su competencia con los actores, acabaron perdiendo popularidad, aunque se siguen representando, como el *no*, para los conocedores del género.

Novela

La novela japonesa tuvo un doble origen: por una parte las anécdotas y los cuentos frecuentemente de índole fantástica, y por otra la poesía.

La pequeñez de las formas poéticas no lograba comunicar cualquier noticia manifiesta que se necesitase para la comprensión de los poemas, por lo tanto se les añadieron breves prefacios en prosa que explicaban las circunstancias en que fueron compuestos. Estos prefacios eran, a veces, más largos que los poemas y es posible que los cuentos se hayan compuesto originariamente como comentarios a los poemas.

Los cuentos de Ise y *El árbol hueco*, obras del siglo X, son exponentes de esta expresión literaria hasta llegar a *La historia del Genji* escrita hacia el año 1000 d. C.

Esta obra pertenece al período Heian (794-1191) en el que se produjeron una considerable cantidad de obras de ficción, ensayos y algunas obras semihistóricas con abundantes pinceladas de fantasía. Su autor fue una mujer, Murasaki no Shikibu miembro de la corte del mikado. *La historia del Genji* no está construida evidentemente según los conceptos de los novelistas occidentales; es una obra extensa —2500 págs.— y representa la culminación literaria de todo lo que la precedió; al mismo tiempo, su importancia capital la convierte en la obra más típica y grande de la literatura japonesa. Es la novela de la civilizada corte del Japón del siglo X, aunque no su retrato; más bien es la evocación de un mundo que nunca existió, la visión romántica de lo desaparecido.

Desde finales del período Heian hasta comienzos del período Yedo (1603), la literatura japonesa languideció. Muestra de esta época de decadencia fue *La historia del Heike* que, con mucha retórica y detalle romántico, relata las guerras civiles que por entonces devastaron el país.

Sin embargo, esta época no fue sólo un tiempo de tristeza. Se conocieron años de prosperidad en los que se escribió una cantidad considerable de poesía hecha en aquellas cortes. La literatura se descentralizó y comenzaron a escribirse libros en otras partes del reino, fuera de la capital.

Durante et período Vedo (1603-1868) hubo un gobierno autoritario, aunque generalmente benévolo, pero cada vez más ineficaz. Hacia fines del siglo XVII, florecieron las actividades culturales. Se produjo el resurgimiento de la religión sintoísta que produjo una literatura autóctona de puro estilo japonés. La literatura popular del período es abundantísima. Va no encajaban en el espíritu de la época las historias medievales guerreras. Todo el mundo deseaba estar al día y la novedad era una meta a alcanzar por los autores de mayor y menor categoría. Los momentáneos placeres de la vida eran más estimados que los valores eternos buscados por los medievales. El último novelista importante antes de la Restauración Meiji de 1868 fue Bakin, de intención moralista, muy influenciado por la literatura china.

La novela japonesa había descendido a su nivel más bajo a principios del siglo XIX; era una literatura desnaturalizada que apenas tenía que ver con el estilo de otros tiempos. La censura del gobierno impedía, por otra parte, que los escritores narrasen las realidades sociales que se estaban dando en el país: los levantamientos de los campesinos y la corrupción del gobierno no pudieron ser abordados. Los escritores se vieron, pues, forzados a limitarse a asuntos trillados o triviales.

Japón y la influencia de Occidente

Era el influjo de Occidente lo que había de traer nueva vida a la literatura japonesa. Esta influencia occidental provocó un interés creciente por los temas sociales, aunque por lo general, la poesía siguió fiel a la tradición; fueron otras ramas

de la literatura, fundamentalmente la novela, las que se convirtieron en vehículo del nuevo pensamiento.

Podemos decir que la literatura japonesa producida de 1900 a 1941 guarda mucha semejanza con la europea de la misma época. Las tendencias que por aquel tiempo se dieron en el Japón son (as mismas que se dieron en Europa, lo cual no quiere decir que la literatura japonesa perdiera su individualidad, sino que asumió la forma de variantes locales o regionales dentro de la corriente principal de la literatura moderna y no, como antes, dentro de una tradición independiente. Eso ocurrió sobre todo con las novelas y un poco menos con la poesía.

En el terreno del drama, los procedimientos europeos se utilizaron con mucha frecuencia incluso en los casos en que los asuntos estaban tomados de la historia japonesa medieval.

Durante la guerra se publicó poca literatura importante y los años siguientes tampoco corrieron mejor suerte ya que la mayoría de la gente tenía que dedicar todas sus energías a subsistir.

Comenzaron a aparecer novelas pornográficas, historias policíacas y otros tipos de literatura escapista. Más tarde surgieron las memorias de guerra, escritas no por generales o almirantes famosos como en Europa, sino por vulgares soldados, exprisioneros algunos de ellos, que narraban sus experiencias.

Actualmente, tal vez la literatura japonesa está entrando en una nueva época en la que las influencias europeas han sido finalmente incorporadas a las tradiciones nativas.

CUENTOS POPULARES Y DE ENCANTAMIENTOS

EL VIEJO QUE HACÍA FLORECER LOS ÁRBOLES

Hace muchos, muchos años, un viejo leñador que vivía en una pequeña aldea a la orilla de un gran bosque, salió por la mañana como era su costumbre diaria a cortar unos árboles para el señor de la provincia. Cuando estaba a medio camino observó a un pequeño perro blanco que estaba tumbado a la vera del sendero. El animal estaba delgado y esmirriado y no tardaría mucho tiempo en morir de hambre y de frío. El sufrimiento de la criatura movió la piedad del leñador quien lo cogió en sus manos, lo puso tiernamente en el regazo de su quimono y se volvió a casa. Su esposa vino corriendo hacia él sorprendida de que volviera tan pronto, y le preguntó qué había pasado. Como respuesta, el hombre descubrió al pequeño perro y se lo mostró a su mujer.

—¡Pobre perrito! —exclamó ella enternecida—. ¿Quién ha podido ser tan cruel contigo? ¡Y qué inteligente pareces ser con tus claros y brillantes ojos y tus orejas vivas y alertas! Unos viejos como nosotros te tendrán a gusto en su casa.

—En efecto, así es —murmuró el anciano que estaba deseando tenerlo como mascota.

Llevaron pues adentro al perro, lo colocaron en el suelo de paja y se pusieron en seguida a atender su enfermedad.

Con estos cariñosos cuidados el pequeño perro se puso bien del todo y fuerte. Sus ojos brillantes resplandecían, sus orejas se enderezaban al más mínimo ruido, su hocico estaba siempre moviéndose de un lado para otro, curioseándolo todo, y su pelo se cubrió de tal blancura que la anciana pareja le llamaba Shiro, que significa blanco. Como quiera que los ancianos no tenían hijos Shiro fue tan querido para ellos como un hijo y el animal seguía a los viejos adonde quiera que iban.

Un día de invierno el anciano cogió el azadón, lo echó sobre su hombro y marchó al huerto a coger unas verduras. Shiro, a quien siempre le alegraban enormemente estas ocasiones, saltó y brincó alrededor de su amo haciendo grandes círculos, y luego pegó varías carreras hacia las zanjas y los matorrales.

Cuando llegaron al campo echó a correr tan locamente como siempre y ladró de placer al arrojarse sobre la maleza.

De repente se detuvo. Sus orejas se alzaron y se pusieron erectas y todo su cuerpo se avivó y tensó. Con el hocico en el suelo echó a andar lentamente hacia la empalizada que había cerca de una de las esquinas del huerto. Su hocico se contrajo olfateando encima de un montoncito de tierra. De pronto empezó a escarbar furiosamente apartando la tierra y echándola para atrás con sus patas. Su fuerte y excitado ladrido atrajo la atención del anciano que se hallaba en la otra puerta del campo, y pensando que Shiro tenía que haber descubierto algo muy extraordinario para que se comportase de aquella manera, echó a correr hacia donde estaba el animal para ver qué era aquello.

El hombre cogió su azadón y empezó a cavar en el agujero que había abierto

Shiro, y apenas había pegado dos golpes con la herramienta cuando una lluvia de monedas de oro empezó a manar como si fuera de un manantial invisible y a llenar el aire. El anciano se echó para atrás sorprendido y volvió corriendo a su casa para que su mujer viera el milagro.

Sin embargo su vecino, un hombre avaricioso y de mal genio que también había sido atraído por los ladridos de Shiro, había presenciado esta maravilla increíble desde la otra parte de la cerca de bambú que separaba sus campos. Sus ojos resplandecieron de codicia y casi no pudo controlar sus crispadas manos. Muy astutamente adoptó una voz amigable y rogó a los ancianos que le prestaran el perro durante el día. Corteses y bondadosos como eran, y siempre dispuestos a prestar servicios, el anciano levantó a Shiro, le dijo que se portara como un buen perro y se lo entregó al vecino por encima de la empalizada.

Al notar la mala naturaleza del hombre, Shiro se negó a seguir a su amo temporal. Se echó al suelo temblándole el cuerpo de miedo. El vecino lo acarició y le gritó, le gritó y lo acarició, pero sólo para conseguir que el temor de Shiro aumentase más. Cada vez más colérico por su parte, el hombre ató una cuerda alrededor del cuello de Shiro y lo llevó arrastrando hasta un rincón de su huerto en el que lo ató a un árbol, y lo hizo tan apretado y dejándole tan poca cuerda para moverse con libertad, que la pobre criatura se vio forzada a estar echada en una postura agonizante. Su garganta estaba tan constreñida por la cuerda que ni su verdadero amo podía oír sus débiles ladridos.

—Ahora —dijo el malvado vecino—, ¿dónde está enterrado? ¿Dónde está enterrado? Búscamelo o te mataré, despreciable sabueso.

Furioso, golpeó la tierra ante el hocico de Shiro. La hoja del azadón se hundió en la tierra y chocó contra algún objeto metálico. El arisco hombre se enderezó tenso. Sus ojos se ampliaron en ávida expectación. Al momento siguiente estaba arañando la tierra con ambas manos en medio de un frenesí de avaricia. Sin embargo, cuando no pudo desenterrar más que viejos andrajos, zuecos de madera y tejas rotas, su furia se hizo incontrolable. Agarró el azadón otra vez y golpeó salvajemente a Shiro, que en aquel instante se quejaba y se ponía a cubierto aterrorizado al pie del árbol. El golpe hirió cruelmente al animal, pero también cortó la cuerda que le sujetaba, por lo que el perro echó a correr en angustiados círculos, herido por el tajo y aullando de dolor. Su verdadero amo, atraído ahora por sus ladridos, corrió hacia la cerca, y al ver lo que estaba ocurriendo se llenó de pena. Shiro atravesó la cerca y su amo lo cogió cariñosamente en sus manos.

—Shiro, mi pobre Shiro, ¡qué cosa tan terrible te ha ocurrido! ¿Podrás perdonarme? ¿Podrás perdonarme mi cruel error? —lloriqueó el anciano.

Pero Shiro se apretaba temblando contra él.

El hombre regresó tristemente a su casa con su mascota. Allí te bañó y curó su herida y le dio de comer su comida preferida. Sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, el azadón de su infame vecino le había herido tan gravemente que el

animal murió aquella misma noche.

Los ancianos quedaron traspasados con su pérdida. Aquella noche no pudieron dormir y por la mañana temprano, con gran dolor y triste amargura, enterraron a su pequeña mascota en el rincón del huerto donde había ocurrido el milagro de Shiro. Sobre su tumba el anciano puso una pequeña lápida y junto a ella plantó un pino joven. Todos los días la anciana pareja iba a la tumba y de pie, con las cabezas inclinadas, lamentaban la pérdida de su amigo.

El árbol creció con una rapidez increíble. En una semana sus ramas daban sombra a la tumba de Shiro; a los quince días ya se necesitaban dos personas con los brazos extendidos para poder rodear su tronco; y al cabo del mes las hojas de su copa parecían barrer el cielo, tan grande estaba ya. Todos los días el anciano se asombraba ante esta nueva maravilla y decía:

—Mujer, esto es sin duda otro milagro. Nuestro pequeño Shiro ha muerto, pero su espíritu ha penetrado en este árbol. Su esplendidez y exuberancia no pueden morir. Se ha convertido en la savia de este magnífico árbol y está brincando furiosamente en sus hojas y ramas. Estoy seguro de que es así.

Y miraban al árbol con renovado asombro.

Las noticias del rápido desarrollo del árbol se extendieron en seguida. Desde los lejanos valles y montañas acudían diariamente gentes con el propósito de contemplarlo. Doblaban el cuello hacía atrás y forzaban los ojos para ver sus ramas más altas, ahora sumergidas en el halo del cielo. Movían sus cabezas y se susurraban unos a otros que no podía ser, pero luego volvían a levantar las cabezas para mirar otra vez y no podían dudar de lo que estaban viendo sus ojos.

Un día de invierno la anciana dijo a su marido:

—Marido, ¿te acuerdas de cuánto le gustaban a nuestro pequeño Shiro los pastelillos de arroz? ¿No crees que sería una buena idea confeccionar un buen mortero del tronco del árbol de Shiro y hacer pastelillos de arroz para ofrecerlos en su tumba?

—¡Es una idea excelente, fantástica! —replicó excitado el marido—. Lo haremos como tú dices. E inmediatamente empezó a afilar su enorme hacha.

Durante la mañana y la tarde siguiente estuvo trabajando, cortando lentamente el enorme tronco. Al fin, con una última y poderosa oscilación, el majestuoso árbol crujió y cayó a tierra con un rugido tan poderoso que se tuvo que oír en los rincones más apartados del Japón. De las hábiles manos del anciano salía poco después un bonito y elegante mortero que pronto estuvo dispuesto para recibir y moler el resplandeciente y blanco arroz. Con los corazones llenos de amor y cariño hacia la memoria de su pequeño amigo, la anciana pareja empezó a machacar el arroz con sus manos de almirez con el fin de convertirlo en harina antes de cocerlo. Pero apenas habían machacado poco más que una cazuela llena de granos de arroz, cuando ante sus asombrados ojos todo el puñado de grano se convirtió en un resplandeciente montón de monedas de oro.

¡Cómo se maravillaron! ¡Y con cuánta vehemencia hablaron de su buena fortuna a sus vecinos quienes se alegraron muchísimo de que a los ancianos les hubiesen caído tales riquezas! Bueno, todos los vecinos se alegraron menos uno, claro, el hombre irascible que tan cruelmente había matado al pequeño Shiro. Apenas podía contener su avaricia, al oír la historia del mortero mágico. Al día siguiente fue a la casa de la anciana pareja, los aduló, los lisonjeó y fingió gran pena al decir:

—Desde la muerte de vuestro pequeño perro estoy lleno de un gran remordimiento. Un gran remordimiento, buenos vecinos, porque siento que tuve yo la culpa. De noche y de día pienso que si sólo existiera una manera de demostraros lo que siento y de probaros de alguna forma lo arrepentido que estoy, lo haría contento. Hoy, con toda humildad, he venido a pediros perdón. Me agradaría muchísimo hacer pastelillos de arroz para ofrecerlos en la tumba del pequeño Shiro. Pero ¡ay! mi mortero es demasiado viejo, y yo demasiado pobre para comprar uno nuevo. ¿No me prestaríais vosotros, bondadosos amigos, vuestro mortero por un rato para que yo pueda hacer mi pequeña ofrenda a nuestro amiguito?

El afecto y la credulidad de los ancianos quedaron conmovidos profundamente ante esta falsa charla, y creyendo que estaba sinceramente arrepentido, permitieron al sutil bribón que se llevara consigo el mortero.

Al llegar a su casa no perdió tiempo en monsergas y se puso a preparar las tortas. Junto a su esposa, igualmente avariciosa, echó el arroz en el mortero y los dos se pusieron a machacarlo. Siguieron y siguieron machacando pero el oro no apareció y los dos gritaron furiosamente:

—¡Miserables granos, transformaos en oro, transformaos en oro!

Y machacaron más vigorosamente que antes. «Don-don, don-don» decían sus manos de almirez, y los granos volaban en todas direcciones pero de ellos no salía ni una sola moneda de oro. Sus fuerzas estaban ya a punto de sucumbir cuando de repente el arroz molido empezó a moverse y a transformarse.

—¡Está cambiando! —aulló el viejo pícaro.

—¡Seremos ricos! —gritó su esposa.

V se pusieron a bailar de placer alrededor del mortero. Pero en lugar de aparecer un brillante montón de oro, vieron con horror que no salían sino viejos andrajos, zuecos de madera y tejas rotas, exactamente igual a lo que había desenterrado en el campo. Tanta rabia le dio al hombre que agarró su destral y de un solo golpe partió en dos el mortero. Su esposa cogió otro destral y frenéticamente convirtieron en pedacitos las dos mitades del mortero. Encendieron un fuego después, arrojaron en él los trozos y se pusieron a contemplar cómo se convertían en cenizas.

Al día siguiente el anciano fue a pedirles el mortero, pero el vecino le dio una grosera respuesta.

—El mortero se rompió y quedó inservible. Al primer golpe de mi mano de almirez se partió por la mitad, así que lo hice leña y lo eché al fuego hasta que se convirtió en cenizas. Si éstas te sirven de algo, cógelas. Están en el horno.

Con estas ásperas palabras el vecino le volvió la espalda y se negó a decir nada más.

El anciano estaba desolado. Primero miró a su vecino y luego al horno. No había cólera en su corazón, sólo una honda tristeza.

—Primero mi querido Shiro, ahora mi maravilloso y nuevo mortero —se lamentó para sí—, ¡Hombre insensible y sin sentimientos!, pero ¿qué se le va a hacer? Nada, no, nada puede devolvérmelos. Sólo quedan las cenizas. Pero son las cenizas de mi pequeño perro; porque ciertamente el mortero estaba hecho con su divino y maravilloso espíritu. Las cogeré y las enterraré junto a él. Sin duda se alegrará de saber que su espíritu vuelve a él.

El anciano recogió las cenizas en una talega de arroz y se volvió lentamente a su casa preguntándose lo que diría su mujer acerca de este nuevo desastre. Apenas había andado la mitad del camino cuando de un pinar cercano se levantó una suave brisa que danzó momentáneamente entre los árboles para remolinear luego alrededor del talego de arroz, levantarlo y expandir las cenizas en el aire. La brisa murió con tanta rapidez como se había levantado y las cenizas flotaron como copos de nieve sobre las frías y desnudas ramas de los árboles invernales.

Pero cosa maravillosa, allá donde se posaban las cenizas las ramas desnudas rompían en una profusión de hojas y flores y pronto por todos los alrededores del anciano la tristeza del invierno se había transformado en la alegría de la primavera y el aire se llenaba del perfume de las flores que se abrían. El anciano se volvió lentamente para presenciar este nuevo milagro. Alargó su mano para tocar las hojas y los pétalos y asegurarse de su realidad. Lentamente dio una vuelta y otra y otra, con los ojos sumergidos en el tierno verdor y su olfato lleno de la fragancia de mayo. De repente echó a correr excitado hacia su aldea.

—¡Mirad, mirad! ¡El viejo jardinero puede hacer florecer los árboles! ¡El viejo jardinero puede hacer florecer los árboles! ¡Mirad, mirad! —gritaba mientras que seguía cogiendo cenizas y poniéndolas sobre cada árbol y arbusto y viendo cómo éstos abrían sus capullos allá donde caía la ceniza.

Y sucedió que el señor de la provincia, acompañado de sus ayudantes, estaba haciendo un viaje de inspección por la provincia. Atraído por los gritos del viejo y por la multitud que rodeaba a éste, el señor detuvo su caballo y mandó a uno de sus criados que fuese a enterarse de lo que pasaba.

Mientras tanto el anciano, cuya alegría se había desatado con el nuevo y maravilloso poder que poseía, se había subido a un cerezo y al tiempo que cantaba arrojaba la ceniza en cada rama para que las flores rosas y blancas mostrasen ante ellos toda su esplendidez.

El criado del señor lo llamó. El anciano descendió del árbol y fue llevado a presencia del señor. Humilde y simplemente relató su historia, y cuando demostró el milagro de la ceniza el señor se llenó de gran contento y elijo:

—¡Maravilloso! ¡Verdaderamente maravilloso! Un hombre que hace que las

flores le sigan como una sombra. ¿Dónde habrá otro que posea un don de tanta belleza? Anciano, te voy a recompensar.

Y el señor descendió del caballo. Un ayudante trajo una mesa y sobre ella colocó una rara bolsa de brocado llena de monedas de oro. El mismo señor se la ofreció al anciano quien, inclinándose primero hasta el suelo, la tomó con humilde reverencia.

Como apenas podía esperar más para irse a su casa y contarle a su esposa el milagro de las cenizas y el honor que le había dispensado el señor de la provincia, echó a correr llevando fuertemente asida la bolsa, lleno de alegría y riendo de placer.

Pero el codicioso vecino que había sido testigo de todo el suceso, se llenó de amargura y resentimiento. Volvió corriendo a su casa y abrió la puerta del horno. Sin duda, pensó, que dentro habrían quedado rastros de las cenizas y quizás también en el suelo. Llamó a su esposa y juntos recogieron en una talega todo lo que había quedado. Con la talega bajo el brazo echó a correr y esperó a la orilla del camino por el que habían de pasar el señor y su séquito. El sonido de los cascos de los caballos le advirtió que la comitiva se estaba aproximando. El hombre se subió rápidamente al árbol más cercano y empezó a canturrear para sí y a gritar:

—¡El viejo jardinero puede hacer florecer los árboles, el viejo jardinero puede hacer florecer los árboles! ¡Mirad, mirad!

O sea, exactamente igual que había hecho antes el anciano.

El señor llegó con su caballo hasta el árbol y mirando hacia arriba, dijo:

—¡Qué! ¿Así que tenemos otro milagrero en esta aldea? Éste no es ciertamente el mismo viejo que he visto antes. ¡Eh, tú! ¿Eres otro que puede hacer florecer los árboles? Si es así, demuestra tus poderes inmediatamente.

—Sí, mi señor, lo haré enseguida —replicó el malvado vecino.

Rápidamente empezó a dispersar las cenizas sobre las ramas. Pero en vez de producir y hacer brotar flores, las cenizas se dispersaron en todas las direcciones y envolvieron al señor y a sus criados en una sofocante nube de polvo que penetró en sus ojos y se los inflamó, hizo asustarse al caballo del señor y el animal se desbocó.

El señor se indignó muchísimo y sus ayudantes arrastraron furiosos al estúpido desde el árbol y le pusieron de rodillas ante su señor. El hombre se arrastró miserablemente y se golpeó la frente contra el suelo llorando amargamente.

—¡He sido malo y ruin! —gritó desesperado—. En un arrebato de ira maté al perro de mi vecino y destruí su bonito mortero. No ha habido sino envidia y avaricia en mi corazón y debido a eso he causado muchísimo daño a mi buen vecino. Ahora he insultado a mi señor. ¡Perdonadme! ¡Perdonadme! Si accedéis a perdonarme, desde este momento enmendaré mis caminos y mis malos pensamientos. Lo único que os pido es que me deis otra oportunidad.

El señor estaba aún muy disgustado. Reprendió severamente al hombre de mal carácter pero al final le perdonó con la condición de que, si no cambiaba su modo de ser aquel mismo día, sería severamente castigado.

A medida que pasaban las semanas y los meses la anciana pareja se serenaba más

y era más feliz, y su buena fortuna iba también en aumento. Su vecino y la esposa de éste fueron cambiando lentamente su carácter y sus caminos. Su envidia dejó sitio a la bondad; su mal genio a la docilidad; y su grosería con los vecinos a una amistad afectuosa. En cada fiesta y aniversario los cuatro iban juntos al templo y a la tumba de Shiro para ofrecer oraciones y pastelillos de arroz para la imperecedera paz de su espíritu, y el resto de sus días lo gastaron en generosa y buena voluntad los unos con los otros y con todo el pueblo de la aldea.

EL GORRIÓN DE LA LENGUA CORTADA

Era otoño y estaba amaneciendo. El bosque se hallaba encendido con el rojo de los arces. Las grullas se deslizaban hacia los campos pantanosos de arroz para desayunar; en las orillas del río las ranas croaban a grito pelado; y el monte Fuji, envuelto en nubes, resollaba ociosa y tranquilamente en el lejano horizonte. Era una estación y una mañana que penetraba deleitosamente en el corazón del viejo leñador, y ni su pobreza ni la cortante lengua de su irascible esposa perturbaban su quietud y felicidad al cruzar el bosque en busca del combustible diario con su espalda encorvada y llevando en su mano un fornido palo.

Como los pájaros lo conocían y sabían que era un amigo amable y cortés, trinaban a su paso o saltaban de rama en rama a lo largo de su camino en espera de que les echase al suelo los granos de mijo que siempre llevaba para ellos en una pequeña bolsa que le colgaba del cinto de su quimono. Se había acabado de parar para echarles el grano en el suelo cuando por encima de sus gorjeos escuchó el plañidero lamento de «¡chi-chi-chi! ¡chi-chi-chi!». Parecía proceder de unos matorrales cercanos pero no se veía nada. El leñador, pensando que algún pájaro estaba en un aprieto, fue raudo adonde parecía provenir el lamento y apartando los matorrales, vio a un pequeño gorrión tirado en el suelo, quejándose con temor e incapaz de moverse. Levantándolo suavemente con ambas manos para examinarlo, comprobó que una de sus patas estaba herida. Metió al gorrión en su pecho a través de su quimono y regresó inmediatamente a su casa con el fin de asistir a aquella pequeña e infeliz criatura.

Su mujer estalló en improperios contra él al saber la razón de su retorno y le puso de hoja de perejil al conocer el proyecto de tener que alimentar otra boca, aunque fuese tan pequeña como la del pájaro. El leñador, ya acostumbrado a su viperina lengua, se movía silenciosa e indiferentemente, sólo con el propósito de atender al gorrión. Depositó al animal en un viejo trozo de ropa que había en un rincón y le dio de comer arroz hervido y blandos granos de mijo. Día tras día cuidó del pequeño pájaro, y con tan inquebrantable devoción, que cuando cayeron las primeras nieves, tenía la pata curada y el cuerpo totalmente restablecido.

Mientras que estuvo enfermo, el gorrión raramente salía de la jaula que el leñador le había confeccionado, pero al irse fortaleciendo empezó a aventurarse más. Solía posarse sobre la estera de paja o sobre el pórtico de madera que había en el exterior, pero siempre con un ojo alerta sobre la mujer del leñador que lo aborrecía y no perdía oportunidad de atacarlo con la escoba y de amontonar sobre su cabeza la ira de los siete dioses del trueno.

Con el leñador en cambio era diferente. El gorrión adoraba a su gentil salvador y el viejo hombre por su parte amaba al animal con todo el calor de su tierno corazón. Cada noche se posaba en el tejado de cañas de la choza para esperar su vuelta del bosque. Cuando le veía salir de los oscuros árboles, lanzaba una excitada bienvenida

con su «¡chun-chun-chun!» y volaba alrededor de su cabeza, se sentaba en su hombro y le cantaba en el oído.

Por las mañanas era distinto. Tan pronto como el gorrión veía que el anciano se preparaba para salir, se ponía a alborotar en el rincón de la jaula y a cantar su lastimero «¡chi-chi-chi! ¡chi-chi-chi!». El leñador, igualmente triste por tener que abandonar a su amigo, cogía blandamente en sus manos al pequeño animal, le acariciaba las suaves plumas y le decía:

—¡Bueno, bueno! ¿Crees que te dejo para siempre? Tranquilízate, amigo. Volveré antes de que la última luz abandone tos árboles.

Una mañana el anciano se fue como siempre, después de haberle dicho a su esposa que cuidase muy bien al gorrión y que te diese algo de comer durante el día. La vieja mujer se limitó a lanzar un gruñido, murmuró una maldición, y empezó a hacer los preparativos para lavar los quimonos de primavera. Sacó agua del pozo y llenó el gran balde de madera, y dentro de éste colocó los delicados quimonos de algodón para lavarlos. Luego tuvo que limpiar los tendedores con el fin de colocarlos de rama a rama de tos árboles. Sobre ellos tenían que extenderse de manga a manga los quimonos para que se secaran rápidamente con la suave brisa que soplaba a través de las hojas. Después colocó una cantidad de su precioso suministro de harina de arroz en una olla y la mezcló con un poco de agua para que se convirtiera en una blanca pasta. Hoy llevaba un especial cuidado en la preparación de esta mezcla porque estaba disponiendo los mejores quimonos que tenían ella y su marido para el advenimiento ceremonioso de la primavera, y era su costumbre empaparlos en la pasta de arroz con el fin de que recibieran una lustrosa brillantez. Aunque su provisión de comida era normalmente escasa, siempre se las arreglaba para apartar la suficiente cantidad de esta harina para el ritual anual. Después de dejar la olla en el exterior, se aplicó por entero a la larga tarea de frotar y empapar, empapar y frotar, hasta que los quimonos estuvieron limpios y frescos como jóvenes cañas de bambú. Ya era bastante más de mediodía cuando terminaba la tarea, y el pobre gorrión, ahora hambriento, cantaba lo mejor que sabía para ganarse el corazón de la mujer y los granos de mijo.

Pero como si nada. Ella continuaba con su colada como si el pájaro no existiera y las agrias líneas de su cara le decían que ella no tenía intención de darle nada para comer. Desesperado, voló hasta el pórtico y al ver la olla se posó en su borde. Sea lo que fuere la pasta que había dentro, tenía buen aspecto, olía bien, y… «sabe delicioso, ¡chun-chun!» trinó el gorrión al mismo tiempo que metía su pico en la rica pasta y ésta acariciaba su lengua.

—¡Oh qué plato! ¡Vaya descubrimiento! —gorjeó con deleite.

Y bajó una y otra vez su pico y no se sintió satisfecho hasta que el fondo de la olla apareció petado y limpio en el sol de mediodía del invierno. El gorrión voló desde la olla hasta la veranda y estaba disponiéndose a echarse un sueñecito bajo la luz del sol cuando la vieja mujer regresó con los quimonos para sumergirlos en la

pasta. Al ver la olla vacía todo su cuerpo empezó a temblar de odio y de cólera, y agarrando al gorrión antes de que éste tuviera tiempo de escapar, aulló:

—¡Has sido tú, has sido tú! ¡Has sido tú, glotón y comedor de basura! Pero voy a acabar para siempre con esas canciones que nos dedicas. ¿Lo oyes? ¡Para siempre!

Con la voz elevada hasta el límite, sacó un par de tijeras de su bolsillo, obligó al gorrión a abrir el pico, le cortó la lengua con las afiladas cuchillas y arrojó a la pobre criatura al suelo. El gorrión levantó y agitó el polvo, batiendo con sus alas el suelo en agonía. Los gritos de dolor se formaban en su garganta, pero ningún sonido salía de su pico. Muchas veces intentó levantarse de la tierra, pero sus sufrimientos parecían haberle anclado allí. Girando y girando luchó y revoloteó. Luego, con un último esfuerzo de su pequeño cuerpo lleno de dolor, se levantó en el aire y desapareció por entre las copas de los árboles.

Cuando el leñador regresó a casa aquella noche se sorprendió muchísimo al no oír la usual bienvenida al acercarse a la choza. Su amigo no se veía por parte alguna. Y ningún alegre «¡chun-chun-chun!» rompía el silencio de la noche. Disgustado e intranquilo fue derecho a la jaula, pero la encontró vacía. Volviéndose a su mujer, preguntó:

—¿Dónde está nuestro pequeño Chunko?

—La puerca criatura se comió toda la pasta de arroz; así que le he cortado la lengua y lo he echado a la calle. Será mejor que se quede donde esté ahora; porque ya no puedo soportar más a ese miserable —replicó colérica la mujer.

—¡Qué despreciable eres, qué despreciable! —gritó angustiado el leñador, como si su lengua hubiese sufrido el destino de la del pequeño gorrión—. ¡Qué cosa tan cruel y malvada has hecho! ¡Pero lo vas a pagar muy caro! ¿Dónde estará ahora mi pequeño amigo? ¿Adónde se habrá ido?

—Por mi parte, cuanto más lejos esté mejor —saltó la mujer, indiferente a la pena de su marido—, ¡que bastante hemos hecho por él!

Aquella noche el leñador no pudo dormir. Se volvió y agitó ansiosamente pensando en su pequeño pájaro, llamándolo de vez en cuando con la esperanza de que pudiera contestarle. Cuando por fin llegó la luz de la mañana, se levantó y se *vistió* rápidamente para marchar en seguida al bosque a buscarlo. Durante un buen rato estuvo vagando y gritando:

—Gorrión de la lengua cortada, ¿dónde estás? ¿dónde estás? Ven aquí, pequeño Chunko.

Pero sólo oía las respuestas del croar de las ranas, los chillidos de las cigüeñas que volaban sobre su cabeza y los trinos de los pájaros del bosque. El alegre y sencillo canto de «¡chun-chun-chun!» no se oía por ninguna parte. Durante toda la mañana y parte de la tarde estuvo buscando al animal, olvidándose de comer o del cansancio y con el pensamiento puesto únicamente en encontrar a su pequeño amigo. Cuando la oscuridad empezó a adueñarse del bosque, transformando los sombreadores árboles en formas de amenazadores gigantes y bestias feroces, el

hombre se sentó al pie de un árbol, exhausto y desesperado, pero aún llamando a voces:

—Mi pequeño Chunko de la lengua cortada, ¿dónde estás? ¿Dónde estás?

Atribulados por la tristeza de la voz del leñador, algunos gorriones que se habían posado en las copas de los árboles por encima de él, descendieron para saludarle y hablar con él. El anciano se puso contentísimo al verles y les preguntó por su amigo. Los pájaros estaban hondamente conmovidos por la pena que dejaba notar el leñador, y después de cuchichear entre ellos, le dijeron:

—Abuelo San[1], conocemos muy bien a tu Chunko y sabemos dónde vive. Síguenos y te conduciremos hasta su casa.

El leñador, olvidándose de cualquier pensamiento acerca de su cansancio, se puso en pie y anduvo detrás de los gorriones. Durante largo rato les estuvo siguiendo en la oscuridad, hasta que por fin llegaron a un claro en el que, debajo de un techado de musgo, y rodeado de renuevos de bambú, había una casa alegremente iluminada con lámparas que colgaban de las vigas del techo.

Inmediatamente salió a saludarle una bandada de gorriones que se alinearon ante él y se inclinaron reverentemente hasta que sus picos tocaron el suelo. Lo introdujeron con toda cortesía en la casa y lo ayudaron a quitarse los zuecos y a ponerse unas suaves zapatillas en los pies. Después lo condujeron a lo largo de un pasillo de brillante madera de cedro hasta una habitación que tenía una alfombra completamente nueva. Aquí se quitó cortésmente las zapatillas y entró descalzo. Los gorriones corrieron las cortinas de una sala interior en donde se encontraba el pequeño Chunko rodeado de una bandada de sirvientes, sentados en el suelo y esperando su llegada.

—¡Oh, pequeño amigo! ¡Al fin te he encontrado! Te he estado buscando en cada árbol del bosque con el fin de llevarte conmigo a casa y consolarte y pedirte perdón por la maldad de mi esposa. ¿Y tu lengua? ¿Está ya curada? ¡Cómo he padecido por ti! Estoy contentísimo de volver a verte —dijo el leñador con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

—¡Gracias, gracias, abuelo! Estoy completamente curado, gracias. También yo siento mucho placer al volverte a ver —lloró el pequeño gorrión que voló hasta el hombro del leñador para que éste le acariciara suave y tiernamente.

—Pero ven que te presentaré a mis padres —dijo el pequeño Chunko.

Y diciendo esto, el gorrión lo condujo a otra alcoba donde le presentó a sus padres que ya sabían del rescate de su hijo de la muerte y la gran bondad que había mostrado el leñador durante los largos días de su enfermedad. Inclinándose reverentemente, los pájaros padres expresaron su agradecimiento al anciano, murmurando con profunda gratitud que la obligación que ahora tenían con él jamás podrían pagársela. Llamaron a los pájaros sirvientes y les ordenaron que preparasen una fiesta. Como invitado de honor que era, sentaron al anciano muy cerca de la alcoba en la que colgaba un rollo de seda con la inscripción de un poema. El viejo leñador estaba muy sorprendido por

la esplendidez de la mesa y de sus viandas. Los palillos eran de marfil puro, las tazas de la sopa estaban bañadas en oro, y las fuentes procedían de las mejores caleras de la tierra. Un plato exquisito seguía a otro plato exquisito y todo era servido con delicadeza y buen gusto.

Después del banquete entró un grupo de jóvenes gorriones elegantemente vestidos con quimonos de alegres colores, y para acompañar a los dos pájaros más viejos —uno tocaba las cuerdas de la samicen[2] y el otro cantaba la letra de la canción— ejecutaron la famosa y clásica danza «El viento entre las hojas del bambú».

En aquel momento se levantó un ligero vientecillo en el bosque de bambú del exterior que meneaba las hojas en armonía con las dulces voces de los bailarines que se juntaban a la letra de la canción. Cuando la danza hubo terminado y murió el viento de entre las hojas, los bailarines se inclinaron reverentemente antes de desaparecer en la habitación interior. Casi inmediatamente apareció un segundo grupo cuyos componentes llevaban unos parasoles al son de «tom, tom, tom». Y las lámparas que colgaban de las vigas seguían el ritmo de la danza. Los ojos del leñador se avivaron, de vez en cuando seguía el compás con sus palillos y se hallaba perdido en la alegría de la maravillosa escena.

La música se acabó y los bailarines saludaron y se marcharon. El hombre empezó a pensar en su esposa y con disgusto dijo a sus anfitriones que debía regresar a casa. Los gorriones se apenaron muchísimo y trataron de disuadirlo por todos los medios para que no se fuera, pero el leñador dijo que no estaría bien dejar por más tiempo sola a su esposa y que debía volver a su casa. Nunca antes había sabido que la vida pudiera ser tan buena, tan alegre, tan agradable. Nunca jamás olvidaría aquella noche y la rara bondad de sus honorables anfitriones. Pero ahora tenía que marcharse. Por eso no le presionaron más. Luego el pájaro padre habló:

—Honorable y gentil leñador, sabemos de tu grandeza de corazón y del cariñoso cuidado que prestaste a nuestro hijo único. Has llegado a amar a Chunko como si fuera tu hijo y Chunko te quiere como si fueses su padre. Queremos recordarte que nuestro humilde hogar siempre será el tuyo, que nuestra indigna comida será tu comida y que todo cuanto poseemos estaremos siempre dispuestos a compartirlo contigo. Mas esta noche queremos que aceptes un regalo nuestro como prueba de nuestra ilimitada gratitud.

Al decir esto los pájaros servidores trajeron dos cestas de mimbre que depositaron en el suelo, a los pies del anciano.

—Ahí tienes dos cestas —continuó el pájaro padre—, una es grande y pesada; la otra es pequeña y ligera. Cualquiera que escojas, honorable amigo, es tuya, y te la damos con los mejores deseos por parte de todos nosotros.

El leñador se hallaba profundamente emocionado y las lágrimas anegaron sus ojos. Durante mucho tiempo estuvo mirando al pájaro padre sin poder articular palabra. Al fin dijo:

—No quiero muchas posesiones de este mundo. Soy viejo y frágil y mi tiempo sobre la tierra no será demasiado. Mis necesidades son muy pequeñas. Así que aceptaré agradecido la cesta más pequeña.

Los pájaros sirvientes llevaron la cesta hasta la salita de la entrada y allí la cargaron a la espalda del anciano y le ayudaron a ponerse los zuecos. Todos los gorriones se congregaron a la puerta para despedirle.

—¡Adiós, mis pequeños amigos! ¡Adiós, pequeño Chunko! ¡Cuídate mucho! Ha sido una noche maravillosa que jamás olvidaré, dijo él anciano, y saludó cortésmente muchas veces. Con un movimiento final de su mano abandonó el bosquecillo y desapareció en las tinieblas del bosque con una bandada de gorriones volando delante de él para señalarle el camino.

Cuando llegó a su casa las nubes ya centelleaban con el sol de la mañana. Encontró a su esposa tan enfadada debido a su larga ausencia como una tormenta de noviembre, y su furia se desató sobre la cabeza del pobre leñador. De pronto, al ver la cesta que llevaba a la espalda, su cólera se detuvo.

—¿Qué es eso que llevas en la espalda? —dijo llena de curiosidad.

—Es un regalo que me han hecho los padres del pequeño Chunko —replicó el marido.

—Bien, ¿por qué entonces te paras ahí tan estúpidamente y no me lo cuentas todo? ¿De qué se trata? ¿Qué te han dado esas criaturas? ¡No te quedes ahí parado como si estuvieses muerto! ¡Baja la cesta de la espalda y mira qué tiene dentro! —regañó con su violenta voz. Y cogiendo las correas, bajó la cesta de su espalda y abrió en seguida la tapa.

Un resplandor de confusa brillantez cegó momentáneamente sus avariciosos ojos, porque dentro había quimonos tan suaves como el rocío de la mañana y teñidos con los pétalos de las flores silvestres, rollos de seda extraída de las plumas de las cigüeñas, ramas de coral procedentes de los mares del cielo, y ornamentos más centelleantes que los ojos de los amantes. Los dos estuvieron mirando en silencio, sorprendidos y extasiados. Todas eran riquezas que sobrepasaban la imaginación.

—Los sueños de un poeta —murmuró el anciano, y otra vez penetró en el silencio.

La mujer sumergió sus manos en la cesta y dejó que los ornamentos le pasaran por entre sus temblorosos dedos.

—¡Somos ricos, somos ricos, somos ricos! —repetía una y otra vez.

Posteriormente el anciano relató la historia de su aventura desde el principio. Cuando su esposa escuchó que había escogido la cesta pequeña cuando podía haberse quedado con la grande, estalló furiosa:

—¿Qué clase de estúpido marido tengo? Traes a casa una cesta pequeña cuando con un poco más de molestia podías haberte traído dos veces esta cantidad de tesoros. Seríamos el doble de ricos. Hoy mismo iré yo en persona a visitar a los pájaros. No tendré tan poco sentido como tú. Ya me las apañaré para regresar con la cesta grande.

El anciano leñador discutió con ella y le rogó que se conformase con lo que ya poseían. Tenían más riquezas que muchos reyes, lo suficiente para ellos y para todas las generaciones de parientes. Pero los oídos de la mujer estaban distraídos por los pensamientos de su mente avariciosa, y agarrando su bata salió disparada hacia la casa de los pájaros.

Como quiera que su marido le había dado una buena descripción de la situación de la casa de los gorriones, antes del mediodía estaba ya en sus inmediaciones.

—Gorrión de la lengua cortada, ¿dónde estás? ¿Dónde estás pequeño Chunko? ¡Ven aquí! —gritó.

Pero su voz era cortante y ni siquiera sus blandas súplicas podían ocultar su naturaleza pendenciera. Pasó bastante tiempo antes de que apareciese ningún pájaro. Al fin dos gorriones vinieron volando desde la casa para preguntarle lacónicamente qué era lo que quería.

—He venido a ver a mi pequeño amigo Chunko —respondió la taimada.

Sin añadir nada más, los gorriones la condujeron a la casa donde salieron a recibirla los pájaros sirvientes quienes, callada y reservadamente, la llevaron a lo largo del pasillo hasta la habitación interior. Tenía tanta prisa que rehusó detenerse para quitarse los zuecos de madera, con lo que los gorriones quedaron horrorizados ante modales tan insolentes y de mala educación. Cuando la vio el pequeño Chunko, voló aterrorizado hasta una viga del techo.

—¡Aja! Va veo que estás completamente recuperado, mi pequeña cosa. Va sabía yo que en realidad no te había hecho mucho daño —dijo con voz melosa.

Después se olvidó de toda modestia femenina y de la fría atmósfera que la rodeaba, para decir:

—Tengo mucha prisa. Por favor, no os molestéis en bailar para mí. Y tampoco dispongo de tiempo para comer nada. Pero como he venido desde tan lejos, por favor, dadme rápidamente un regalo como recuerdo de mi visita, y en seguida me marcharé.

En silencio, los pájaros sirvientes trajeron dos cestas, una grande y pesada y otra pequeña y ligera, y las colocaron delante de ella.

—Como regalo de despedida —dijo el pájaro padre—, acepta por favor una de estas cestas. Como ves una es grande y pesada; la otra pequeña y ligera. La que elijas será tuya.

Casi sin esperar a que el pájaro padre terminara de hablar, la anciana señaló inmediatamente la cesta grande.

—ES tuya —dijo el pájaro gravemente.

En la salita, con muchos suspiros y soplidos, los gorriones colocaron la cesta sobre la espalda de la mujer y la saludaron en silencio a las puertas de la casa. La vieja no perdió tiempo en inclinaciones sino que marchó apresuradamente hasta el cubierto del bosque, doblándose bajo el peso de la enorme cesta.

No bien estuvo fuera del alcance de la vista de los gorriones cuando se bajó la cesta de la espalda y abrió inmediatamente la tapa. Tuvo que retroceder horrorizada al

ver que de la caja salían unos monstruos y demonios cuyos ojos echaban llamas, las bocas humo y los oídos emitían nubes sulfurosas. Algunos tenían siete cabezas con cuernos que colgaban y rodaban sobre sus cuerpos, otros tenían brazos que se movían como serpientes, ondulantes y buscando a ciegas a través del sulfuroso aire. Los cuerpos, delgados, espigados e hinchados con los cuernos de las conchas del gran mar, flotaban arriba y abajo; entre ellos había uno que tenía el semblante de una muchacha con pelo negro ondulante cuyo único rasgo era la cuenca de un solo ojo colocada en el centro de una cara blanquísima. Todos ellos subían y bajaban y se movían sobre el horrorizado cuerpo de la vieja mujer.

—¿Dónde está esa ambiciosa y malvada mujer? —gritaban, y los serpenteantes brazos la tentaban y le retorcían todo el cuerpo.

De repente, todos los monstruos chillaron juntos con una voz ruidosa y estridente.

—¡Ahí está! ¡Ahí está esa vejarrona de mal corazón! Echemos sulfuro en sus ojos para que nunca más sean avariciosos. Abracémosla contra nuestros hinchados pechos para destruir la maldad de su carne. Piquémosla y mordámosla con nuestras agudas lenguas hasta que se muera, ¡se muera!, ¡se muera!

Llena de pánico, sintiendo su cuerpo helado, la vieja mujer salió huyendo. A través del bosque, de las zarzas y del agua corrió a la velocidad del viento, mientras los monstruos la perseguían alocadamente.

—¡Piquémosla, mordámosla, echemos sulfuro en sus ojos, pinchemos su carne con nuestros endurecidos pechos! —iban gritando.

—¡Oh, Buda, sálvame! ¡Sálvame de estos diablos! —gritaba la mujer.

Sus cuerpos flotaban por encima de ella, sus culebreantes brazos se alargaban para cogerla. De repente hubo un estallido de luz entre los árboles. Era el sol que se ponía y que hacía aparecer el cielo rosado y dorado. A medida que el resplandor dorado invadía el bosque, los monstruos retrocedían con gritos desmayados, y volviéndose despavoridos, se desvanecían en la oscuridad de los árboles donde ya no se vieron más.

La vieja mujer se detuvo, sin aliento y temblando, y su cuerpo enfermó por cada poro. La brillantez del bosque estaba ahora decayendo, y temiendo el retorno de los monstruos, se marchó en seguida, exhausta y temblando a cada paso.

Cuando llegó a su casa su marido, conmovido por su lastimoso estado, salió corriendo para ayudarla hasta el pórtico, donde se sentó palpitando antes de poder hablar.

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Qué te ha ocurrido? Por favor, dímelo —rogó el anciano.

Su mujer, después de relatarle la historia, dijo:

—Durante toda mi vida he sido de mal corazón y avariciosa. Ésta es la retribución que me merezco. He recibido mi lección, amarga, pero quizás no tanto como la vida que yo te he dado a ti. Ahora sé lo mala que he sido. Pero desde este momento reformaré mis caminos. Trataré de ser una mujer más bondadosa y más dócil, y una mejor esposa para ti, querido marido.

El hombre colocó su mano sobre su hombro y los dos comprendieron que los malos días habían pasado para siempre. Durante los años que les quedaban ni un mal deseo ni una mala palabra pasarían jamás por los labios de la mujer.

Los gorriones se convirtieron en sus mejores amigos y los unos se devolvían las visitas a los otros. Mucho tiempo después tos ancianos murieron, y los gorriones conmemoraron la historia del anciano y la anciana en una canción, y hasta donde yo sé, todavía la siguen cantando a sus hijos.

EL JOVEN URASHIMA

Al mismo tiempo que el crepúsculo caía sobre la aldea de Mizunce en la provincia de Tango, un joven pescador de la aldea llamado Urashima arrastraba su barca hasta la playa después de un largo día de pesca. A pesar de lo joven que era, su destreza en la navegación y el anzuelo se igualaba a la de los mejores pescadores de la aldea, y en los días en que parecía que el mar estaba vacío de peces y que sus mayores se lamentaban de la pobre y desastrosa estación, Urashima nunca regresaba sin algo que hubiese premiado el trabajo de la jornada.

Un día, después de haber asegurado bien su barca en la arena, Urashima echó a andar hacia su casa con lo que había pescado. De pronto su atención se vio atraída por un círculo gesticulante de niños que estaban armando gran alboroto en el lugar que las rocas cedían terreno a la arena. Los niños parecían estar aporreando sin misericordia a algo que había en medio de ellos. Al acercarse más, Urashima comprobó que el objeto de los golpes era una gran tortuga.

—Me toca a mí ahora tocar el tambor —gritó uno de ellos, y golpeó con el palo el lomo de la enorme tortuga.

—Ahora me toca a mí —exclamó otro, y un látigo de hierbas y algas marinas silbó en el aire.

—Ahora todos juntos —chillaron, y los palos y los zurriagos, uno detrás de otro, llovieron sobre el cuerpo del animal.

Con su ofuscada cabeza metida dentro de su sólida concha, la tortuga, demasiado lenta y pesada para escapar de sus jóvenes atormentadores, permanecía quieta, sufriendo los agudos dolores que cada porrazo transmitía por su caparazón a todas las partes de su cuerpo.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó Urashima encolerizado por la crueldad de los niños y por el lastimoso estado de la desamparada criatura—. ¡Parad en seguida! ¿Creéis que estáis haciendo bien al golpeara esta desventurada tortuga?

Los chicos no le prestaron atención y renovando sus golpes sobre el lomo del animal, dijeron:

—Esto no te importa a ti, Urashima. La tortuga es nuestra. Nosotros la hemos capturado y podemos hacer con ella lo que se nos antoje.

—Pero no tenéis derecho a golpearla —dijo Urashima—. Ella sufre como vosotros sufrís. Oíd, si os doy dinero, ¿me daréis la tortuga?

—¡Claro que sí! —gritaron todos a una—. Si nos das dinero será tuya en seguida.

Urashima les entregó el dinero y los niños, con gritos de júbilo y riéndose a carcajada limpia por su estupidez, echaron a correr hacia la aldea. Urashima se volvió a la tortuga, le acarició la concha y le dijo:

—Bien. Si hubieran seguido pegándote un poco más, tu vida habría estado en gran peligro. ¿Qué te ha traído por aquí, dócil criatura? Por favor, de ahora en adelante procura no ser tan descuidada en el camino que escoges para salir de tu mar

nativo.

Urashima cogió a la tortuga con sus brazos y anduvo con ella hacia la orilla del mar. Metiéndose con ella en el agua hasta las rodillas, la soltó en las limpias aguas azules y la vio empezar a nadar y sumergirse con placer en las olas que rodeaban sus pies. Con una mirada de gratitud a su benefactor, la tortuga se adentró en el mar hasta que se perdió de vista.

Lo siguiente ocurrió tres o cuatro días más tarde. La mañana era calurosa y sin viento. No se oía ningún ruido excepto el chillido de alguna gaviota que volaba por los alrededores. Urashima estaba sentado en su barca, alejado de la costa, con sus pensamientos tan indiferentes como el cordel que atravesaba la superficie sin olas del mar. De repente una voz tan dulce como la campanilla de llamada al templo lo sacó de su ensimismamiento.

—¡Urashima San, Urashima San!

—¡Ajá! Sin duda que ése es mi nombre. Parece como si alguien me estuviese llamando. Pero ¿quién podría ser? Estoy solo y fuera del alcance de la tierra. Seguro que estoy soñando —pensó para sí Urashima, y volvió a mirar el anzuelo.

—¡Urashima San, Urashima San! —volvió a llamar la voz.

Ahora no podía haber duda. Era su nombre el que se estaba pronunciando. Se volvió rápidamente y allí, cerca de su barca, con la cabeza emergiendo de las cristalinas aguas, estaba su amiga la tortuga.

—¿Eras tú la que me llamaba hace poco, tortuga Chan[3]? —preguntó Urashima sorprendidísimo.

—En efecto, era yo, querido amigo —contestó la tortuga—. He venido para agradecerte la gran bondad que tuviste conmigo el otro día y para mostrarte mi gratitud y saludar a mi protector —porque así te consideraré siempre— con toda reverencia.

—No tuvo importancia realmente —dijo Urashima—. Es demasiado poco importante para recordarlo y no merece que me lo agradezcas tan afectuosamente. Pero por favor, no te alejes demasiado de tu casa. Puede ser peligroso y siempre hay gente que quiere hacerte daño.

—¡Ay! ¡Y qué sabio eres, Urashima San! —replicó melancólicamente la tortuga —. La rana debe quedarse en su charca y la cigarra en la copa de su árbol. Fui una tonta. Pero ya he aprendido la lección y de ahora en adelante me mantendré siempre en mi océano. Urashima San, tengo algo que preguntarte. ¿Has oído hablar alguna vez del palacio de la princesa del dragón?

—He oído algo acerca de ese palacio —replicó Urashima—. Pero nada de la princesa del dragón, ni tampoco he visto su palacio.

—Entonces tengo un gran regalo que hacerte, Urashima San —dijo la tortuga—. Deseo invitarte al palacio de la princesa del dragón.

—¿Quieres decir de verdad que tú conoces personalmente a la princesa del dragón? —preguntó asombrado Urashima.

—No sólo tengo el honor de conocer muy bien a su alteza —replicó la tortuga con dignidad de tal—, sino que soy una de sus principales asistentas. Va he contado a mi señora la forma en que tú me salvaste la vida y ella está ansiosa por conocerte y darte las gracias en persona por ello. Así que, Urashima San, ¿vienes?

Urashima, todavía no recuperado de la sorpresa de este extraño encuentro, contestó con cierta vacilación:

—Desde luego que me honraría muchísimo conocer a una princesa de tanta fama. Pero ¿dónde está su palacio? ¿Cómo puedo ir hasta allí? ¿Y de verdad quiere ella conocer a un humilde pescadorcillo como soy yo?

—Urashima, como te he dicho ya, mi señora está deseando demostrarte su profunda gratitud. Ella misma ha sido quien me ha pedido que te busque y que te pase su invitación. En cuanto a ir allí, no te preocupes. Te montaré sobre mis lomos y contigo encima nadaré a través de las sendas del mar que conducen al palacio de mi señora. Será un viaje maravilloso y estaremos allí en seguida. ¡Vamos Urashima!

Diciendo esto, la tortuga nadó hacia él para detenerse junto a la regata de la barca de Urashima.

Las palabras de la tortuga disiparon las dudas del joven quien, de un salto, se subió en la concha de la tortuga. Inmediatamente la tortuga empezó a nadar velozmente a través del tranquilo mar dirigiéndose hacia una roca que parecía haber surgido en aquel momento porque nunca antes la había visto Urashima, y que gradualmente se iba haciendo mayor. La tortuga de repente se sumergió y se movió graciosamente y a velocidad majestuosa en las verdes profundidades del mar. Cuanto más se sumergía más bonitos y señoriales peces les acompañaban en el viaje.

Primero vino un destacamento de peces espada que se pusieron a nadar delante de ellos para abrirles paso a través de las profundidades del océano. En su estela iban dejando gallardetes de sedosa espuma que eran sostenidos en largas hileras por las curvadas colas de miríadas de caballitos de mar. Siguiendo a los peces espada iba un destacamento de delfines que llevaba en sus lomos peces procedentes de distintos mares cuyas escamas fosforescentes iluminaban el camino con luces multicolores. Un regimiento de nobles besugos formaba el pasillo de la procesión, y arriba y abajo, en largas filas, nadaban las sardinas, los tiburones, las carpas, los peces voladores, los peces globo y los atunes, las sepias y las lampreas, las caballas y los arenques, y por encima de todos ellos nubes de transparentes medusas.

La cabalgata siguió bajando hasta que de repente, como un destello, apareció el castillo, el cual se hallaba iluminado con miles de iridiscentes burbujas de espuma. Ante los ojos de Urashima se encontraban dos gigantescas puertas que resplandecían con brillantes colores procedentes de las ondulaciones del mar, y ante cuyos pórticos nadaban toda clase de extraños peces y criaturas.

La tortuga se detuvo a las puertas. Se posó suavemente sobre el lecho del mar para que Urashima descendiera de su concha.

—Por favor, ten la bondad de esperar aquí unos minutos —dijo la tortuga.

Después atravesó a nado las puertas y desapareció de la vista de Urashima. El animal volvió casi inmediatamente adonde estaba sentado el muchacho, absorto en la contemplación de las maravillas que lo rodeaban.

—En nombre de mi graciosa señora, la princesa del dragón, te doy la bienvenida a su augusto palacio —dijo la tortuga con voz ceremoniosa—. Mi señora está impaciente por recibirte. Monta otra vez sobre mis lomos, Urashima San, y te conduciré a su imperial presencia.

Latiéndole fuertemente el corazón, Urashima subió a la enorme concha de su amiga que le transportó a través de las magníficas puertas. Una vez dentro, Urashima se halló en un paraíso en el que todos los arcos iris del mundo parecían empezar y terminar. Ante él se vislumbraba el contorno de un palacio de magnifico esplendor cuyo delicado trazado de torres, torretas y pagodas se proyectaban hacia arriba, hacia la lejana superficie del mundo. Al acercarse más, Urashima vio que lo que él había tomado por una profusión de capullos y flores eran hileras de hermosas doncellas ataviadas con ricos vestidos de brocado a las que un paje por cada una de ellas, no menos guapo que las doncellas, asistía y sostenía el abanico ornamental sobre su cabeza. Al aproximarse más comprobó que cada doncella vestía unas bandas brillantes de algas y anémonas marinas entre sus altísimos trenzados; y por delante, anidando en las ondas del pelo, estaba un joven besugo, mientras que entre los elevados moños de las frentes de los pajes, adornados con cintas, pequeños calamares y pulpos movían sus tenues miembros.

Al pararse Urashima como consecuencia del arrobado encantamiento en que se hallaba, las filas de los asistentes se dividieron en el centro como una ola para dejar paso a una mujer de belleza divina que avanzaba lentamente hacia él. Era la afamadísima y legendaria princesa Oto, la princesa del dragón. Urashima se puso de rodillas y se inclinó ante ella profundamente.

—Bienvenido seas a mi humilde morada —dijo la princesa—, quizás más que cualquier otro visitante del rey de mi mar y de más lejos. Porque tú has salvado la vida de mi querida y estimada asistenta y contigo tengo una deuda de eterna gratitud. Mi pueblo y yo nos alegraremos muchísimo si nos honras con tu compañía todo el tiempo que quieras.

Urashima se inclinó reverentemente otra vez. Después se puso de pie y anduvo con la princesa a lo largo de los grandes corredores del palacio seguidos por las doncellas y los criados. Los suelos estaban cubiertos de ágatas y de allí salían unas columnas para soportar los abovedados techos con adornos de coral. De los aposentos que había en los corredores salían piezas musicales que les seguían a su paso; y las aguas estaban por todas partes enriquecidas con los mejores perfumes. En la alcoba a la que finalmente entraron había una mesa baja y roja cubierta con un mantel de riquísimo damasco y dos sillas talladas de la misma vivida y roja madera.

La princesa precedió a Urashima y se sentó graciosamente en una de las sillas. Luego invitó al joven a sentarse junto a ella.

—Urashima San, después de tu largo viaje debes estar hambriento; así que vamos a comer —dijo la princesa haciendo un gesto significativo a uno de los criados.

Inmediatamente, de entre las columnas de coral salió una hilera de otros sirvientes que llevaban unas bandejas de oro y platos con los más ricos manjares procedentes de los cuatro puntos del océano. Mientras comían, las doncellas ejecutaron danzas de las cortes de los reyes antiguos, y cantaron melodías de amor de las baladas de antiguos romances con el acompañamiento del arpa, la flauta y el tambor.

Una vez finalizada la comida, la princesa invitó a Urashima a que la acompañara a ver el palacio. Pasaron por salones con paredes de marfil y mármol azul, jade y ámbar, madera de sándalo y de cedro, y suelos de piedra procedentes de las canteras de lejanos mares cuyos colores relucían y se fundían con los ricos matices de las paredes. Y esculpido en el techo de cada habitación estaba el magnífico dragón rojo y dorado de la dinastía de la princesa Oto.

Al fin arribaron a una sala desde la que se dominaba un rojo puente curvado que colgaba sobre una corriente profunda y clara como el cristal. La princesa se detuvo y aproximándose a una de las cortinas corredizas de una ventana, dijo:

—Por favor, descansa un momento y en el espacio de pocos minutos te mostraré el escenario de las cuatro estaciones. Primero miraremos a través de la ventana del este.

La princesa corrió la delicada cortina y Urashima tuvo ante él un paisaje con toda la frescura y el verdor de la primavera. Allí había un huerto de cerezos cuyas yemas estaban ya floreciendo. Los sauces se inclinaban sobre las aguas del arroyo y de cada rama salía la canción de pequeños pájaros cantores. Urashima sólo sintió el deseo de quedarse allí para siempre, pero la princesa le condujo hasta la ventana del sur, la abrió y le dijo que mirase.

De repente estalló ante él todo el calor del verano. La fragancia de multitud de gardenias blancas que rodeaban un estanque se extendía por todo el aposento. La superficie del estanque estaba cubierta de nenúfares de todos los tamaños que flotaban aquí y allá, con sus pétalos colgando. Los patos de plumas preciosas nadaban sobre la superficie y trasladaban los pétalos de las flores como si fueran una cascada. Las cigarras llenaban el aire con sus canciones y las ranas croaban alegremente. Pero la princesa condujo de nuevo a Urashima hacia la ventana del oeste y le pidió que mirara.

Ante él estaba el amplio paisaje incendiado con el rojo otoñal de los plátanos. La tierra de la montaña y del monte, de las orillas de los lagos y los ríos, de los valles y las llanuras estaba cubierta con la alfombra del fuego. El aborregado cielo colgaba sobre los picos de las montañas y el agua de los lagos y los ríos resplandecía roja en el aire del otoño. Y cosa rara, aunque el perfume de los crisantemos penetraba toda la escena, no se veían flores; Urashima, perdido de asombro, fue vuelto en sí por la voz de la princesa que ahora le pedía que viniera hacia la ventana del norte. Cuando ella corrió las cortinas, Urashima quedó boquiabierto.

Era invierno y todo el mundo estaba cubierto por una alfombra de nieve. El crepúsculo flotaba sobre el helado estanque donde las grullas dormían sobre una sola pata. Los juncos y las cañas crujían con el viento que repentinamente se levantaba y moría. Los árboles, los arbustos y los matorrales estaban cubiertos de nieve y puntas de hielo colgaban de las ramas y de las hojas. El cornudo ciervo vagaba bajo el frío entre los erectos pinos, mientras que los osos pardos, contrastando su piel con el blanco invierno, cenaban a base de cortezas de árbol.

El placer de Urashima no tenía límites. Cualquier pensamiento que tuviese de volver a su casa había abandonado su corazón. Su único deseo era quedarse para siempre con la princesa Oto en esta tierra encantada y mágica. Un mes tras otro Urashima vivió en medio de este hechizo. Cada día le traía alguna nueva maravilla para alegrarle y cada noche algún nuevo milagro para divertirle. Cuánto tiempo llevaba allí no lo sabía, ni tampoco le importaba demasiado.

Pero un día, repentinamente, empezaron a inquietarle los pensamientos sobre sus padres. Se volvió silencioso y triste, muy diferente de lo alegre y feliz que era antes. Un día la princesa le preguntó cariñosamente:

—Urashima San, ¿por qué estás tan triste y tan alejado de mí? ¿Qué te ha ocurrido? ¿Es que ya no podemos complacerte?

Pero Urashima volvió su rostro y no pudo contestar.

La princesa, ahora preocupadísima, procuraba todos los días producir placeres nuevos y mayores distracciones para él, pero todo era en vano. No importaba el sabor de las raras comidas, ni la dulzura divina de las voces de los cantores, ni la gracia de los bailarines, ni los encantos de la princesa, Urashima se negaba a todo consueto. Por fin un día, después de que la princesa le pidiera otra vez que le contara sus problemas, Urashima se puso la manga de su quimono ante los ojos y contestó:

—Hace ya bastante tiempo que me preocupan los sueños que tengo acerca de mis padres. Temo por su bienestar y me gustaría muchísimo verles.

Al escuchar estas palabras la princesa lloró amargamente, por lo que Urashima, profundamente emocionado, cogió su mano y dijo:

—No llores. Lo único que quiero es asegurarme de que nada les falta a mis padres. Sólo te pido que me permitas ir a visitarles por poco tiempo, y luego volveré a vivir feliz contigo para siempre.

La princesa estaba llena de pena. Pero al ver la infelicidad de Urashima comprendió que sería mucho peor si no lo dejaba marchar.

—Urashima Sama, a pesar de la gran pena que esto me produce, lo comprendo. Por favor, ve a verlos. Pero antes de que marches tengo algo que quiero que lleves contigo.

Diciendo estas palabras la princesa desapareció en una habitación interior, para volver casi al instante trayendo un cofre de oro atado con cordoncillos rojos. La joven se inclinó reverentemente y colocó el cofre delante de Urashima, el cual lo tomó con ambas manos y se lo llevó a la cabeza como prueba de aceptarlo.

—Urashima Sama, este cofre es especial, muy especial —dijo la princesa Oto—. Contiene un tesoro de incalculable valor, pero es mejor que no lo vean ojos curiosos. Lo llamamos el «don del *sayonara*[4]» y aquí te lo entrego, con mi deseo de corazón de que vuelvas cuanto antes. Vete ya, Urashima que todos estaremos esperando tu vuelta anhelantes.

La princesa se inclinó una vez más y dio unos cuantos pasos, tratando de esconder sus ojos tras las mangas de su vestido pero incapaz de contener sus lágrimas.

También Urashima se sentía muy triste al pensar en que debía dejar a su bella princesa, pero como sabía que no estaba bien mostrar sus sentimientos ante ella, contestó valientemente:

—Me voy, princesa mía. El don de despedida que me has entregado lo guardaré celosamente hasta mi retorno. Mis ojos nunca verán su contenido. Lo único que deseo de verdad es contemplar nuevamente tu rostro.

El joven miró el cofre con tanta fijeza que la princesa conoció que estaba luchando también por contenerse las lágrimas.

—Un día volverás a mí, Urashima Sama —dijo la princesa—, y siempre estaré esperando ese día. Lleva mucho cuidado con mi don y él te llevará sano y salvo a tu casa a través del mar. Pero recuerda, Urashima San, por tu bien y el mío, nunca abras el cofre. Se me parte el corazón al pensar en lo que pasaría si desoyeses mi advertencia. Que sean estas mis últimas palabras para ti, Urashima Sama. Adiós.

La princesa estaba demasiado apenada para verlo salir por las puertas. Se quedó dónde estaba y lo vio salir lentamente y dirigirse hacia donde su amiga la tortuga le estaba esperando pacientemente. Urashima subió a lomos del animal y éste se puso a nadar lentamente a través de las aguas profundas. Urashima miró con vehemencia y tristeza el lugar que contenía todo lo que él más amaba, hasta que dicho lugar fue empequeñeciéndose y finalmente desapareció.

Pronto el verde dio paso al azul fuerte hasta que por fin alcanzaron la superficie montados en la cresta de una enorme ola que les llevó hacia adelante a gran velocidad. Siguieron nadando en silencio hasta que al fin divisaron una playa arenosa y baja. De pronto el corazón de Urashima empezó a latir violentamente porque ahora estaba por fin en su casa. ¡Qué bienvenida tendría! ¡Qué maravillas iba a contar! La tortuga se dirigió hacia la orilla donde Urashima pudo desmontar fácilmente de sus lomos. Mientras él se quedaba de pie en el agua, con su don fuertemente cogido, la tortuga se deslizó suavemente hacia mar adentro y se volvió para decir:

—Urashima Sama, ¡*sayonara*, *sayonara*! Por favor, cuídate mucho, que te estaré esperando pacientemente para llevarte a tu hogar de debajo del agua. ¡*Sayonara*, Urashima Sama!

La tortuga dio media vuelta a su enorme cuerpo, y sin añadir palabra o mirada empezó a nadar rápidamente.

Urashima vio marchar a su querida amiga hasta que desapareció a lo lejos. Su corazón estaba apenado y una gran melancolía cayó sobre él. Se volvió a mirar a su

patria familiar con un espíritu enternecido.

Sin embargo su sorpresa fue grande al comprobar que todo estaba cambiado y que no había ningún signo que él pudiera reconocer. Subiendo por la playa llegó hasta la calle principal de la aldea, la cual apenas parecía la misma. El templo aún seguía en lo alto del monte, pero las viejas casas familiares habían sido demolidas y en su lugar se habían levantado unas nuevas. El altar de los viajeros todavía se hallaba a la entrada de la aldea, pero habían trazado una nueva carretera y un nuevo puente de madera cruzaba el río. Las caras que veía, todas extrañas, lo miraban con curiosidad y no encontró a ningún amigo. Atravesando la calle se dirigió hacia la casa de sus padres, pero se quedó de una pieza cuando la vio. Estaba cubierta de yerbajos; la hierba sin cortar se había adueñado de la puerta de bambú; el techo de cañas estaba roto y las paredes se hallaban agrietadas y ruinosas.

—¿Qué ha pasado aquí? —murmuró Urashima mirando a su alrededor—. ¿Es ésta la casa de mis padres? ¿Es esta mi aldea nativa? ¿Cómo se ha podido producir esta desolación en tan poco tiempo? ¿Dónde están mis padres?

En ese momento una anciana cuya espalda formaba paralelo con el suelo de la calle, se acercó cojeando a él y Urashima le preguntó:

—Abuela, ¿dónde está la casa de Urashima? ¿Dónde se ha ido su familia? ¿Qué ha sido de ellos? ¡Por favor, dímelo! —suplicó Urashima.

La anciana levantó la cabeza para observar a Urashima. Después de mirarlo fijamente durante mucho tiempo, dijo:

—¿Urashima, dices? Nunca he oído ese nombre. Llevo viviendo aquí ochenta años y jamás he conocido a nadie que se llamase así.

Urashima se intranquilizó muchísimo y dijo en voz alta:

—Pero aquí es donde solían vivir. Y eso no lo sabe nadie mejor que yo. Seguro que tienes que haber oído hablar de ellos.

La anciana se quedó silenciosa durante algún tiempo. Muchas cosas parecían estar luchando en su marchita cabeza. Al fin asintió y murmuró a Urashima:

—¡Urashima, Urashima! Ese nombre lo oí de niña, creo. ¿No fue el muchacho que cruzó el mar montado en la concha de una tortuga y que nunca regresó? ¿No es el joven de la leyenda? Se dijo que lo habían llevado al palacio de la princesa del dragón y que estaba allí prisionero. Pero yo no lo sé. Ha pasado tanto tiempo desde entonces… Como te he dicho, yo oí la historia cuando era niña y por lo visto todo eso dicen que pasó hace unos trescientos años.

Urashima apenas podía contener su asombro y su dolor al comprender lo que había pasado.

—¡Hace trescientos años! ¡Trescientos años! —murmuró Urashima para sí—. Y yo pensaba que habían sido sólo tres años. Parece que por cada año que soñé han pasado cien años. Eso lo explica todo: mis padres muertos; nuestra casa en ruinas; la aldea irreconocible. ¡Oh! ¿Qué puedo hacer?

Y se puso a llorar amargamente.

Al cabo de un rato sus pensamientos volvieron a su princesa y a su nuevo hogar bajo el mar. Allí estaba su única esperanza. Corrió frenéticamente hacia la playa y allí escudriñó el mar buscando alguna señal de la tortuga. Pero no se veía nada.

—¡Tortuga San, tortuga San! ¿Dónde estás? Quiero que vengasen seguida. ¡Ven aquí! —gritó. Pero la única respuesta era la que daba el mar al recogerse y extenderse. Se sentó desesperado y el cofre que hasta entonces había llevado bajo el brazo lo puso delante de él. Al darse cuenta de su presencia, gritó lleno de júbilo:

—Seguro que su don me ayudará. Habrá instrucciones dentro que me indicarán la forma en que puedo volver a mi querida princesa.

Olvidando así el aviso de la princesa, desató ansiosamente los lazos y con manos temblorosas levantó la tapa. Una nube de púrpura salió del cofre y envolvió a Urashima completamente. Cuando se dispersó la neblina Urashima comprobó horrorizado que en él se había operado un terrible cambio. Su fresco y joven rostro se había llenado de líneas y arrugas; sus brillantes ojos se habían oscurecido y ofuscado; su pelo se había hecho blanco como la nieve y escaso. Los calambres rendían a sus dedos y el dolor a sus piernas, ahora delgadas y llenas de gruesas venas. Trató de levantarse, pero los incontables años atormentaban todo su cuerpo, y se notó sujeto a la arena porque su espalda se inclinaba en ángulo recto como la anciana de antes, y no podía ponerse derecho.

—¡Oh! ¿Qué he hecho? He olvidado tus palabras, querida princesa, y he abierto temerariamente el cofre. Ahora sé porqué me advertiste. Tú encerraste mi juventud en esta caja y soy yo sólo el responsable de su pérdida. Ahora todo se ha acabado, todo se ha acabado —se lamentó.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas. A través de sus casi ciegos ojos miró al mar, pero nada se veía en él, y sólo el mar gritó con él en su pena.

LA TETERA DE LA FORTUNA

Una mañana de los días en que el monte Fuji era adorado como un dios y como el más divino de todos los hijos de la naturaleza, un joven tejón, lleno de la alegría y del calor del primer sol de primavera, brincaba a sus anchas por un lejano brezal. Empezó a hacer piruetas, a dar saltos mortales, a brincar por encima de los matorrales silvestres y a gritar de placer al revolcarse por la alta yerba. A ratos se paraba para golpearse el estómago con sus dos patas delanteras como si fuese un tambor, un juego que los tejones gustan de practicar cuando están contentos. Tiene el alegre sonido del «pon-poko-pon-pon» y si hay niños alrededor éstos van a divertirse con el juego de los grotescos tejones.

El tejón de nuestra historia no se preocupaba de otra cosa sino de su propia felicidad, por lo que saltando una de las veces sobre un montón de mullida hierba, no vio que de una rama de bambú colgaba una cuerda de paja en cuyo extremo inferior había un lazo corredizo. El lazo se deslizó por los hombros del animal y éste se sintió atrapado fuertemente. Aterrorizado intentó escaparse, pero con ello lo único que consiguió fue que el lazo se le apretase más y cuanto más luchaba más fuerte se sentía cogido.

—¡Ay, ay! —gritaba—. ¡Ay, ay!

Sus chillidos llegaron a oídos de un calderero remendón que en aquel momento regresaba a su casa atravesando el brezal. Rápidamente se deshizo de su gran cesta de bambú y fue corriendo a ver qué pasaba.

—¡Ahí va! —exclamó el calderero sorprendido—. ¡Un pobre tejón cogido en una trampa! —enseguida se dispuso a liberar al pequeño animal.

—Ahora, tejón Chan, vete rápidamente a tu casa antes de que caigas en otra trampa maligna —le advirtió bondadosa pero firmemente el calderero.

Después alisó la piel del tejón herida por el lazo, le dio unas afectuosas palmaditas, y le dijo otra vez:

—¡Hala, ya te puedes ir!

El tejón se sentía tan emocionado por la bondad del calderero que, rompiendo a llorar agradecido, dijo:

—¿Cómo voy a poder pagarte lo que has hecho?

—Regresando sano y salvo en seguida a tu casa —replicó el calderero y acariciando de nuevo al tejón, reemprendió su camino.

El tejón permaneció un rato viéndole marchar y preguntándose qué podría hacer él para favorecer a su salvador. De repente se le ocurrió una idea, y poniendo en práctica su poder mágico, empezó a transformarse en una bella y ornamentada tetera. Su cuerpo creció de volumen y se hizo más redondo, y su pelo se alisó hasta convertirse en el rico y lustroso color bronceado de una vieja tetera. Su rabo se curvó como un mango y sus cuatro peludas pezuñas se transformaron en las cuatro patas de la tetera. Y precisamente su puntiaguda nariz se proyectó adonde debía estar el caño

de desagüe.

Luego, aprovechando una pausa que había hecho el calderero, quien se había detenido para ajustarse la cesta en la espalda, el tejón-tetera brincó vivamente dentro de ella y el confiado calderero continuó su marcha.

—Esposa, ya he regresado —gritó el calderero cuando llegó a su casa.

Su mujer vino corriendo y se inclinó para saludarle mientras que él ponía la cesta de bambú en la galería de madera que había delante de su pequeña cabaña. Cuando el marido se quitaba las sandalias ella se dio cuenta de la presencia de la tetera.

—¡Ahí va, ahí va! ¿Qué es eso?

Y ambos miraron asombrados la tetera.

La llevaron a su habitación y la pusieron en el suelo, donde su lánguido resplandor resaltaba contra la pobre y raída estera de paja. Se arrodillaron junto al objeto y lo miraron fijamente con silenciosa admiración.

—¡Es verdaderamente un milagro, un milagro! —murmuró el calderero.

—No existe una tetera más hermosa en todo el Japón —respondió su esposa—. ¿Dónde la has encontrado?

—No tengo ni idea de donde procede —contestó el calderero—. Antes de ahora nunca había visto este objeto.

Volvieron a callarse con los ojos extraños para todo menos para la deliciosa forma de la pequeña tetera.

—Es lo suficientemente exquisita como para ofrendarla al templo de Morin —pensó el calderero.

Y luego dijo en voz alta:

—¿Qué dices tú, mujer? ¿Debemos ofrecerla al templo de Morin?

—Es demasiado buena para nosotros y sé que el sacerdote se pondrá muy contento de recibir tal tesoro —replicó su esposa.

El calderero cogió con cuidado la tetera, la envolvió en un trozo de tela, y partió para el templo. Cuando el sacerdote vio la tetera quedó gratamente sorprendido porque a primera vista podía notar que era un valiosísimo tesoro y no podía imaginar cómo un hombre tan pobre como el calderero la había conseguido. Todavía le sorprendió más la historia que le contó el calderero, y como por lo visto no había manera de encontrar a su dueño, la aceptó prestamente para el servicio de la vieja Ceremonia del Té que se celebraba en el templo.

Cuando el calderero se hubo marchado, el sacerdote examinó la tetera con más detenimiento y pensó para sí:

—Realmente es una tetera de exquisita rareza. Invitaré a algunos amigos y cambiaremos impresiones sobre ella.

Llenos de curiosidad por lo que pudiera ser el nuevo tesoro del templo, los amigos llegaron. Se sentaron sobre un círculo de grandes cojines que había en el suelo. Las puertas y persianas de papel fueron bajadas y cerradas por completo y la habitación se convirtió en seguida en parte del jardín con sus cuidadas escaleras de

piedra, su enorme lámpara de piedra y sus diminutos pinos. Era un día perfecto para tratar asuntos como aquél.

Después de tomar las primeras tazas de verde té que les había servido, el sacerdote trajo un delicado trozo de tela que extendió en el suelo. Sobre él colocó la tetera para que los invitados pudieran examinarla y alabar su simplicidad de líneas, su simetría y el lustre de su metal. Todos sintieron una grandísima curiosidad por saber dónde la había adquirido el sacerdote y escucharon alelados la historia que les contó del calderero.

—Una tetera verdaderamente bella y digna de ser usada en el templo para la Ceremonia del Té —dijeron los invitados.

—En efecto, en efecto —contestó el sacerdote—. Esta tarde celebraremos la Ceremonia del Té y la utilizaré por primera vez. Contribuirá a la pureza y al refinamiento de nuestro ritual. Venid esta tarde, amigos míos, dos horas antes de que se ponga el sol, y celebraremos la Ceremonia del Té.

Aquella tarde, dos horas antes de la puesta del sol, los amigos se congregaron en la pequeña choza exterior de los invitados que había en el jardín. El sacerdote llenó la tetera de agua y la colocó en el brasero de carbón. Iba ya a colocar los utensilios de la Ceremonia del Té en el orden prescrito cuando oyó un agudo chillido que decía:

—¡Demasiado caliente, demasiado caliente!

Y para asombro de todos cuantos estaban allí, la tetera salió zumbando del fuego y saltó al suelo. De ella estaba surgiendo la puntiaguda nariz, el suave rabo y las velludas pezuñas del tejón. Brincaba y saltaba por toda la sala dejando tras sí un rastro de vapor mientras seguía gritando:

—¡Demasiado caliente, demasiado caliente!

El sacerdote retrocedió atemorizado y farfullando:

—¡Es un fantasma! ¡Está hechizada!

Y apretó a correr fuera de la habitación seguido muy de cerca por sus invitados. Sus jóvenes monaguillos, al oír los gritos, vinieron corriendo en seguida provistos de las escobas y plumeros y con la intención de defenderlo mientras decían:

—¿Dónde está el fantasma? ¿Qué le han hecho a usted, padre?

Temblando de miedo, el sacerdote y sus invitados se asomaron al quicio de la puerta y miraron temerosos a la tetera que ahora había recuperado su forma y estaba reposando inocentemente en un rincón. Señalándola con el dedo, el sacerdote dijo:

—Puse esa tetera en el fuego para que se calentara el agua y de repente empezó a saltar y a gritar: «¡demasiado caliente, demasiado caliente!», y se lió a dar vueltas por la sala.

Los monaguillos cuchichearon entre ellos sobre este milagroso suceso y cautelosamente pincharon a la tetera con sus escobas y plumeros de largo mango. Uno de ellos se agenció una mano de almirez de piedra y con ella pinchó las redondeces de la tetera diciendo:

—¡Vamos, fantasma! ¡Enséñanos tus cuernos y tus pezuñas!

Pero nada pasó y la tetera siguió tan inmóvil y tan ¡nocente como antes.

El sacerdote empero había sufrido tan bruta! conmoción que decidió devolver la tetera al calderero. Y uniendo la acción al pensamiento, mandó llamar al calderero, le explicó todo lo que había pasado y le rogó que cogiera la tetera y que se la llevara.

—Bueno, bueno, ésta sí que es una tetera notable —dijo el calderero.

La envolvió cuidadosamente en la tela y se la llevó a su casa.

Aquella noche, después de que su esposa extendiera en el suelo sus esteras de dormir, el calderero colocó la tetera junto a su almohada y se retiró a descansar. Durante la noche, el calderero oyó una voz que le despertó:

—Calderero San, calderero San, ¡despiértate!

Todavía medio dormido, se frotó los ojos y cuando los abrió vio con gran sorpresa que de la tetera había surgido la aguda y peluda cara de su pequeño amigo el tejón, así como su blando rabo y sus velludas pezuñas.

—Estaba tan agradecido por tu desinteresada salvación —dijo la pequeña criatura — que decidí ayudarte de alguna forma. Por eso me transformé en tetera y me escondí en tu cesta. Yo pensaba que probablemente tú me venderías y al menos por una temporada dejarías de ser pobre. Pero tu naturaleza ha demostrado ser más generosa de lo que yo incluso había soñado y tú y tu mujer lo único que pensasteis fue en entregarme al sacerdote del templo. Pero mi único interés erais vosotros. Por eso inventé aquel truco con el fin de que el sacerdote me devolviera a vosotros.

El pequeño y peludo tejón sonrió para continuar:

—Algún día espero terminar mi existencia en la segura protección de un templo; pero mientras tanto yo os aseguro que juntos podemos hacer muchísimo. Ahora os pido que abráis un espectáculo público y yo actuaré para vosotros con el fin de que os hagáis ricos. ¡Os aseguro que soy un actor muy bueno!

Diciendo esto el tejón-tetera se lió a ejecutar tan asombrosas danzas y saltos acrobáticos que el calderero quedó encantado y comprobó que realmente había grandes posibilidades en lo que había dicho el tejón.

Al día siguiente compuso una barraca para espectáculos públicos y colocó carteles por todas partes que decían: «¡La tetera viviente!». «¡La única tetera viva que baila y anda por la cuerda floja!».

Las noticias se extendieron con la velocidad del viento a través de toda la comarca, y enormes multitudes acudieron de cerca y de lejos para fijarse en los llamativos carteles y en las brillantes y coloristas cortinas del tabladillo. El calderero se sentó en un alto escabel a la entrada y gritaba:

—¡Bienvenidos, bienvenidos honorables señoras y caballeros! Es vuestra única oportunidad de ver a una tetera viviente que baila con la gracia de una temblorosa hoja de bambú. ¡Bienvenidos, bienvenidos honorables señoras y caballeros!

Y ni él ni su esposa daban abasto casi a vender las entradas que la gente les pedía para entrar.

Dentro de la barraca la atmósfera estaba tensa de expectación. Las jovencitas iban

vestidas con sus brillantes y coloristas quimonos, y las jóvenes damas con el pelo peinado en moños que resplandecían de ornamentos parecían bandadas de estorninos. Las madres con sus hijos atados a las espaldas cuchicheaban incesantemente con cualquiera que estuviese dispuesto a escucharlas. Y los campesinos con sus cónicos sombreros de paja de arroz no charlaban menos que sus esposas. Era un océano de colores y murmullos y el único tema de las charlas era el milagro de la tetera viviente.

«¡Kachi-kachi-kachi!». El timbrado sonido de los golpes que anunciaban el comienzo del espectáculo silenció el excitado parloteo. La audiencia se hallaba tensa de anticipaciones cuando se corrió el telón que mostraba al calderero arrodillado en el centro del pequeño escenario. Estaba vestido con un delicioso quimono nuevo para la ocasión, y se inclinó saludando a la audiencia. En ese momento el tejón-tetera llegó corriendo hasta el escenario, se colocó junto al calderero y saludó profundamente con la gracia y los modales de una dama. Un susurro parecido al ruido que hacen los tallos secos de arroz corrió entre los espectadores.

—¡Mirad, mirad! ¡La tetera nos está saludando!

Con un gesto, el calderero pidió silencio a sus complacidos parroquianos, y con la voz altisonante y digna de un presentador, anunció:

—¡Honorable pueblo! ¡Esta rara, maravillosa y única tetera viviente va a danzar para ustedes!

Inmediatamente el tejón-tetera abrió un pequeño abanico y ejecutó una antigua danza infantil japonesa para deleite de los espectadores. Cuando terminó de bailar, el calderero tuvo que elevar la voz hasta el máximo para anunciar por encima de los aplausos:

—¡Y ahora, honorable pueblo, la principal atracción de la noche! ¡La única tetera viviente del mundo que camina por la cuerda floja!

El tejón-tetera se ató entonces una banda de algodón alrededor de la cabeza como señal de que iba a ejecutar algo realmente importante y peligroso. El calderero lo izó hasta una cuerda que cruzaba a través de todo el escenario y le entregó un quitasol y un abanico. El tejón-tetera realizaba tales travesuras y saltos espectaculares sobre la cuerda floja, que la multitud rugía de placer y aprobación, al mismo tiempo que pateaban y juntaban sus manos en un explosivo aplauso.

La tetera se hizo famosa y todos los días se reunía una multitud procedente de las ciudades y los pueblos, de las montañas y las costas, para verla actuar. Y el calderero y su esposa se hicieron pronto más ricos de lo que jamás hubieran podido imaginar.

Un día, el calderero, que cada vez apreciaba más a su pequeño amigo, le dijo:

—Mi querido y pequeño colega, ya has hecho demasiado por nosotros y me temo que te estés cansando o que trabajes demasiado por nuestra causa. Puedes estar seguro de que ahora tenemos más de lo que necesitamos para vivir, y aunque nos apenará muchísimo separarnos de ti, deseamos que vuelvas a tu forma primitiva, cualquiera que fuese, y que regreses a tu casa con los tuyos.

Desde aquel día se cerró la barraca y no dieron más espectáculos. El tejón-tetera,

que realmente se hallaba muy cansado, estaba contentísimo porque su plan de ayuda al calderero había resultado ser un completo éxito y ahora no deseaba otra cosa sino acabar sus días en la callada quietud del templo. Así que, con muchas reverencias y saludos, se despidió de sus amigos humanos y adoptó definitivamente la forma de tetera.

Con mucho cuidado el calderero transportó a su querido y pequeño compañero al templo de Morin, y allí narró al sacerdote con todo detalle todo cuanto le había acontecido desde su última visita.

El buen sacerdote estaba lleno de remordimientos por haber juzgado tan a la ligera al tejón-tetera, pero se alegró muchísimo de la buena fortuna que había traído sobre el bondadoso calderero.

—Ciertamente esta tetera es muy rara y valiosa —dijo el sacerdote— y nunca jamás la volveré a poner sobre el carbón ardiente del brasero.

Al contrario, la colocó en un sitio de honor en el templo donde permaneció durante muchísimos años. Y por lo que yo sé, es posible que aún continúe allí.

EL TRAJE DE PAJA DE ARROZ QUE VOLVÍA INVISIBLE

Esta festiva historia sucedió en una aldea japonesa en una fecha que supera a los más remotos tiempos que el hombre puede recordar; en efecto, tanto tiempo hace que nadie, ni siquiera el narrador de la historia que la transmitió a sus hijos y a los hijos de sus hijos, sabe el nombre de la aldea o en qué provincia estaba localizada. Era una aldea singular y sus habitantes todavía eran más singulares. Para dar una idea digamos que formaban un curioso lote, y aparte de que ninguno de ellos había sido bendecido con ninguna agudeza extremada, tampoco había nadie que tuviera las hechuras y las medidas propias para recibir el nombre de hombre o mujer. Algunos tenían unas cabezas tan calvas y alargadas como huevos de paloma; otros grandes y redondas como las sandías, mientras que unos cuantos las tenían tan desmochadas que parecían patatas en tugar de cabezas.

En la aldea había uno que era tan inútil que no servía para nada. Como ni siquiera tenía nombre le llamaremos Otoko San. Sin embargo tenía un temperamento tan malicioso que no se encontraba a gusto si no fastidiaba a sus vecinos. Tampoco podía quejarse nadie, porque procuraban pagarle con la misma moneda; pero cuando un día Otoko San se encontró con un *tengu* y decidió engañarle, empezaron a complicarse las cosas.

Digamos de entrada que el *tengu* es una criatura verdaderamente fantástica. Su nombre significa «duende de larga nariz» porque, en efecto, su nariz es de una longitud extraordinaria y en la espalda lleva dos traviesas alas de plumas. Su vestido es de lo más raro que uno pueda imaginarse y encima de la cabeza lleva colgado un pequeño sombrero negro atado con cordeles bajo la barbilla. Además de eso, está poseído de poderes mágicos. Así que sólo una persona sin ningún seso se atrevería a burlarse de un *tengu*, y mucho menos a acercarse a él.

Otoko San sin embargo era de esta clase de estúpidos, y en el día particular de nuestra historia se hallaba modelando ocioso una pipa larga hecha de un trozo de bambú. Primero pensó utilizarla para soplar y lanzar piedras con ella; luego creyó que podría ser un magnífico telescopio; y fue precisamente al mirar a través de ella con un ojo cuando en la otra punta vio aparecer a un pequeño *tengu* que venía volando errante hacia él.

—¡Ajá! —se dijo para sí Otoko San—. Aquí viene alguien con el que me puedo divertir. Voy a ver si puedo engañar a esa pequeña criatura y me da ese bonito traje de paja de arroz que viste.

Sin pensarlo dos veces se puso a mirar intensamente hacia el cielo a través de su tubo de bambú mientras lanzaba exclamaciones de sorpresa. Esto era demasiado para el *tengu* quien, como todos sus hermanos, era altamente curioso. Se puso a dar vueltas alrededor de Otoko San y a rogarle con chillidos que le dejase echar un

vistazo a través del tubo.

—¡Qué! ¿Que te preste mi bonito y nuevo telescopio que me han hecho especialmente para mí? ¡Ni hablar! ¡Oh! ¡Qué bonita se ve así la luna, veo los valles y las llanuras que tiene! ¿No te gustaría ojear una cosa así, *tengu* San?

Naturalmente, esto incrementó el deseo del *tengu* de mirar a través del tubo, por lo que empezó primero por ofrecer sus elegantes zapatos de madera, luego su lustroso sombrero negro, y cuando ya no hubo otro remedio, su traje tejido con paja de arroz. Esto era precisamente lo que quería Otoko San y en un momento cerraron el trato. Tan de prisa como pudo Otoko San se alejó del lugar del suceso, dejando al pobre y chasqueado *tengu* comprobando una vez más su mayor debilidad: el sentido de su credulidad.

En el instante en que Otoko San se halló fuera del alcance del *tengu* se puso el traje y ¡plaf!, no quedó rastro de él o del traje. Orgulloso de sí mismo se puso a bailar solo, hasta que decidió llegarse a la calle principal de la aldea.

Allí disfrutó de unos minutos gloriosos metiéndose entre las piernas de la gente, volcando sus puestos de comida, pellizcándoles las narices y asustándoles con infinidad de cosas. Los que atendían los puestos y los tenderos se escondieron detrás de sus cortinas y se maravillaban de las rarezas que estaban ocurriendo en una calle aparentemente normal. En aquel momento un vanidoso criado bajaba contoneándose por (a calle. No había llegado muy lejos cuando, de repente, un violento tirón de su oreja izquierda casi le hizo perder el equilibrio y en el momento en que se revolvía furioso para atrapar a su atacante se encontró con que otro tirón de la oreja derecha fe hacía describir un cómico círculo. Cayó al suelo produciendo un ruido sordo y allí sentado miró colérico en todas las direcciones del vacío contorno que le rodeaba, la gente, a pesar de lo asustada que estaba, estalló en sonoras carcajadas al ver que tan pomposo sirviente se comportaba más estúpidamente que el mayor tonto de la aldea.

Otoko San seguía haciendo de las suyas y ahora tenía justo delante de él a un serio trabajador que acababa de salir de una tienda en la que se había comprado unos elegantes zuecos nuevos con suelas blancas como la nieve. Justo en aquel momento se había detenido a abrir el paquete con el fin de admirarlos de nuevo. No es para contar la sorpresa que se llevó al ver que, de pronto, los zuecos volaban de sus manos y se ponían a danzar alocadamente en el aire vacío. Una joven aldeana, que lucía su mejor quimono de verano, se paró a mirar, y al hacerlo, su quitasol desapareció rápidamente de su mano y marchó danzando con los zuecos en alegre dúo. Hasta que ambas cosas, quitasol y zuecos, cayeron haciendo ¡plof! en un arroyo que corría junto al camino.

Otoko San se acercó ahora a una pescadería en la que las mujeres de la aldea estaban escogiendo pescado para la cena. En ese momento acababa de llegar un fresquísimo besugo que todos estaban admirando por su tamaño y brillantez. De pronto pareció que el enorme y rollizo besugo volvía a la vida porque pegó un coletazo en el aire y echó a volar por toda la calle abajo como si fuese un pez volador.

Esto era ya demasiado para los aldeanos y por eso todos ellos echaron a correr detrás del pez, sólo para recuperarlo en el suelo, sucio y manchado.

Otoko San, que se sentía ya cansado, decidió volver enseguida a su casa para reposar. Una vez dentro de su hogar se quitó el traje maravilloso y en seguida se hizo otra vez visible, lo cual le pegó un susto de muerte a su anciana madre porque la mujer no había visto entrar a nadie en la casa.

Mientras Otoko San dormía, su madre cogió el traje de paja de arroz de donde lo había dejado su hijo para quitarle el polvo.

—¡Hombre! —dijo la mujer—. ¡Vaya una porquería que ha traído a casa! Lo quemaré antes de que se despierte.

Inmediatamente metió el traje en el ardiente horno y muy pronto se convirtió en un montón de grises cenizas.

Al levantarse Otoko San, su primer pensamiento fue para el traje. No se veía por parte alguna. Cuando al fin su madre le confesó que lo había quemado, se encolerizó muchísimo e inmediatamente se puso a recoger cuidadosamente toda la ceniza en un enorme saco, creyendo que podría haber quedado todavía algo de su mágico poder. Se fue a un rincón del huerto, se quitó todas las ropas y cuidadosamente se restregó de la cabeza a los pies con la ceniza. Hasta este travieso individuo se sintió un poco extraño al verse desaparecer ante sus propios ojos; porque no obstante lo milagroso que pueda sonar, eso es lo que pasó, y en un corto espacio de tiempo no quedaba expuesto a la vista ni un solo pelo.

Con gran alegría por el resultado de su estratagema se marchó bailando hacia la aldea para mezclarse entre los grupos de gente de la noche. Las tabernas donde se bebía el *sake*[5] empezaban a llenarse y la deliciosa fragancia del vino atrajo en seguida a Otoko San hacia una de ellas. Una vez dentro se sentó en el suelo, junto a un enorme barril de licor. Y aprovechando un momento en el que los parroquianos habían llenado otra vez sus vasos, se arrodilló delante del barril, se amorró a la espita y empezó a beber avariciosamente.

Al oír el extraño ruido de los sorbidos, todos los que estaban en la taberna se volvieron sorprendidos, pero no se veía nada. Sin embargo el sonido continuaba y ahora parecía ir acompañado de un sonoro hipo. El tabernero, al ver que su pequeño perro estaba aparentemente lamiendo la canilla del *sake*, fue corriendo para detenerle y casi el detenido sin remedio fue él, porque justo en la punta del caño había lo que para todo el mundo parecía una roja y húmeda boca. ¡Y más aún, esa boca estaba indudablemente bebiéndose el *sake*! Las gotas del licor resbalaban por algo que empezaba a asemejarse a una barbilla y que eran el líquido que estaba lamiendo el perrito.

La compañía reunida se quedó estupefacta al comprobar que un área de piel palpablemente humana empezaba a mostrarse alrededor de los labios, y pronto una nariz y un par de penetrantes ojos se hicieron visibles. En el charco de *sake* que estaba cayendo de la espita al suelo empezaron a tomar forma un par de manos, y

luego, un poco más atrás, un trozo redondo de algo hinchado y regordete…

Volviendo en sí de su asombro, el tabernero pegó un alarido, lo que hizo que el rostro espectral levantara la vista y lanzara una confundida mirada a la expectante compañía. Soltando un grito, la cara se levantó en el aire y salió echando chispas de la taberna, acompañada de un alocado movimiento de las manos. ¡Había ocurrido lo peor! La ceniza hacia su trabajo mientras estaba seca, pero una vez mojada perdía todo su poder de invisibilidad y ahora Otoko San se encontraba verdaderamente en un lamentable estado. La multitud apretó a correr detrás de él, gritando al mismo tiempo:

—¡Venga hombre! ¡Muéstrate como es debido! ¿Dónde has metido todo el *sake* que te has bebido? ¡Ladrón! ¡Demonio! ¡Espera que te cojamos!

En aquel momento Otoko San se puso a transpirar copiosamente, y al mezclarse la ceniza con el sudor de su piel, ésta empezó a aparecer en trozos y parches como si fuese un dibujo a medio terminar. Jadeante y realmente asustado llegó corriendo al puente sobre el río y se tiró a éste de cabeza. Frenéticamente empezó a lavarse todo vestigio-de la ceniza de su cuerpo y pelo, y al fin, ante los asombrados ojos de sus perseguidores, salió arrastrándose miserablemente y temblando del agua. Uno de los espectadores, más avispado que los demás, le arrojó un quimono y todos te rodearon con gran curiosidad.

—¡Vaya! ¡Creíamos que eras un demonio, Otoko San! —dijo el jefe de la aldea —. ¿Cómo has podido llegar a este estado?

Otoko San agachó la cabeza avergonzado y tartamudeando relató la historia de su trato con el *tengu*. Al oír esto la multitud que se había congregado se desternilló de risa.

—¡Qué! ¿Tratando de engañar a un *tengu*? —exclamaron—. ¡Estás loco, Otoko San! Ni siquiera sin meter las narices en los negocios de los *tengus* puede decirse que estés a salvo.

La multitud estalló en carcajadas y se golpearon significativamente los muslos ante la necedad de Otoko San. Y hasta donde yo sé, también el pequeño *tengu* se está riendo todavía.

LA HISTORIA DE LA PRINCESA KAGUYA

I
La niña del árbol de bambú

Esta historia es tan antigua como el mismo tiempo. Ocurrió en una provincia apartada y trata de un anciano leñador que no cortaba otra cosa sino árboles de bambú. Todos los días, al marchar al bosque, le seguía una multitud de chiquillos que gritaban:

—¡Abuelo, abuelo! ¿Qué vas a hacer con los deliciosos bambúes que cortes?

Y el viejo contestaba:

—Las piezas mayores son para que el carpintero las trabaje en su taller, pero con los delicados tallos haré unas cestas muy bonitas.

—¡Abuelo, abuelo! ¿Harás cestas también para nosotros?

—¡Naturalmente! Pero ¿qué me vais a dar a cambio? Yo no tengo niños en casa… ¿Os vendréis a vivir conmigo?

—¡No, no! Tu casa es pobre y vieja, y además no te queremos —los niños rompían a llorar y se disgregaban como una nube de pequeñas arañas.

El anciano sonreía solamente, pero lo cierto es que las palabras de los niños le herían muchísimo. Por eso una noche de otoño, cuando las inocentes palabras de los ruidosos niños le habían herido casi más de lo que podía soportar, regresó desalentado a su casa y dijo a su esposa:

—Mujer, ¿por qué no ha sido bendecido nuestro hogar con niños que nos cuiden en nuestra vejez?

—No lo sé —suspiró la esposa—. Una y otra vez he rezado al señor Buda para que bendijese nuestra casa con un niño, pero nunca me ha escuchado. ¿Qué más puedo hacer? —al decir esto se limpió sus húmedos ojos.

Unos cuantos días después el anciano estaba ocupado como siempre en el bosque. Ni siquiera el rojo de los arces de otoño podía aliviar su desanimado espíritu. Trabajaba mecánicamente, sin entusiasmo ni orgullo. El «kan-kan» de su hacha sobre los huecos tallos se dejaba sentir a través de los árboles y sobre los montes en medio de la límpida atmósfera. El bambú que estaba cortando era joven, esbelto y de un verde fuerte. Un hachazo más y habría terminado. No bien hubo pegado el último golpe que partía en dos el tronco, cuando del interior de éste salió un chorro de luz de

una esplendidez inaudita que iluminó completamente todo el bosquecillo que te rodeaba. El anciano retrocedió asustado y sorprendido.

—¡Eh! ¿Qué milagro es éste? —gritó.

Por otra parte, al inclinarse el bambú, el anciano escuchó el sonido de una canción, primero en forma de susurro y luego cada vez más alto y más claro. El hombre miró a su alrededor, pero no se veía a nadie. Entonces comprendió que la voz procedía del corazón del tocón del bambú. Temblando, cortó cuidadosamente parte de la corteza. V allí dentro descansaba una menuda figura. Al acercarse más para verla comprobó que se trataba de una doncella con la cara más bonita que había visto jamás y que vestía las galas de una princesa. Era ésta la que cantaba tan encantadoramente; sin embargo, al ver al anciano se calló y le tendió sus pequeñas manos con una cariñosa sonrisa. El hombre pensó que nunca antes había visto a nadie tan agradable. Su rostro era blanco y bello como el oleaje del mar; su pelo, largo y negro, caía sobre sus hombros; y los ojos con los que miraba al anciano brillaban como estrellas. De su cuerpo salía el blando perfume de una miríada de flores; y el sonido de su voz era como una cascada.

El hombre la cogió gentilmente con sus manos.

—Nadie sino el señor Buda puede haber enviado tan preciosa niña —dijo en voz alta. Después se arrodilló para rezar sinceramente a aquel que al fin tenía la bondad de contestar al deseo de toda su vida.

Se metió a la pequeña criatura en el pecho y con cuidado terminó de cortar el tallo de bambú que todavía resplandecía con una luz misteriosa. Luego marchó en seguida a su casa para llevarle a su esposa la maravillosa noticia. Al aproximarse a la choza vio a su mujer que le estaba esperando a la puerta y que lanzó una exclamación de asombro al verle regresar tan pronto; pero el anciano no se lo tuvo en cuenta, sino que dijo:

—¡Un milagro, un milagro! ¡Rápido, mujer, rápido! Busca la mejor de mis nuevas cestas. ¡Rápido, te digo!

—¡Eh, eh! —saltó la vieja esposa pensando que su marido estaba ya fuera de sí —. ¿Qué milagro es ése? ¿Y para qué quieres la cesta?

—No te preocupes por eso. No preguntes nada. Sólo coge inmediatamente una cesta y luego te enseñaré una maravilla —añadió impaciente el marido.

La anciana entró corriendo en la choza y en seguida salió portando una bonita cesta. Del delantero de su quimono su marido sacó cuidadosamente a la niña de bambú —que así pensaba que era— y la colocó tiernamente en la cesta. Seguido luego por su asombrada esposa, entró con la improvisada cuna en la choza la cual quedó en seguida iluminada por la luz que salía de la cesta; y otra vez salió del cuerpo de la niña el agradable perfume a flores.

El anciano relató a su esposa la milagrosa manera en que había encontrado a la pequeña niña sin olvidarse de narrar lo que había sentido al oler el perfume que irradiaba la pequeña. Los ojos de la mujer se pusieron como platos escuchando a su

marido, y los dos estaban llenos de gratitud y de felicidad. Por fin tenían el niño que tanto tiempo habían estado deseando.

Algunos días después se dieron cuenta de que no le habían puesto nombre. ¡Vaya problema! ¿Y qué nombre podían ponerle que correspondiera a tan radiante criatura? Durante mucho tiempo estuvieron pensando y meditando, pero todo fue inútil. Finalmente la anciana dijo:

—Marido, nosotros somos gente sencilla y es posible que jamás demos con el nombre que conviene a nuestra milagrosa hija. Vayamos al maestro que vive cerca de aquí, contémosle la historia y que nos dé su consejo.

El anciano estuvo inmediatamente de acuerdo.

Volvió a meter a la niña en el seno de su quimono y marchó con su esposa hacia la casa del maestro.

El maestro se interesó muchísimo en su historia, aunque su sabiduría era tanta que nada podía ya sorprenderle. Durante largo tiempo estuvo contemplando a la niña mientras todos estaban sentados y silenciosos. Al fin se golpeó ligeramente las rodillas y exclamó:

—Evidentemente la niña pertenece a una buena familia. Tanto, que sin duda es una princesa. V puesto que es tan radiante y bella llamémosla princesa Kaguya.

Y tomando una primorosa pluma escribió el nombre en un rollo de papel.

—¿Cómo vamos a pagarte y recompensarte por pensar en tan bonito nombre? —preguntó el anciano.

—No necesito que me deis las gracias —replicó el maestro—. Pero dejadme que os dé un consejo más. No habléis de este milagroso acontecimiento ni lo contéis a nadie. Guardad a la niña en vuestra casa y no habléis de ella fuera. Si hacéis lo que os digo estaréis libres de ansiedades. Adiós a los dos, y recordad mis palabras.

La anciana pareja regresó a su casa contentísimos de su nueva felicidad y complacidos con el nombre que habían elegido para la niña.

El tiempo pasó. Los ancianos cuidaban de la princesa Kaguya con todos los medios que tenían a su humilde disposición. A medida que pasaban los días, la niña se hacía más alta y más cariñosa. Siguiendo el consejo del maestro, jamás hablaron de ella a nadie, sino que hicieron la vida de costumbre. Y la princesa Kaguya también parecía contenta de estar siempre metida en la casa, apartada de la mirada de los otros seres humanos. De alguna extraña manera la casa resultó con ella mucho más bonita. Siempre iba seguida por su maravillosa brillantez. La habitación se llenaba de su misterioso esplendor y las mismas paredes y el techo se permeaban con la fragancia de las flores de su cuerpo. Sólo fuera de la choza seguía todo igual, y los vecinos no tenían ni idea de la vida secreta de la anciana pareja.

De esta forma pasaron cuatro o quizás cinco años y ya la princesa Kaguya se había convertido en una doncella tan pura y tan bella como la luna que alumbra un monte verde. Como siempre, el anciano iba todos los días al bosque; desde que encontró a la princesa Kaguya parecía que había aumentado su suerte y jamás

encontró escasez de los más delicados árboles de bambú. Un día que estaba cortándolos como era usual, oyó un repentino retintín que procedía del tallo, y ante sus asombrados ojos brotó un manantial de monedas de oro.

—¡Vaya, vaya! ¿Qué es esto? —exclamó el hombre. Cogió el dinero y echó a correr hacia la cabaña.

Desde aquel momento, cuando su hacha golpeaba a los jóvenes bambúes sucedía siempre lo mismo, y pronto la anciana pareja se hizo rica y próspera. Así pudieron comprarse unos elegantes quimonos y poner unas esteras nuevas de paja en el suelo de la choza. El anciano ya no necesitó ir al bosque a trabajar, sino que pudo dedicar todo su tiempo a sus aficiones y a cuidar de la joven princesa. Lógicamente estos cambios no pasaron desapercibidos y los vecinos no tardaron en comentario entre ellos.

—¿Qué les habrá pasado a nuestros vecinos, ellos que eran tan pobres y que ahora son ricos y elegantes?

Las lenguas empezaron a hacer de las suyas y los rumores se esparcían como las chispas de un fuego en medio de un gran viento.

—He oído decir —cuchicheó uno—, que una hermosa y joven doncella está escondida en la casa. Es hija de una persona elevada de la aristocracia quien, por alguna razón, no quiere tenerla bajo su techo y ha pedido al viejo leñador y a su esposa que se la críen. Es indudable que por ello han recibido una gran cantidad de dinero.

—Sí, seguro que hay mucha verdad en tu historia —cotilleó otro—; porque ciertamente el viejo parece haber sacado una buena tajada de alguna parte.

Tales murmuraciones y rumores, hijos de la ociosidad, se extendieron rápidamente y los aldeanos de todas partes saludaban al anciano leñador con taimadas indirectas e insinuaciones, llamándole ahora «honorable señor» y «noble caballero».

Y llegó el día en que el anciano decidió que era la hora de que la princesa Kaguya luciera unos ornamentos en su negro y brillante cabello. Así que marchó a la tienda donde pronto se vio rodeado por una multitud de gente que estaba maravillada por las piezas de oro que podía pagar por las joyas.

—Te has convertido en un nuevo rico, ¿no es verdad vecino? —le dijeron sarcásticamente—. ¿No notas ninguna intranquilidad en la conciencia al tener tanto dinero? Y dinos, ¿quién es la hermosa joven que dicen tienes encerrada en tu casa?

De esta forma, pues, los aldeanos expresaban su curiosidad y a veces también su envidia. Conseguían empero que el hombre se sintiera miserable y que su mente permaneciera intranquila.

II
La fama de la princesa

En seguida se dio cuenta el anciano de que toda la aldea conocía la existencia de una bella muchacha en su hogar. Así que dijo a su esposa:

—Mujer, ya no tiene sentido que sigamos ocultando a nuestra princesa porque todo el mundo sabe que ella está aquí. En realidad, ahora que se ha convertido en una señorita es el momento de que aprenda más del mundo y de la gente que le rodea. Celebraremos una fiesta para presentarla e invitaremos a toda la aldea. Eso detendrá sus viperinas lenguas y nos restaurará la paz de nuestras mentes.

—Es una idea formidable —dijo su esposa—. Y como ahora tenemos dinero de sobra, daremos a todos un gran banquete.

E inmediatamente se puso la anciana a planear mentalmente todos los exquisitos platos que iba a preparar.

Todos fueron invitados y en los días que siguieron llegó un incesante torrente de gentes que iban a dar las gracias a sus buenos vecinos por la graciosa invitación a la fiesta en honor de la honorable princesa Kaguya. Mientras tanto la mujer y un ejército de dispuestas ayudantes estuvieron ocupadas día y noche preparando el banquete, y la cocina estuvo en un constante bullicio.

Por fin llegó el día de la fiesta y el anciano y su esposa recibieron a sus invitados con todas las ceremonias del caso. Fue la mayor reunión de personas que se había visto en la aldea, y no se veía un centímetro de alfombra que no estuviese ocupado por alguna persona sentada.

Antes de servir la comida principal, el anciano se levantó y anunció con reposada y seria dignidad:

—Queridos amigos, sé que vosotros creéis que os he estado ocultando muchas cosas y que he actuado en una forma indigna de la buena vecindad. Por otra parte tampoco ha sido posible de otra manera. Pero ahora quiero que todos vosotros seáis mis confidentes. Yo sé que en la aldea se ha rumoreado que la joven a quien hemos cuidado como nuestra hija es hija de una alta personalidad y que mi esposa y yo hemos sido sus vigilantes. Eso no es así. La verdad es bastante más maravillosa.

Y de este modo el anciano siguió contándoles toda la historia, desde el momento en que cortó el bambú en el bosque y encontró a la joven dentro de él, hasta el milagro de las monedas de oro. Los invitados quedaron pasmados con la historia y todos suplicaron que les dejase ver a la amable princesa. El anciano se levantó y corrió una cortina de seda que había en uno de los laterales para revelar detrás de ella a la princesa Kaguya, la cual parecía tan prudente y gentil en su joven belleza que los invitados se quedaron sin habla ante ella.

El anciano se sentía grandemente liberado al haber revelado su secreto al mundo y gozosamente exclamó:

—¡Bueno! Ya habéis visto el gran tesoro de nuestros corazones. ¡Vamos, vamos todos! ¡Servíos lo que queráis y refrescaros sin ceremonias!

Los invitados no necesitaron que les urgiera mucho y pronto la pequeña casa se llenó de risas y de estrépito. La mujer y las otras esposas seguían *ocupadas* escanciando el ardiente *sake* que, según iba penetrando en los cuerpos de los invitados, los entonaba y alegraba más y más. Las copas de *sake* eran intercambiadas en señal de larga amistad. Se brindaba a la salud de la princesa Kaguya y de la anciana pareja; y durante tres días y tres noches no cesó la fiesta. En ese tiempo no se dio ni golpe y sólo resonó en la aldea el eco de las canciones, las risas y la música.

Bastante después de que finalizase la fiesta, se empezaron a oír por todas partes las alabanzas en honor de la princesa Kaguya, y los rumores sobre su belleza y su nacimiento milagroso se extendieron por todo el país. Pronto la historia llegó a los pueblos cercanos y apuestos jóvenes empezaron a hacer peregrinaciones a la pequeña aldea para ver a la fabulosa princesa cuya belleza tanto se alababa. Día tras día se congregaban grupos de curiosos delante de su puerta y algunos hasta se atrevían a saltar al jardín con la intención de probar a ver si veían a la princesa. Pero ésta se mantenía siempre detrás de su cortina, lejos de la mirada de sus curiosos ojos, y no se mostraba ante nadie. El anciano cada vez se enfadaba más ante el descortés comportamiento de los impertinentes, hasta que finalmente mandó construir una elevada muralla alrededor de la casa.

—Por favor, consigue una cerradura grande y un cerrojo fuerte para la puerta —exclamó ansiosamente su esposa, porque temía que los tercos jóvenes tratasen de forzar la entrada de la casa.

Un día, uno de los ardientes jóvenes que trataba de escalar la muralla encontró en ella una grieta que él agrandó y convirtió en agujero a través del cual podía espiar la ventana de la princesa. Sin embargo, aunque a veces podía oír una dulce voz que cantaba, jamás pudo ver ni rastro de ella. Se lo dijo a sus amigos y todos los días se reunían alrededor del agujero con los oídos puestos en él para escuchar la voz que nunca cesaba de encantarles.

Una mañana, cuando salía el anciano, los jóvenes lo llamaron para suplicarle que les dejase ver a la princesa. El anciano meneó negativamente la cabeza y les contestó:

—La princesa es demasiado joven todavía y no podéis verla.

Y se negó vigorosamente a permitir que la vieran, añadiendo que tan joven y bien nacida doncella era lógico que despertase la expectación por todas partes. Los mozos se llevaron un gran disgusto y se marcharon cabizbajos diciendo:

—Bien. Si eso es así, es tontería que sigamos viniendo aquí.

Y a medida que pasó el tiempo dejaron gradualmente de importunarles.

III
Los cinco jóvenes

No obstante, entre los jóvenes interesados por la princesa había cinco mozos que pertenecían a familias de la aristocracia o ricas, los cuales eran el príncipe Kurumamochi, el príncipe Ishitsukuri, el ministro Abe-no-Miushi, el gran canciller Otomono-Miyuki, y el gran diputado canciller Iso-no-Kamimaro. A pesar de las diferencias en riquezas y rango que existía entre ellos, los cinco se consideraban grandes amigos. Éstos se habían negado a desanimarse por las palabras del anciano y se las habían arreglado para, ayudándose unos a otros, escalar la muralla y entrar en el pequeño patio. Y allí se quedaron, contra viento y marea, y juraron que no se marcharían hasta que hubiesen visto a la princesa.

El anciano, al ver su resolución y maravillado por su devoción, lo comprendió todo y rogó que volvieran sin embargo a sus casas. Pero no quisieron escucharle y le dijeron;

—Abuelo, no digas esas cosas. Sólo te pedimos que nos dejes estar aquí hasta que hayamos visto a la princesa.

El anciano se intranquilizaba cada vez más y al fin contestó que hablaría a la princesa. En efecto, se dirigió a ésta y le dijo:

—Querida niña, desde que te encontré en el bosque de bambú tú has sido como una hija para nosotros y hemos hecho todo cuanto hemos podido para proporcionarte un hogar feliz y agradable. Con esto en la mente, te ruego que escuches lo que tu padre quiere decirte.

—Claro que sí, amado padre —contestó la princesa—. Habéis hecho lo que habéis podido por mí, y escucharé humildemente tus palabras.

—Niña mía, tengo ya casi setenta años y soy muy viejo; cualquier día el buen Buda puede decidir que ya es hora de que deje esta vida. Pero antes de partir, ansío de todo corazón verte con un buen marido y en una casa que sea tuya. Sólo entonces podré marcharme en paz. Hay cinco jóvenes excelentes que aguardan en la puerta. Durante mucho tiempo han estado esperando la oportunidad de verte, de noche y de día, soportando el frío y la lluvia. Uno de ellos podría ser un buen marido para ti, y deseo que te entrevistes con ellos.

Pero la princesa Kaguya se escondió aterrorizada tras su velo y gritó:

—¡No, no! ¡No me verán! ¡Diles que se vayan en seguida!

Y movió ásperamente la cabeza,

—¡Bueno, bueno! Pero es una pena porque todos ellos son de buena familia y largo linaje, y no sé qué excusa puedo darles —replicó el anciano con un gran suspiro.

Al ver su tristeza, la princesa Kaguya se movió a compasión y dijo con una sonrisa:

—Querido padre, no puedo soportar el hacerte infeliz porque eso me hace ser infeliz también a mí. Me mostraré, pero sólo a aquél que sea capaz de traerme el objeto que quiero pedirle. Toma este rollo y léeselo. Eh él están escritas mis condiciones.

Y entregó al anciano un rollo.

El viejo se puso contentísimo porque consideró que la prueba sería un excelente plan para elegir a uno de los cinco jóvenes. Entre tanto, los mozos estaban afuera esperando impacientemente y tratando de pasar el tiempo tocando la flauta, cantando y haciendo poesías de alabanza a la princesa Kaguya. Cuando vieron salir al anciano los cinco se callaron en seguida y esperaron con impaciencia a que hablase.

—¿Qué ha dicho? ¿Podremos verla? ¿Ha enviado algún mensaje para nosotros? —preguntaron vehementemente.

—La princesa Kaguya agradece vuestra constante asistencia a nuestra pobre casa —dijo el anciano—, y si hacéis lo que ella os dice, saldrá en persona a recibir a aquel que cumpla lo que ella quiere.

—¡Dínoslo, dínoslo! ¿Qué desea que le traigamos? Estamos dispuestos a ir hasta el más lejano rincón del cielo y de la tierra para cumplir los deseos de la princesa.

El anciano deslió el rollo en el que la princesa Kaguya había escrito sus órdenes a los cinco pretendientes. La primera era para el joven príncipe Kurumamochi. Tenía que ir a la montaña Horai y traer una rama que tenía una bola blanca y centelleante que encontraría colgada de un árbol dorado.

—¡Una rama que tiene una bola blanca y centelleante que encontraré colgada de un árbol dorado! —repitió Kurumamochi un poco sorprendido—. Seguro que es un árbol en el que ningún ser humano ha puesto todavía los ojos.

—En cuanto a ti, príncipe Ishitsukuri —prosiguió el anciano—, se te pide que encuentres el Cazo de piedra que usaba el gran señor Buda para beber cuando viajaba a través del mundo.

—¡Oh, pero eso es imposible! —se lamentó el pobre Ishitsukuri.

Al gran canciller Otomo-no-Miyuki le dijo el anciano:

—La princesa Kaguya pide que el gran canciller Otomo-no-Miyuki le traiga la bola de las cinco piedras preciosas que encontrará en la garganta del dragón de la montaña Horai.

—La princesa desea que tú, Iso-no-Kamimaro, le traigas la concha de cauri que la golondrina de la montaña Horai lleva dentro de ella. Sin embargo, no debes causar daño al pájaro ni tampoco a la concha para obtenerla.

—La princesa es ciertamente muy difícil de contentar —gruñó Iso-no-Kamimaro cuando oyó lo que tenía que hacer él.

El último encargo era para el ministro Abe-no-Miushi. Éste tenía que traer el pellejo de la rata del árbol que vivía en las montañas de la China, de la que se decía que podía desaparecer en el aire at más mínimo síntoma de peligro, y cuya piel tenía además la milagrosa propiedad de que no obstante lo al rojo que estuviera el fogón o

lo fuerte de las llamas, podía emerger del fuego sin carbonizarse y sin sufrir daño.

Todos los jóvenes silbaron desalentados y permanecieron silenciosos durante un buen rato, cada uno de ellos perdido en su propia decepción.

—¡Cómo es posible que la princesa Kaguya espere de nosotros que podamos hacer trabajos tan imposibles! —exclamó Abe-no-Miushi, y volvió a callarse.

Por fin se alejaron de la casa y en el camino a sus respectivos lugares de origen fueron tocando sus flautas y recitando poemas sobre las difíciles tareas que se les había encomendado, tratando en vano de mantener en alto sus espíritus.

IV
La tarea del príncipe Kurumamochi

Al llegar a su casa, Kurumamochi se dijo para sí:

—Puesto que estoy seguro de que nunca podré descubrir la montaña Horai y que no existe ningún árbol de oro que tenga una bola blanca y centelleante, ¿por qué no les digo a mis ayudantes que me fabriquen una bola y una rama de esa clase?

Excitado con esta idea, pegó tal golpe al gong que sus sirvientes acudieron corriendo de todas partes.

—La princesa Kaguya me ha ordenado que busque y le traiga una rama que tiene una bola blanca y centelleante del árbol del tesoro dorado que crece en la montaña Horai, si quiero ganarme su favor —dijo Kurumamochi—. ¿Quién de vosotros está dispuesto a acompañarme?

Era ésta una aventura exactamente hecha a medida para los jóvenes de la casa de Kurumamochi, y no perdieron tiempo en prepararse para el viaje. Por parte de los muchos sirvientes que fueron a despedir a Kurumamochi y su cortejo que se embarcaban en su engalanado y alegre barco, hubo muchos deseos de buena suerte y súplicas de que llevasen cuidado en esta peligrosa misión. No obstante, los aventureros marcharon con espíritus elevados.

Bastantes días después llegaron a una tranquila orilla de un mar remoto. Los jóvenes se sentían de alguna manera frustrados porque lo que habían imaginado que sería un viaje de aventuras y riesgos estaba siendo en realidad una ocasión para convertirlos en trabajadores temporales, ya que después de revelarles su plan, Kurumamochi llamó a sus jóvenes a un retirado paraje en la falda de la montaña y les instó a que hicieran el voto de mantener el secreto y prometieran que jamás revelarían lo que él iba a hacer.

Primero tenían que construir una alta empalizada para que ningún ojo indiscreto pudiera atisbarlo que pasaba dentro. Luego tendrían que traer a Kurumamochi troncos y renuevos de los más delicados árboles que pudieran hallar, así como las más primorosas y frondosas ramas. Después dijo a sus seguidores:

—La princesa Kaguya quiere una rama del árbol de oro que tiene una bola blanca. Yo no creo que exista ese árbol. Pero como estoy decidido a ganarme el favor de la princesa, nosotros construiremos una rama que lleve una bola blanca. Con este propósito os he pedido que vengáis conmigo. Ahora, al trabajo.

Pasó un año y todavía siguieron trabajando. Durante el día y la noche no se oía otra cosa sino el «kotsu-kotsu» de los formones y garlopas y el «ton-ton» de los mallos. Durante este período sus viandas fueron abundantes, pero al pasar el segundo año empezaron a escasear. Los hombres estaban exhaustos y hambrientos. Pero hasta que no hubieran terminado el trabajo no podían abandonar la montaña.

Y llegó el día en que la última y brillante hoja había sido pulida, el último y

delicado baño de oro había sido aplicado y la bola resplandecía con tal brillantez y blancura que deslumbraba al observador. Como ya no podían resistir más, grande fue su alegría cuando la alta empalizada fue echada abajo y pudieron ver de nuevo el mundo exterior. Bajaron de la montaña al mar y allí comieron peces, hierbas y algas marinas. Comieron hasta hartarse y pronto recuperaron la salud y el vigor de sus cuerpos.

Kurumamochi estaba contentísimo con el trabajo efectuado y prometió dádivas y recompensas a todos sus hombres cuando volvieran a casa. Los ayudantes se alegraron muchísimo y dijeron que la rama y la bola terminadas eran de verdad tesoros milagrosos, ya que les iban a proporcionar tan buenos dividendos a todos.

Gozosos, los jóvenes regresaron a su barco portando delante de ellos la reluciente rama. El tiempo fue espléndido y el viento favorable y pronto arribaron a las costas de su patria adonde habían llegado ya las noticias de su retorno, por lo que una multitud les estaba esperando para darles la bienvenida.

Todos lanzaron una exclamación de asombro ante la bonita rama. Estaban convencidos de que procedía realmente del fabuloso árbol de oro, y Kurumamochi se puso más contento al considerar su genial idea. Ordenó que pusieran la rama dentro de un cofre de oro y después de pedir a sus ayudantes que se quedaran a descansar, reclamó sus caballos y sus siervos y marchó en seguida hacia la casa de la princesa Kaguya.

Cuando el anciano oyó que el cortejo había llegado a sus puertas, salió a ver quién era y se asombró de que Kurumamochi hubiera vuelto ya. Él creía que todos los jóvenes habrían abandonado sus empresas o habrían perecido en el empeño, y apenas podía dar crédito a lo que escuchaban sus oídos cuando Kurumamochi le dijo que había regresado sano y salvo con la rama de oro del árbol de la montaña Horai. Condujo al joven dentro de la casa y le pidió que aguardara hasta que transmitiera a la princesa las nuevas de su llegada. Kurumamochi asintió sonriendo. Estaba lleno de confianza y exaltación, y se condujo sin reservas o ceremonias, reclinándose en el cojín al pensar en que era ya un pretendiente aceptado.

El anciano, que estaba acostumbrado a llevar sobre sus hombros pesadas cargas de madera, no tuvo que esforzarse mucho para levantar el enorme cofre y llevarlo con una sola mano a la habitación de la princesa Kaguya.

Muy sorprendida, la muchacha quiso ver en seguida el interior de la caja porque había creído que sus demandas eran absolutamente imposibles de cumplir. Pero su sorpresa se tomó admiración cuando después de levantar el anciano la tapa del cofre, salió de la rama un brillante chorro de luz; y cuando la sacó de la caja toda la habitación quedó iluminada por su resplandor y llena del suave sonido de campanillas que procedía de la reluciente bola.

—¡Una visión maravillosa! ¡Una visión verdaderamente gloriosa! —gritó la princesa Kaguya—. Sin duda es del árbol dorado.

Se puso a observarla atentamente y de repente su rostro se nubló; y cuanto más de

cerca la examinaba, más se nublaba su rostro.

Mientras tanto la anciana, que había oído las exclamaciones de la muchacha, entró corriendo en la habitación. Ella empezó también a añadir sus alabanzas y se puso contentísima al pensar en que ahora la princesa se comprometería con el joven victorioso. Sin embargo, cuando recordó a la princesa la promesa que había hecho, ésta rehusó escucharlas y se sentó callada y tristemente.

Por su parte Kurumamochi se había impacientado tanto que, echando a un lado las exigencias de la cortesía y las buenas costumbres, penetró sin anunciarse en la habitación. La princesa Kaguya se ocultó más todavía tras su velo cuando oyó decir a Kurumamochi:

—Princesa Kaguya, he regresado. Te he traído una *rama del* árbol de oro que hay en la montaña Horai. Esto era lo que tú habías pedido, ¿y no te comprometiste tú misma con aquel que cumpliese tu encargo? He venido a reclamar tu favor. ¿Qué es lo que respondes?

Al hacer un movimiento de aproximación a la princesa, el anciano le detuvo y le preguntó:

—Pero ¿cómo y dónde has conseguido esta rama maravillosa, Kurumamochi?

Kurumamochi se enderezó vanidosamente y soltó un «¡ejém!» en voz alta antes de proseguir:

—Después de que su alteza me encargase mi labor, *regresé* a mi casa. En seguida hice los preparativos para el viaje y pronto embarqué en mi nave. Navegué muchas veces en diferentes direcciones sin tener idea de dónde podía encontrar la montaña Horai. Después de permanecer en el mar durante muchas semanas, se levantó una gran tormenta y durante lo que nos parecieron quinientos días estuvimos a merced de las olas. Pero un día el mar se aquietó y desembarcamos en una estrecha playa que había al pie de una alta montaña. Allí levantamos el campamento y nos recuperamos de nuestro peligroso viaje. Un día, cuando estaba yo explorando la falda de la montaña, se me apareció una hermosa joven. Llevaba una colada en la que el oro iba inmerso en agua clara y cristalina. La saludé cortésmente y le pregunté: «Señorita, ¿cómo se llama esta montaña?». Podéis juzgar mi asombro y placer cuando la joven me contestó que se llamaba montaña Horai. En seguida me puse en camino hacia la cima, donde estaba seguro de que encontraría el árbol de oro. Gasté muchos días luchando y bregando contra los empinados declives hasta que, en el día décimo, llegué a la cima y me hallé en medio de unos contornos incomparables. El suelo estaba alfombrado de flores; en el cielo las nubes brillaban con el ocaso del sol; y pájaros de todos los colores y cantos volaban por encima de mi cabeza. Eché a andar y llegué a un río en et que el agua brillaba como la plata. Para cruzarlo había un puente de oro. Miré a través de él y allí, en la otra orilla, había un maravilloso árbol de oro del que colgaban muchas y resplandecientes esferas. «¡Ah!» dije para mí, «ése es sin duda el famoso árbol de la princesa Kaguya». Eché a correr por el puente y estuve parado ante él durante mucho rato, maravillado de su celestial resplandor,

hasta que arranqué la rama que veis aquí. Nunca olvidaré la música de sus campanillas cuando rompí la rama; todo el valle se llenó de su melodía y ésta iba acompañada de hermosas visiones. Luego bajé todo lo de prisa que pude adonde me aguardaban mis hombres e inmediatamente embarcamos para acá. Durante lo que nos parecieron cuatrocientos días navegamos por el violento mar con un aire muy fuerte. Y ayer pudimos desembarcar en nuestras costas. Como mi único deseo era ver a la princesa no me he detenido ni a dormir ni a comer, y ni siquiera me he cambiado el quimono de viaje. Ha sido una prueba muy dura y tanto mis hombres como yo hemos adelgazado y estamos fatigadísimos. Sin embargo, ya he cumplido mi objetivo y he venido a pedir la mano de la princesa Kaguya.

Kurumamochi contó esta trola con el mayor descaro mientras que el anciano y la anciana movían sus cabezas en señal de asentimiento y suspiraban admirados y sorprendidísimos. Pero cuando el joven miró a la princesa, ésta mantuvo baja la cabeza y rehusó mirarle.

Al ver su disgusto, las exigencias de Kurumamochi se hicieron más perentorias que nunca. Salió a la habitación exterior y llamó a sus ayudantes para ordenarles en voz alta que partieran inmediatamente para su casa con el fin de empezar los preparativos para la ceremonia matrimonial.

—Y no economicéis gastos —gritó—, porque tal princesa es sin duda merecedora de los mayores agasajos.

Al decir esto lanzó una colérica mirada a la princesa que se hallaba en la habitación interior, pero ella se ocultó más detrás de su velo.

De pronto se escuchó en el exterior gran ruido de cascos de caballos porque hasta la puerta llegaban galopando cinco o seis jóvenes cuyos corceles echaban espuma por la boca como prueba de la excitación y prisa con que habían venido. Entraron en el patio montados en tos caballos, sin ceremonias, y una vez hubieron desmontado penetraron apresuradamente en las habitaciones interiores.

—¡Dejadnos pasar, dejadnos pasar! —exclamaban—. Venimos con una carta para la princesa Kaguya. Es de la máxima urgencia y sólo se la entregaremos a ella personalmente.

Kurumamochi salió precipitadamente al oír el ruido y al ver a los jóvenes su cara se puso blanca y colérica.

—¿Cómo os atrevéis a entrar en esta casa sin ninguna ceremonia? ¿Dónde está vuestro respeto? ¿No sabéis que en este momento estamos formalizando mi compromiso con la princesa Kaguya? ¡Marchaos inmediatamente y no causéis más problemas!

Así trató de despedirles, pero el anciano padre de Kaguya le llamó at orden diciendo:

—¡No, no! Si traen de verdad una carta para mi hija, entonces deben dármela a mí para que yo se la entregue. Además quiero interrogar a estos hombres. ¡Por favor, ten paciencia!

Pero Kurumamochi le empujó a un lado y aulló con gran enfado:

—¡Estos señores han demostrado ser unos incivilizados! ¡Ni tienen modales ni saben lo que es el respeto! Han entrado aquí como la gentuza alborotadora y mal criada. ¿Cómo vas a escucharles?

—¡Ajá! ¡Pregúntanos sólo acerca de lo que sabemos sobre ese embustero que está ahí, y pronto descubrirás quién es el que tiene matos modales y quién es el incivilizado! —gritaron los jóvenes al mismo tiempo que señalaban con sus dedos a Kurumamochi—. Sabemos la forma en que ha tratado de engañar a la princesa y pedimos que se nos permita entregarle esta carta para que os enteréis de su malvado plan.

El ruido de la reyerta y de los gritos había sacado a la princesa de su habitación. De pie en la puerta había escuchado todo cuanto se estaba diciendo sobre la carta.

Su voz cayó como un suave velo sobre la furia de los hombres al reclamar el honor de recibir una carta que al parecer una honorable persona había decidido enviarle.

—Eso es sin duda razonable —dijo el anciano—. Luego cogió la carta que le entregó uno de los jóvenes y se la pasó a la princesa.

—Cuando la princesa haya leído la carta —continuó el anciano volviéndose a los jóvenes—, hablaré con vosotros.

—Estamos dispuestos a aceptar el gracioso veredicto de la princesa Kaguya —contestaron los jóvenes inclinándose—. Ella decidirá si estamos en lo cierto o equivocados.

La princesa abrió el rollo y al leerlo se puso como la grana y su pecho se hinchó de indignación. Porque la carta decía:

> Somos ayudantes del palacio de Kurumamochi Sama[6]. Nos embarcamos con él y nuestros viajes nos llevaron a una montaña, pero no era la montaña Horai. No hemos encontrado el árbol de oro por la sencilla razón de que tampoco lo hemos buscado. En vez de eso, Kurumamochi nos apartó del mundo y nos hizo trabajar día y noche para fabricar la falsa rama y la reluciente y blanca bola que ahora presenta ante ti como procedente del árbol de oro de la montaña Horai. Por nuestros trabajos prometió recompensarnos pero ésta es la hora en que todavía no hemos recibido ni una moneda. Ya no creemos en sus mentiras. Es un embustero que ha hecho mucho daño a vuestra graciosa persona y a nosotros.

—¡Ésta es en efecto una dolorosa historia! —gritó la princesa—. Me entristece tanta perversidad. Habéis hecho bien al informarme de que la rama de oro que parecía tan bonita es sólo una traidora mentira. Yo sí que os recompensaré por vuestra bondad.-dirigiéndose al anciano le pidió que trajese dinero y regalos para los sirvientes, quienes después de recibirlos se pusieron contentísimos con la riqueza de los presentes y regresaron alegres a sus hogares. Después la princesa Kaguya se

volvió hacia Kurumamochi e inclinándose con mucha dignidad dijo:

—Puesto que ya no tenemos nada más que decirnos, os ruego que me excuséis.

Y se retiró a su habitación con compostura, dejando sólo tras ella el exquisito perfume a flor de su cuerpo. Kurumamochi intentó correr detrás de ella pero el anciano le detuvo y le dijo:

—Debes irte en seguida de aquí. ¿Cómo has osado decepcionarnos de ese modo? ¡Coge tu precioso árbol y vete!

El anciano ordenó luego a sus criados que sacaran al exterior el cofre que contenía la rama dorada, y que después de asegurarse de que el impostor Kurumamochi se marchaba, cerrasen bien las puertas.

La rabia y la mortificación de Kurumamochi no conocían límites. Pegó una patada contra el suelo y golpeó furiosamente el cofre, y su pasión alcanzó el clímax al pensar en que todo el dinero que se había gastado en el proyecto había resultado inútil. Pero a pesar de lo airado que estaba, de la casa no salió ninguna respuesta favorable; por lo que al fin se marchó a su territorio, colérico y desconsolado.

V
La tarea de! ministro Abe-no-Miushi

Al mismo tiempo que Kurumamochi estaba empeñado en la construcción de su falsa rama, uno de los otros jóvenes, él ministro Abe-no-Miushi, se hallaba estrujándose los sesos y pensando en cómo iba a conseguir su objetivo.

—De una forma u otra tengo que echar mano a esa piel de rata mágica —dijo—, o si no, a una muy parecida.

Reflexionó sobre este último pensamiento y de repente su rostro se iluminó.

—¡Claro, ésa es la respuesta! Conseguiré una ya hecha. La princesa —ya no notará la diferencia.

Altamente complacido consigo mismo, se sentó en seguida a escribir a su amigo Okyo San. Con la carta adjuntó una gran suma de dinero, y después de explicarle lo que necesitaba decía a su amigo que debía utilizar todo cuanto precisara para buscar la piel apropiada o hacerla.

En cuanto recibió la misiva, su amigo se puso en camino y una vez se hubieron saludado, se sentaron a discutir juntos el asunto, y le dijo a Abe-no-Miushi:

—Ciertamente he oído hablar de esa fabulosa rata de la montaña, pero dudo de que exista realmente una criatura así. Sin embargo, lo primero que haré será buscarla por todas partes. Si no tengo éxito, entonces trataré de que te hagan una. Tengo confianza en que lo conseguiremos; por tanto, espera con paciencia hasta que tengas noticias mías.

Y diciendo estas palabras se marchó para disponer el viaje.

El ministro se puso contentísimo y se dijo para sí:

—¡Ajá! Una vez posea yo esa piel pondré un valioso regalo en manos de este hombre porque por su mediación la princesa Kaguya se convertirá en mi más apreciada posesión.

Y se dispuso a aguardar el retorno de su amigo con la piel.

Esperó un año; esperó dos años, y todavía no había señales ni noticias de su amigo. Cuando casi habían transcurrido ya tres años, Abe-no-Miushi decidió enviar una carta a Okyo San. Sin embargo no obtuvo respuesta a ella, y entonces pensó que su amigo se habría largado con el dinero que le había entregado y que no tenía intención de regresar. Al mismo tiempo que su impaciencia, crecía también su cólera, y ya estaba a punto de marchar él mismo a buscarlo cuando le llegó una carta. En ella Okyo San te decía que había estado buscando por todos los rincones del país una piel de rata que resistiera el fuego y que, después de arrostrar diversos y numerosos peligros, había llegado al fin a un templo situado en las partes altas de la montaña Horai, donde se había enterado que había un sacerdote que tenía escondida la preciosa piel. Después de varios meses de tratar el negocio pudo por fin comprar la piel, pero por cincuenta *ryo* se había quedado corto en el dinero y suplicaba al

ministro que le enviase inmediatamente dicha cantidad para que así pudiese regresar cuanto antes.

El ministro se alegró muchísimo con la noticia e inmediatamente despachó a algunos de sus ayudantes con el dinero. Al cabo del tiempo regresaron con Okyo San, el cual traía una preciosa caja de color rojo en la que se hallaba la piel de rata.

Cuando Abe-no-Miushi sacó la piel y la desenrolló, se quedó perplejo ante su raro esplendor. Resplandecía con el azul plateado del cielo y cuando cualquier brisa, por pequeña que fuese, soplaba sobre la reluciente profundidad del pelo, cruzaban su superficie ondas de color tan rico como la cola de un pavo real.

—¡Qué belleza! ¡Qué magnífico tesoro! Su búsqueda debe haberte causado grandes fatigas y molestias, amigo mío —dijo volviéndose a Okyo San—. Acepta ahora mi más sincera gratitud. Cuando vuelva de la casa de la princesa Kaguya, te premiaré ricamente.

Acompañado de sus ayudantes Abe-no-Miushi partió inmediatamente hacia la casa de la princesa Kaguya con un gran jaleo de cascos de caballos y retintines de atelajes. Cuando llegó por fin, y el anciano oyó que el ministro Abe-no-Miushi había regresado con la milagrosa piel, dio prestamente las órdenes pertinentes para que entrara, y llamó a la princesa y a su anciana esposa a la sala.

Abe-no-Miushi entró con la preciosa y ornamentada caja, y la princesa, con el veto puesto, pidió que extendieran la piel delante de ella. Cuando esto se hubo hecho, pareció herida por la sorpresa y dijo:

—¡Qué bonita es realmente! ¿No es verdad, querido padre? ¡Qué colores tan exquisitos! Sin embargo, antes tengo que hacer una prueba para asegurarme de que ésta es verdaderamente la piel de la afamada rata del árbol de la montaña Horai. Una de las cualidades de esta piel es que el fuego no la puede destruir. Preparad pues un fuego y poned en él la piel. Si no se quema, sabré que ésta es la auténtica piel que yo había solicitado.

Al oír estas palabras el ministro Abe-no-Miushi se adelantó, cogió la piel y añadió confiado:

—Vuestra alteza no tiene nada que temer. Ésta es, en efecto, la verdadera piel. Yo mismo la pondré en el fuego.

El anciano ordenó a sus criados que encendieran un fuego en el jardín. Cuando las llamas estaban alcanzando su punto más fuerte, el anciano, su esposa, el ministro y sus auxiliares salieron al jardín llenos de excitación y curiosidad. Pero la princesa se mantuvo apartada, donde podía ver sin ser vista.

Abe-no-Miushi se adelantó sosteniendo la piel. Como las llamas estaban muy altas, todos fueron bañados con la luz que procedía del resplandor de la piel, la cual por su parte parecía brillar más que el mismo fuego, y todo el jardín quedó resplandeciente. Durante mucho rato Abe-no-Miushi estuvo delante con la piel en la mano. Hasta que con una repentina decisión la arrojó en el corazón de las llamas. Por un momento pareció que eclipsaba la brillantez del fuego, y los ayudantes se pusieron

a gritar:

—¡Qué maravilla! ¡No se quema, no se quema!

Pero no habían acabado sus palabras de salir de sus bocas cuando se produjo un horrible cambio en la piel que, retorciéndose y contrayéndose, se puso negra y se achicharró ante su vista hasta que al fin no quedó nada de su anterior belleza sino un pedazo retorcido y negro.

Abe-no-Miushi se puso blanco de cólera.

—¿Qué? —aulló—. ¡Nada sino un achicharrado andrajo! ¡Y para eso me he gastado tanto dinero!

Mientras que la rabia y la indignación iban creciendo en él lentamente hasta casi sofocarle, se quedó mirando pensativamente el caduco fuego y los restos arrugados de la piel. Sin embargo la risa de la princesa Kaguya sonó a campanillas de plata cuando pasó por su lado.

—¡Ah! Ahora no tengo necesidad de irme contigo y puedo quedarme aquí, donde soy tan feliz —dijo.

Y poniéndose el velo, desapareció en la casa.

VI
La tarea del gran canciller Otomo-no-Miyuki

Pero ¿qué sucedía entre tanto con Otomo-no-Miyuki? Mientras reflexionaba sobre la tarea que tenía que desempeñar, oyó rumores de los fracasos de los otros dos y se rió para sí de su estupidez.

—¡Vaya! —dijo—. ¿Creían realmente que iban a poder ganar con trucos como ésos? Es natural que los trabajadores descubrieran el juego cuando Kurumamochi no les pagó como les había prometido. ¡Y cómo ha caído en et engaño el ministro Abe-no-Miushi con la piel de rata! Desde luego a mí no me tendrán que culpar de supercherías tan idiotas.

Aunque Otomo-no-Miyuki era de una familia muy buena, era relativamente pobre y se veía forzado a vivir modesta y cuidadosamente. Esto te preocupaba un poco porque aunque pensaba que era él quien tenía que ganar a la princesa, creía que era una desventaja a los ojos de la joven el pequeño volumen y la escasa cantidad de las posesiones de su familia, así como la poquedad de sus criados y auxiliares. Sin embargo, no dio mayor importancia a esta preocupación porque si tenía que procurar la posesión de la princesa, entonces lo primero que debía hacer era organizar la búsqueda de la bola de las cinco piedras preciosas, y con este objeto reunió a sus ayudantes personales para decirles:

—En la lejana y peligrosa montaña Horai habita un dragón gigante que lleva en su garganta una bola con cinco piedras preciosas. Deseo tomar posesión de esa rara bola y quiero que vosotros, mis seguidores, os preparéis para esta tarea y salgáis en seguida para allá. Utilizad cualquier medio a vuestro alcance para traérmela y os recompensaré ricamente. Como prueba de mi intención os voy a dar a cada uno un buen premio ahora, y cuando volváis con la bola os doblaré la recompensa.

Y les entregó una bolsa llena de oro que sus ayudantes aceptaron con muchas protestas de gratitud y de ser indignos de ella; pero una vez solos, comenzaron a murmurar entre ellos. Uno dijo:

—Esta labor que nuestro amo nos ha encomendado es peligrosa y difícil. He oído muchas cosas sobre el dragón de la montaña Horai. Se dice que su mágico poder es tan fuerte que ningún mortal ha podido jamás aproximarse a él. ¿Por qué tenemos que pensar nosotros que vamos a salir mejor librados? Y si volvemos con las manos vacías no podemos esperar que se nos dé la otra parte de la recompensa. Así es que aceptemos la sabiduría de los antiguos y asegurémonos de guardar lo que ya tenemos y no arriesguemos nuestras vidas en algo que posiblemente jamás vamos a conseguir.

Como ninguno de los demás estaba más ansioso que el que había hablado por enfrentarse al terrible dragón, todos se pusieron de acuerdo en seguida. Así que dividieron por igual el dinero entre ellos y cada cual se alejó por distinto camino tan rápidamente como pudo.

Mientras tanto Otomo-no-Miyuki había empezado a agrandar su casa para anticipar su boda y aguardaba impaciente el regreso de sus hombres. Los meses pasaban y no había ninguna señal de ellos. Hasta que por fin Otomo-no-Miyuki se vio obligado a aceptar el hecho de que se habían ido para siempre. Rehusando esperar por más tiempo decidió marchar él mismo en busca del dragón, y con este propósito construyó rápidamente un barco, lo bastante grande para él y para un pequeño grupo de marineros. Cuando la nave estuvo lista y los marineros contratados, llamó a éstos para exponerles la meta de su viaje. Al principio los marineros se mostraban remisos a embarcarse en tan arriesgada misión, pero Otomo-no-Miyuki les dijo que nada tenían que temer yendo al servicio de uno que descendía de un noble linaje de guerreros. Sus argumentos prevalecieron por fin y Otomo-no-Miyuki y sus seguidores se hicieron a la mar.

Bajo el cielo sereno y un suave viento que hinchó sus velas y les condujo con apacible velocidad, navegaron durante algunos meses. Sin embargo, al adentrarse en el sur de la lejana costa de Kyushu el mar empezó a erizarse por momentos; el viento se convirtió en galerna; las olas se encresparon como montañas altísimas; el mar gruñó y rugió con mil espumosos remolinos; y la pequeña embarcación subía y bajaba como si fuese una paja de arroz. Los marineros, que mientras les había acompañado el buen tiempo habían estado con buen espíritu, ahora se hallaban vencidos por el miedo. Pero Otomo-no-Miyuki les gritó para alentarles:

—No tengo miedo ni a la ira del mar ni tampoco a la del gran dragón. Poseo la fuerza y el valor de mi gran línea de antecesores. Llevo el corazón que la condujo a la victoria en todas sus batallas, y ahora lo tengo también en esta lucha contra los elementos.

Pero a pesar de sus orgullosas sentencias, para salvar su querida vida se vio obligado a agarrarse a la borda del barco al bambolearse éste, y el orgullo que sentía por sus antecesores en ninguna forma aliviaba la angustia que ahora empezaba a asaltarle como consecuencia de los mareos del viaje. Necesitó de toda su entereza para no deslizarse por la cubierta en un miserable desorden junto a los marineros que no tenían sangre noble de la que vanagloriarse.

La tormenta arreció violentamente. El barco estaba sin timón ahora y enteramente a merced de las olas hasta que finalmente éstas lo arrojaron sobre una arenosa costa. Allí permanecieron durante muchos días y la tormenta amainó. Todos habían resultado heridos o enfermos. La cubierta estaba salpicada de cuerpos más muertos que vivos, y sus gruñidos y gritos de dolor se oían por encima de la menguada tormenta. Por fin una mañana Otomo-no-Miyuki se puso de pie y mirando por encima de la borda del barco murmuró:

—Al menos estamos en tierra y a salvo. Ya es algo.

Sus ojos recorrieron la playa sembrada de pinos hasta una lejana montaña que se elevaba desnuda desde el valle.

—Puede ser incluso que ésta sea la tierra de la montaña Horai —pensó.

Nada más pensar esto se levantó de repente una fuerte brisa que doblaba las copas de los árboles y trenzaba el harapo que ahora tenían por vela en borrascosos soplidos.

—Quizás sea ésa la respiración del mismo dragón de la montaña Horai —dijo Otomo-no-Miyuki—, y en su arrogancia y orgullo levantó tanto como pudo la cabeza mirando fijamente al cielo.

Inmediatamente una oscura sombra se proyectó sobre la montaña, y un sonido espantoso cruzó a través de las nubes, con un enorme rugido, el trueno estalló y el rayo hendió el cielo al mismo tiempo que el barco se veía otra vez cogido por la fiereza de las olas y era llevado hacia alta mar, Girando y girando el barco parecía un trompo, y los marineros, demasiado enfermos y débiles para aprestarse a nada, eran llevados de un lado a otro de la cubierta. Otomo-no-Miyuki perdió toda su bravura porque nunca había visto ni experimentado una tormenta semejante, y estuvo seguro de que todos cuantos se hallaban en el barco estaban perdidos.

—¡Éste es el castigo que nos manda el dragón! ¡Rezadle! ¡Pedidle que nos perdone! —gritaban cuando podían en su debilidad los marineros.

Con todo su espléndido orgullo hecho pedazos, Otomo-no-Miyukí cayó de rodillas miserablemente y levantó suplicante su cabeza.

—¡Señor dragón, señor dragón! Perdóname, te lo ruego. Sí, yo había planeado robarte la bola de las cinco piedras preciosas. Reconozco que era un plan vil y malvado. Lo único que te pido es que abatas esta tormenta y nos dejes volver a salvo a nuestro hogar, y te juro que nunca jamás pensaré otra vez en tocar siquiera uno de los pelos de tu honorable bigote.

Todo lo bien que pudo en el bamboleante barco, Otomo-no-Miyuki bajó su cabeza hasta la cubierta como prueba de su genuino arrepentimiento.

La tormenta entonces empezó a amainar tan repentinamente como se había levantado y pronto estuvieron navegando en calma, con las velas hinchadas, bajo un brillante y sereno cielo.

—¡Ajá! El señor dragón ha escuchado mis rezos —murmuró Otomo-no-Miyuki.

Después de muchas semanas de navegación vieron por fin la tierra frente a ellos. Se pusieron a costearla hasta que encontraron un pequeño puerto en el que pudieron anclar con el fin de poder disponerse a saber dónde estaban, ya que habían perdido todo sentido de la orientación durante la gran tormenta.

Otomo-no-Miyuki no perdió tiempo y en seguida dio las gracias al señor dragón por haberles dirigido hasta tierra; y por primera vez en muchos meses su mente quedó libre de la ansiedad. Se puso a atender a sus hombres trayéndoles comida y agua de las pequeñas reservas que habían quedado, y vendó sus heridas y los alentó diciéndoles que tan pronto como fuese posible se alejarían de la montaña del dragón. Esta noticia dio a sus marineros más fuerza que la comida y el agua, y en poco tiempo terminaron de reparar la nave colocándole el suficiente velamen para poder alejarse lo más de prisa que pudiesen.

—No obstante —pensó para sí—, éste no es ningún final feliz para mis asuntos.

Estamos a salvo de la ira del dragón; estamos en tierra firme; pero ¿en qué tierra? ¿Hacia dónde cae nuestro país de origen? E incluso si regresamos vivos, la princesa jamás podrá ser mía.

Estos pensamientos disiparon rápidamente la paz que momentos antes disfrutaba y volvieron a llenar su mente de temores.

Sin embargo los marineros estaban alegres. Se hallaban ocupados en la exploración del territorio, vagando por entre los pinos de la costa y trepando por las rocas para descubrir alguna señal conocida que les indicase dónde estaban, cuando uno que había escalado un elevado promontorio agitó sus brazos en el aire y gritó:

—¡Ahí está Akashi, ahí está Akashi! ¡Allí está la playa de la arena dorada y la isla rocosa de los dos pinos! ¡Estamos en casa! ¡Estamos salvados!

Los otros hombres subieron corriendo adonde estaba su compañero y miraron a la lejana playa dorada y a los gemelos pinos que se elevaban sobre la roca y rompían la línea del horizonte. Y se pusieron a llorar.

—¡En efecto, es nuestro amado Japón! —murmuraron gozosos—. ¡Por fin estamos en nuestra casa! ¡Estamos salvados!

Al oír los gritos, Otomo-no-Miyuki se puso en pie de un salto y corrió adonde estaban sus hombres para mirar y abrir la boca de asombro al reconocer el lugar: los verdes pinos adornando la costa, el azul suave de la oscura y lejana montaña, y las blancas y brillantes arenas de su tierra nativa.

—¡Sí es verdad, es verdad! —lloró sin poderse contener—. ¡Estamos salvados, estamos salvados!

Al cabo del tiempo sus ojos se aclararon y su emoción disminuyó. Los marineros, que ahora le rodeaban, bromearon entre ellos.

—Nuestro valiente señor y guerrero tiene los ojos tan colorados como la grana —rieron—, ¡quizás se ha traído dos bolas rojas en vez de la bola enjoyada del rey dragón!

No perdieron el tiempo y enseguida se aprestaron a disponer la vuelta a la patria. Rápidamente confeccionaron un palanquín para Otomo-no-Miyuki. Cuando estuvo listo, se sentó en él y los marineros se colocaron los palos en los hombros y partieron hacia el hogar.

Mientras tanto los rumores de su fracaso habían llegado ya a los oídos de los infieles sirvientes de Otomo-no-Miyuki, los cuales se reunieron para recibirle.

—Señor, nosotros hemos tratado también de obtener la bola enjoyada de la garganta del rey dragón —mintieron—, pero nuestra suerte no ha sido mejor que la tuya.

Creyendo que hablaban con toda honradez, el gran canciller Otomo-no-Miyuki no tuvo valor para encolerizarse con ellos. Sólo cuando se puso a pensar en la severidad de la tarea que la princesa Kaguya le había encomendado y en los sufrimientos que había padecido por cumplirla, además de la hermosa y nueva casa que había edificado casi sin ayuda, especialmente para ella, el gran canciller se sintió frustrado

y lleno de rabia.

—¡Sí! ¡Vosotros lo habéis intentado! ¡Yo también lo he intentado! Dos veces hemos tratado de lograr la bola enjoyada para la princesa Kaguya. Todos hemos sufrido muchísimo y a pesar de todos nuestros esfuerzos no hemos conseguido nada. ¿Por qué? Porque la exigencia misma está más allá de toda razón y es imposible de llevar a cabo.

Al terminar de decir estas palabras agarró una enorme hacha y se lió a hachazos con la casa que había construido con tanta dedicación, y no dejó de golpear hasta que no quedó otra cosa sino un enorme montón de leña.

VII
La tarea del príncipe Ishitsukuri

Al señalar la tarea del príncipe Ishitsukuri, la princesa había escrito:

—Siempre he deseado ver el cazo que usó el primer señor Buda. Si puedes traérmelo entonces estaré contenta de ser tuya.

Todo el mundo sabía que el cazo que utilizó el primer señor Buda no tenía que buscarse en el Japón. El príncipe Ishitsukuri recordaba un antiguo relato que decía que esta inapreciable reliquia se guardaba celosamente en un cierto templo Shaka de la India. Pero la India estaba tan lejos… Podían ser tres mil kilómetros, o quizás quince mil. Además había oído decir que el clima en este país era tan caluroso que muy pocos extranjeros podían vivir en él. Y si uno enfermaba en un país tan alejado de casa, entonces ¿qué? Después de meditar mucho tiempo sobre esto, Ishitsukuri se sentó a la mesa y escribió a la princesa Kaguya la siguiente carta:

Honorable y graciosa princesa: hoy emprendo el viaje en busca del cazo de Buda que tanto deseas y que, si lo descubro, traerá a mi casa un amor más hermoso que la visión de las cigüeñas que vuelan al atardecer hacia su nido. Voy a alejarme muchísimo de la patria. Voy a dejar atrás montañas y ríos, miles de olas van a pasar bajo mis pies, los gansos salvajes vendrán y se irán con las muchas estaciones, y las flores se marchitarán y se renovarán incontables veces antes de que yo haya vuelto. No tengo miedo a este peligroso viaje, porque me impulsa la pasión del triunfo y mi amor por ti.

Así escribió. Pero la verdad es que en el momento en que llegó a su casa llamó a todos sus asistentes y les dijo:

—Tengo una importante misión que encomendaros. Quiero que todos vosotros partáis inmediatamente, cada uno a un país diferente, y me traigáis de los templos más viejos y famosos que existan el cazo más antiguo que tengan entre sus tesoros.

No necesita decirse que sus sirvientes no se pusieron a saltar de alegría con la peligrosísima tarea que se les exigía, y hablaron entre ellos mientras se preparaban para la marcha. Sin embargo, como no había otro remedio sino acatar la orden, convinieron en privado que buscarían los medios más fáciles de complacer a su señor. Por eso, aunque recorrieron muchos templos en sus viajes, se preocuparon muy poco de su fama o antigüedad y lo único que pretendieron fue reunir tantos cazos de cualquier tamaño, color y material como pudieran transportar. De esta forma transcurrieron muy bien tres años. Y cuando volvieron a la mansión de su señor pusieron ante él una imponente formación de cazos para que los inspeccionara.

Al verlos, Ishitsukuri levantó las manos en señal de complacencia. Sin duda —pensó— que entre todos ellos encontraría el cazo de Buda.

—Dejadme verlos uno por uno —exclamó.

Y la gran procesión comenzó, llevando sus sirvientes en hilera los cazos que

habían recogido.

Ishitsukuri se sentó con las piernas cruzadas sobre su cojín y las manos metidas, cada una, en la manga del otro brazo. Después ordenó que le fuesen enseñando cada cazo. Sin embargo, con un significativo gesto de su abanico fue rechazando uno por uno todos los cazos que le iban presentando y mientras el montón de cazos rechazados aumentaba, la cota de los criados disminuía. Cuando le habían presentado ya casi todos los cazos, el rostro del príncipe Ishitsukuri se alargó y encolerizó hasta que acabó por estallar:

—¿Cómo es posible que entre todos vosotros ninguno haya sido capaz de traerme el cazo que os he pedido? Todos estos cazos son bonitos, preciosos; pero ninguno de ellos tiene la edad o la sencillez del cazo que el señor Buda, en su indudable humildad, había elegido para beber.

Y se pegó furiosamente un golpe en la rodilla con el abanico.

Al oír estas palabras el último sirviente de la procesión, que era el jefe de todos los demás, puso a un lado el bonito cazo que llevaba y echó a correr hacia una habitación lateral donde había colocado los cazos que había desechado por ser demasiad o viejos y sucios para la inspección de su amo. Ahora, empero, estaba eligiendo et más viejo y sucio de todos y al encontrarlo lo cubrió con sus mangas y volvió a ocupar otra vez su lugar en el último puesto de la fila de ayudantes.

Cuando le llegó el tumo de presentar su cazo, se adelantó, y con muchas y profundas reverencias se aproximó al príncipe Ishitsukuri.

—Mi señor —dijo—, en mis viajes llegué hasta la afamada montaña Horai de la China y allí, después de muchos fatigosos días, encontré el renombrado templo donde habita el único sacerdote *que* conoce la historia del cazo de Buda. Me contó que alguien lo había traído de la lejana tierra de la India y que desde hacía incontables siglos era el mayor tesoro de su templo. Mi señor, hasta un sacerdote puede sentir el efecto relajador de un poco de vino, por lo que después de haber bebido juntos me ofreció mostrarme el tesoro, luego de exigirme que guardase el secreto. Durante muchos días estuve con él y cuando hube ganado por completo su confianza le persuadí de que me vendiera el cazo; y hoy tengo el honor de entregárselo a mi señor.

Y con la cabeza inclinada hasta el suelo adelantó cortésmente el cazo al príncipe.

Ishitsukuri quedó encantado con el cuento y contempló plácidamente el cazo que se le presentaba delante con toda su oscura negrura y suciedad. Después de alabar al sirviente, ordenó que trajesen el más delicado trozo de seda que hubiera en la casa y que envolvieran en él el cazo antes de salir prestamente hacia la casa de la princesa Kaguya. Por el camino cogió algunas ramas floridas y adornó el paquete creyendo que era realmente el más raro y precioso de todos los tesoros. Por fin arribó a la casa de la princesa Kaguya acompañado de un gran número de ayudantes.

Allí fue recibido con todas las ceremonias debidas a su rango, le hicieron pasar a la habitación adonde esperaba la princesa, a la que dijo con una estudiada expresión:

—Tengo el honor de traer a vuestra alteza el cazo de Buda que tanto deseabais.

Ante ella desenvolvió el paquete, y al hacerlo salió del cazo una nube de polvo y suciedad que contaminó el aire. La princesa se tapó la cara con su larga manga, levantó la cabeza y se puso altaneramente de pie.

—El verdadero cazo de Buda está lleno de una luz celestial, pero este cazo es negro y oscuro como el ébano. No es el cazo auténtico; es falso y por tanto rompo la promesa que te hice —dijo con desdén. Luego se retiró a sus habitaciones.

Ishitsukuri se puso tan colérico y rabioso que cuando gritó, todos cuantos le rodeaban apretaron a correr.

—¡Qué vergüenza! ¡Qué humillación! ¡Un cazo falsificado! ¡Una imitación! —aulló—. ¿Por qué me han estafado? ¿Por qué ella me trata también de *ese* modo? ¡Oh! ¡Qué mujer tan abominable y tan detestable!

Olvidando absolutamente su conducta asimismo fraudulenta en el asunto, volcó todos sus abusos e invectivas sobre las cabezas de cuantos le rodeaban. Cuando atravesó la puerta de salida, las puertas se cerraron firmemente tras él, y en el silencio que siguió a su ruidosa explosión, la paz pareció descender sobre la casa de la princesa Kaguya, cuya quietud sólo rompía el gorjeo de los pájaros.

Por su parte el príncipe Ishitsukuri se volvió para mirar las puertas que se le habían cerrado para siempre, y de repente, al comparar la gozosa expectación que había sentido a su llegada con la amarga mortificación que experimentaba a la salida, se llenó otra vez de furor. Cogió el irritante cazo y *lo lanzó una vez* y otra contra las inamovibles puertas hasta que, con un poderoso estruendo, quedó convertido en trozos a sus pies. Después montó en su caballo y galopó furiosamente seguido de sus sumisos sirvientes y del escarnio de los aldeanos que se habían congregado para ver en qué paraba todo aquello:

—Ishitsukuri Sama ha hecho un mal negocio.

Ha roto su cazo y a cambio no ha obtenido otra cosa sino la vergüenza. Y regresaron burlándose a sus hogares.

VIII
La tarea del gran diputado canciller Iso-no-Kamimaro

Aunque para la corte oficial Iso-no-Kamimaro era de cuna más humilde que sus rivales, sin embargo estaba considerado como un joven muy honrado y además muy serio. A sus seguidores les había dicho:

—Cuando la golondrina de la montaña Horai haya hecho su nido, venid por favor a informarme en seguida.

Sus hombres se miraron unos a otros hasta que uno de ellos preguntó:

—¿Podríamos saber la razón de esta petición, honorable señor?

Iso-no-Kamimaro aclaró pomposamente su garganta, se sentó con las piernas cruzadas sobre su cojín, y contestó:

—La razón es muy simple. La princesa Kaguya me ha pedido que le traiga la concha de cauri que está dentro del cuerpo de este pájaro.

—¡Vaya, vaya! —replicaron sus seguidores—. Hemos matado muchos pájaros y jamás hemos encontrado conchas de cauri dentro de ellos.

Y todos se rieron al pensar en tan ridícula idea. Pero Iso-no-Kamimaro les reprendió por su ligereza y les ordenó que escuchasen atentamente.

—Esta concha de cauri —les dijo—, es expulsada por el pico de la golondrina en el preciso instante en que el pájaro pone un huevo. Pero ningún hombre ha sido capaz jamás de presenciar este acto. ¿Por qué? Porque la golondrina echa a volar en cuanto ve a un hombre.

—En ese caso, ¿cómo vamos a saber cuándo construye la golondrina su nido? —inquirieron los hombres.

Y empezaron a razonar la aparente contradicción de la tarea.

Pero entre ellos había uno muy viejo que llevaba muchos años al servicio de la familia de Iso-no-Kamimaro, y que al ver el disgusto creciente de su amo, pidió la palabra:

—Señor —dijo—, sabemos que la golondrina de la montaña hace su nido en los aleros del templo de la montaña Horai. Muchas golondrinas anidan allí; pero la golondrina que nosotros buscamos lo hace en la parte más alta del tejado. Eso lo sé por las historias que me contaba mi madre cuando yo era niño. Así que vayamos allí y construyamos junto a la gran puerta una alta columna desde la que nos será posible mirar abajo, al tejado del templo, y desde la que podamos ver sin ser vistos. Una vez hayamos localizado el nido podremos alcanzarlo fácilmente.

A Iso-no-Kamimaro le agradó muchísimo este plan y seleccionó a veinte hombres para que juntasen el material necesario y dispusieron el viaje al templo de la montaña Horai. Una vez allí trabajaron día y noche en la construcción de una elevada columna, como una torre, en la que adosaron una escalera que llegaba hasta lo alto.

Subieron y bajaron, cada uno queriendo observar desde lo alto mientras que las

golondrinas volaban y giraban a su alrededor. Desde arriba podrían ver los nidos y localizar el que estaba más alto de todos. Sin embargo los pájaros estaban muy sorprendidos por la presencia de estos raros humanos que no ponían los pies en el suelo al que pertenecían sino que escalaban el aire; y aunque las aves revoloteaban y gorjeaban excitadas, ninguna de ellas se aventuró a hacer su nido en el tejado del templo.

—¡Esto es completamente inútil! —exclamó impaciente Iso-no-Kamimaro—. Así nunca podré conseguir lo que me propongo. Por favor pensad en algo mejor en seguida.

Su viejo seguidor reflexionó durante un rato, y finalmente dijo:

—El problema es, señor, que somos demasiados aquí. Los pájaros están asustados con tanta gente. Vayámonos despacito hasta una distancia prudencial y los pájaros creerán que nos hemos ido para siempre. Cuando oscurezca, que dos de nosotros se arrastren hasta aquí y con una cuerda que previamente echaremos sobre el tejado del templo desde lo alto de la columna, uno podrá subir al otro en una cesta. Y como sabemos dónde está el nido más alto, el de la cesta podrá esperar allí en silencio hasta que la golondrina ponga el huevo y expulse por el pico la concha de cauri. Entonces, todo lo que tendrá que hacer el hombre de la cesta es deslizar rápidamente la mano en el nido y atrapar la concha.

El plan le gustó a Iso-no-Kamimaro y éste reunió a sus hombres para que oyeran la idea del anciano. Pero ahora había otro problema: todos los hombres jóvenes se habían criado en la refinada atmósfera de la corte y ninguno de ellos estaba versado en las cuestiones campestres. El mismo Iso-no-Kamimaro también las ignoraba; por lo que dijo al viejo:

—¿Cómo sabe uno cuándo está la golondrina a punto de poner el huevo? Ninguno de nosotros parece versado en estas materias.

—Nada más sencillo —contestó el hombre—. Sólo hay que vigilar el momento en que la golondrina levanta las plumas de su cola y da siete vueltas en el nido. Ése es el instante en que está lista para poner el huevo.

Con esta información grabada cuidadosamente en sus mentes, los jóvenes se prepararon para abandonar la vecindad de la columna. Pero antes arrojaron desde ella una larga cuerda que aseguraron en la cornisa del tejado del templo y cuyos dos extremos bajaban colgando hasta el suelo. Luego se alejaron tranquilamente hasta una distancia conveniente y allí esperaron la noche. El sol se estaba poniendo en el cielo y pronto todo quedó oscuro y en silencio. Sólo los gorjeos soñolientos de las golondrinas rompían el silencio. Entre tanto los seguidores de Iso-no-Kamimaro habían vaciado uno de los grandes cestos y lo habían atado a uno de los extremos de la cuerda que colgaba del tejado del templo. El joven que debía cumplir la parte más importante de la empresa entró en el cesto y allí se ocultó por completo, mientras su compañero le izaba con la cuerda hasta que el cesto llegó a la parte más elevada del tejado. Allí se dispuso a esperar el joven. Por su parte, los que habían quedado abajo

en la oscuridad, aguardaron impacientes lo que a Iso-no-Kamimaro y a sus hombres les pareció una eternidad.

Arriba, en la cesta, el joven escuchaba y miraba atentamente. Al cabo del rato oyó un revoloteo de alas, por lo que atisbando por encima de la cesta, vio a la golondrina posada en la orilla del nido. Las plumas de su cola empezaron a levantarse, el animal dio una vuelta, después otra y empezó a agitarse violentamente. El joven se excitó tanto que olvidó el resto de las instrucciones y alargó la mano inmediatamente hacia el nido. El pájaro, sorprendido por esta inesperada intrusión, echó a volar indignado. La mano del joven tanteó todo el nido pero con gran asombro suyo no pudo encontrar nada, ni huevo ni concha. ¡Él, que había estado tan seguro!… Ahora empero bajaba cabizbajo hasta donde le esperaba su señor.

Iso-no-Kamimaro tenía ya tortícolis de tanto mirar hacia arriba, hasta que al fin gritó impacientemente:

—¡Bien! ¿Lo has encontrado?

El joven de la cesta, todavía amilanado por el disgusto, lo único que pudo hacer es lanzar una mirada de estupefacción y no decir una palabra. Iso-no-Kamimaro, ahora más impaciente que nunca, mandó al hombre que tiraba de la cuerda que bajase la cesta de una vez. El hombre que salió de ésta se avergonzó muchísimo al confesar a su amo que no había podido encontrar ni el huevo ni la concha de cauri.

—¡Vaya un estúpido que estás hecho! —aulló Iso-no-Kamimaro—. Dices que has visto al pájaro levantar las plumas de la cola, pero que no había ni huevo ni concha en el nido. Ya veo que no tendré más remedio que subir yo mismo a coger la concha.

Y diciendo esto se quitó rápidamente su grueso quimono exterior. El viejo sirviente quiso detenerle con la advertencia del peligro de una caída, pero Iso-no-Kamimaro no estaba dispuesto a escucharle; por el contrario, saltó al cesto y mandó que le subieran en seguida.

Una vez en el tejado Iso-no-Kamimaro se puso a aguardar casi sin respirar el retomo de la golondrina a su nido. Abajo esperaban sus seguidores en suspenso. Al cabo del rato Iso-no-Kamimaro oyó el ruido de las alas del pájaro que volvía y el fuerte gorjeo de «chichi-chichi». Atisbando por encima de la cesta vio al pequeño pájaro posado en la orilla de su nido. De pronto el animal levantó las plumas de la cola y las agitó vigorosamente.

—¡Ajá! —pensó Iso-no-Kamimaro—. ¡Éste es el momento! —Y esperó sin respirar a lo que iba a venir después.

En efecto, el ave empezó a girar y girar en el nido y a la séptima vuelta se agachó con las plumas de la cola extendidas. Iso-no-Kamimaro apenas podía contener su impaciencia y por la forma en que temblaba la cesta sintió que sus hombres compartían abajo su tensión. Levantándose cuidadosamente sacó la cabeza del cesto y atisbo en el nido. Con un formidable aleteo el animal echó a volar en el aire al tiempo que gorjeaba irritado:

—¡Chichi-chichi! ¿Qué clase de grosero y descortés tipo es éste que me

interrumpe en tal momento? ¡Venid, venid!

Y al oírse llamar, los otros pájaros se juntaron a una distancia prudencial de la extraña criatura que así les importunaba.

Iso-no-Kamimaro no hizo caso de sus gritos. Alargó a mano hacia el nido y lo tanteó. ¡Ajá! ¿Qué era aquello? Su mano había llegado hasta algo caliente, redondo y suave; exaltado, llamó a sus hombres a voz en grito:

—¡Lo he conseguido! ¡Tengo la concha de cauri! ¡Bajadme inmediatamente! —exclamó, y aseguró firmemente el objeto en su mano.

Allá abajo sus hombres estaban también contentísimos y todos se pusieron juntos para que la cuerda se deslizase por sus manos, olvidando el peligro que constituía la afilada cornisa del tejado del templo.

Al apresurar el descenso de Iso-no-Kamimaro las tejas cortaron la cuerda como si se hubiera tratado de una espada. Un grito unánime de «¡ah!» brotó de las gargantas de los hombres que estaban abajo, al mismo tiempo que la cesta se precipitaba en el vacío e Iso-no-Kamimaro salía despedido de ella como la flecha de un arco y caía justamente en la boca abierta de la cisterna que recogía el agua de la lluvia y que estaba situada debajo mismo del tejado. Después de que se aquietó el chapoteo del agua, sólo quedaron visibles sus brazos y piernas; luego, mientras sus hombres miraban inmóviles y horrorizados, salió su cabeza farfullando y pidiendo socorro hasta que se volvió a hundir otra vez en las profundidades de las aguas. Esto les hizo volver en sí de su estupefacción y con gran celeridad lo sacaron del agua y lo tendieron suavemente en el suelo. Sus manos estaban cerradas firmemente y lo blanco de sus ojos brillaba en la oscuridad cuando empezaron a darle masajes y a llamarle por su nombre. Después de mucho rato sus ojos se cerraron, parte de la rigidez empezó a abandonar sus miembros y su respiración se hizo convulsiva. Sus hombres se apiñaron ansiosamente a su alrededor y continuaron dándole masajes. Al poco tiempo se sintieron recompensados al ver que abría lentamente los ojos.

—¡Oh, cómo me duele la espalda y qué oscuro está todo! Pero he conseguido la concha de cauri. Traed velas para que podamos examinarla de cerca —dijo en un susurro, y sus ojos se cerraron otra vez.

Rápidamente, sus hombres trajeron velas y levantaron a su amo lleno de dolor hasta que pudo sentarse. Lentamente empezó a abrir su mano mientras que todos se arracimaban para ver más de cerca la fabulosa concha. Pero ¿qué es lo que vieron? Una masa redonda y blancuzca, un poco más grande que una habichuela, y de una naturaleza inequívoca. Iso-no-Kamimaro miró el objeto con ojos dilatados; luego, dando un descorazonador grito de disgusto, cayó hacia atrás como muerto.

Los sirvientes apenas podían contener sus risotadas, pero no perdieron tiempo y se prepararon para el viaje de retorno. Una vez en su aldea nativa llamaron inmediatamente al médico. Iso-no-Kamimaro había resultado gravemente herido en la caída y durante muchas semanas sus hombres se turnaron para atenderle devotamente, ya que cada uno se sentía responsable de la desgracia de su señor. Sin

embargo, a medida que mejoraba, Iso-no-Kamimaro se sentía más y más deprimido.

—¡Ay, qué sino más miserable! He tratado de robar la concha de cauri, el gran tesoro de la golondrina de la montaña. ¿V qué he logrado a cambio de mis dolores? ¡Una masa informe de estiércol y una espalda rota! ¡Cómo se reirán todos de mí! —suspiraba; y escondía su rostro en sus mangas mientras lloraba amargamente.

Cuando la princesa Kaguya oyó el relato de esta aventura sintió muchísimo todos los problemas que había causado a este honrado joven, y como reparación le remitió una cariñosa carta así como muchos regalos y presentes que probaban su estimación. Esto sobre todo hizo más que cualquier otra cosa en la restauración de Iso-no-Kamimaro a su ánimo usual y en seguida empezó a mejorar. Sin embargo un triste recuerdo de su romance permaneció con él por el resto de su vida: desde entonces siempre anduvo un poco cojo y jamás pudo caminar sin el auxilio de un bastón. A pesar de ello, alcanzó a vivir muchos años, pero raramente habló de la época en que trató de conseguir la mano de la princesa Kaguya.

IX
El emperador

Después de las aventuras de estos cinco jóvenes, a la princesa Kaguya no se la vio más que muy fugazmente. Cada vez se fue apartando más y más en la felicidad de su soledad con la anciana pareja. Las gentes dejaron de congregarse a su puerta y de herirla con su curiosidad. Pero a pesar de su reclusión, la fama de su belleza se había propagado hasta donde los cuatro vientos del cielo tocaban las costas del Japón y finalmente habían llegado a los oídos del mismo emperador. Un día éste llamó a uno de sus mensajeros y le dijo:

—He oído rumores de que una bella doncella llamada princesa Kaguya se ha recluido voluntariamente para que no la vean los hombres. Me gustaría mucho verla y quiero que salgas inmediatamente para su casa y que la traigas escoltada hasta mi presencia.

El mensajero partió en seguida para cumplir esta misión y al llegar a la casa llamó perentoriamente a la puerta. La anciana, al oír los golpes, salió a ver quién era el que hacía tanto ruido. Cuando el mensajero vio a la mujer, dijo:

—¿Es ésta la casa de la bella y enclaustrada doncella?

—Señor, nuestra hija es muy bella —replicó la anciana—, y en efecto prefiere la soledad.

—¡Bien! —respondió el mensajero—. Entonces es indudable que ésta es la doncella que estoy buscando. Ten la bondad de informarle que su majestad imperial el emperador le concede el favor de una audiencia privada y que yo he venido para escoltarla hasta el palacio.

La anciana mujer se puso contentísima y corrió en seguida a dar la noticia a la princesa Kaguya. Al oír ésta el anuncio mencionado, permaneció inmóvil. Movió negativamente la cabeza y respondió:

—Soy una persona demasiado inferior para ser presentada a su alteza imperial. Mi visita a su palacio no le proporcionaría ningún mérito y tendría un final no deseado por nadie. Dile por favor al mensajero que no deseo ir.

Y a pesar de los ruegos de la anciana, la princesa siguió en sus trece.

Cuando el mensajero regresó al palacio llevando estas noticias, el emperador se molestó muchísimo con la afrenta a su regia persona por cuanto estaba decidido a comprobar por sí mismo si eran ciertos los rumores sobre la belleza de la princesa. Así que volvió a mandar a su mensajero a la casa de la princesa pero ahora con la orden de regresar con el viejo padre adoptivo de la muchacha.

No necesitamos decir que el anciano no tenía otra opción sino obedecer al emperador. Así pues marchó al palacio lleno de un inquieto temor porque su esposa le había hablado del deseo del emperador de ver a la princesa y sabía muy bien que si ésta había dicho que no quería ir, nadie podría hacerla variar de opinión.

Cuando le hicieron pasar a la cámara imperial, con gran sorpresa suya el emperador le habló bondadosamente y le prometió recompensarlo con un alto rango y pensión si persuadía a su hija para que visitara la corte. Ante esta perspectiva el anciano se puso contentísimo porque pensó que ahora la princesa, al menos para complacerle a él, estaría sin duda dispuesta a salir de su aislamiento. Por eso retornó jubiloso al hogar. Y dijo a la princesa Kaguya:

—Hija mía, he sido recibido por el emperador, quien me ha expresado su sincero deseo de verte en la corte. ¿Irás? Es una maravillosa oportunidad para ti. Hace tiempo que desea casarse con una dama para hacerla emperatriz. ¿Y quién puede dudar de que cuando vea tu gentil belleza no serás tú esa dama? Y si no te hace su esposa, estoy seguro de que sería muy feliz con nombrarte la primera dama de la corte. Y hasta para mí hay un premio; me ha ofrecido un alto rango.

La princesa Kaguya permaneció silenciosa e inmóvil durante largo rato. Finalmente dijo:

—Padre, haría cualquier cosa por verte encumbrado a la posición que tanto anhelas. Pero no puedo hacer eso que me pides, ¡no puedo y no puedo! Incluso si me llevan allí por la fuerza, rechazaré todo cuanto me ofrezcan y sólo estaré pendiente de la oportunidad de escaparme de allí y de morir en soledad.

Estas palabras trastornaron tanto al anciano que apenas pudo contener las lágrimas, ya que no podía concebir su vida o la de su esposa sin la belleza de su hija la princesa. Por eso le suplicó que no volviera a decir cosas tan espantosas.

A medida que pasaban los días la ira del emperador aumentaba más y más, pero al mismo tiempo también crecía su curiosidad al no haber signos de que la extraña doncella fuese a plegarse a sus deseos.

Una noche, después de haber estado cazando todo el día, se dio cuenta de que estaba cerca de la casa de los viejos. Condujo a su bien enjaezado caballo hasta las puertas de éstos y ordenó a su sirviente que llamara a los esposos. Los ancianos se quedaron pasmados ante la condescendencia del emperador de venir a visitar su humilde casa y salieron a saludarle muy confundidos y embarazados. Se pusieron de rodillas ante él y se inclinaron hasta que sus cabezas tocaron el suelo.

El emperador desmontó inmediatamente, hizo caso omiso de sus saludos y se metió directamente en la casa dirigiéndose hacia la puerta de la habitación más interior. Abrió todas las puertas sin ninguna ceremonia y estaba a punto de entrar en la habitación de la princesa cuando de repente tuvo que retroceder dando un grito y ponerse las manos ante su rostro. Una deslumbrante llama luminosa había inundado la habitación en cuyo centro brillaba la exquisita forma y bello rostro de la princesa Kaguya.

Ésta se hallaba tranquilamente sobre su cojín con sus pequeñas manos reposando quietamente en su regazo y su cabeza inclinada ligeramente hacia adelante. Dos largos mechones de pelo colgaban sobre sus hombros y su ancho vestido, ahora radiante con la brillante luz, caía coquetonamente sobre el suelo. El emperador,

vencido ante una belleza cuyo igual jamás había visto antes, se postró ante ella diciendo:

—Princesa Kaguya, soy el emperador. He venido en persona a visitarte porque los rumores sobre tu belleza se han extendido por todo el país. Ahora he comprobado que ni siquiera los rumores describen lo que yo he visto con mis propios ojos. Te pido de corazón que accedas a mi deseo de llevarte conmigo a palacio.

Pero la princesa Kaguya meneó ligeramente la cabeza y dijo:

—No es posible. ¿Cómo voy a abandonar a mis queridos padres? Además, debes de comprender que yo no soy de este país y que si me voy contigo algún día tendría que dejarte.

Y volvió a mover negativamente la cabeza.

Pero al emperador no se le rechazaba tan fácilmente, y más ahora que cuanto más miraba sus divinos rasgos, más determinado estaba a ganársela para él.

—¡Aunque me rechazas, yo me casaré contigo! —gritó de repente, llena su voz de amor y pasión.

Se levantó y estaba a punto de coger la mano de la muchacha cuando una enorme oscuridad cayó como un manto sobre la habitación. El emperador era como un ciego que palpaba desesperadamente en las tinieblas.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde estás? ¿Dónde estás? —aulló.

Pero no tuvo respuesta; ni tampoco pudo alcanzar ni un hilo del vestido de la princesa Kaguya. El emperador entonces se arrodilló desalentado porque comprendió sabiamente lo absurdo que era rogar con voz lastimera en una habitación a oscuras.

—Princesa Kaguya, perdóname. Por favor, perdóname. Me he portado irrazonablemente. Sólo te pido que me dejes verte una vez más en toda tu belleza y nunca jamás te causaré problemas.

Casi sin esperanzas de que ella escuchase su petición, se volvió a inclinar otra vez hasta el suelo.

Inmediatamente la habitación fue inundada de nuevo con la brillante luz. El emperador levantó sus ojos y ante él estaba la princesa Kaguya. Su expresión era de tal tranquilidad y cortesía que el emperador sintió que un diluvio de lágrimas estallaban en su pecho.

—Señora —dijo—, ahora que te he vuelto a ver, jamás podré olvidarte. Eres más bonita que las blancas crestas de diez mil olas, más noble que los picos de las torres del cielo, y más hermosa que la luz de la tuna que cae en cascadas sobre los valles. Nunca antes había visto una belleza igual. Y nunca la veré más.

Miró fijamente a la silenciosa princesa, salió luego rápidamente de la habitación y regresó a su palacio.

X
La luna de agosto

Pasaron cuatro años más; era primavera. La princesa Kaguya vivía tranquila y pacíficamente con sus padres adoptivos. Sin embargo ahora parecía que un extraño ánimo se había posesionado de ella porque, frecuentemente, se la veía en las noches de luminosa luna sentada a la ventana y mirando a la luna que cabalgaba en el cielo. Además parecía ser tan infeliz y sus ojos estaban tan llenos de deseo que la angustia de la anciana pareja crecía más y más por su causa.

La más preocupada era la anciana, porque recordaba de las historias de su infancia que a los observadores de la luna les sucedían cosas malísimas. Contó sus temores a la princesa Kaguya, pero el único efecto que sobre ésta tuvieron sus palabras fue que se calló todavía más y se encerró con su mutismo en su habitación, hasta el punto de que los ancianos apenas vieron a la muchacha durante semanas y semanas.

El tiempo transcurría tristemente, hasta que llegó el mes de agosto. Una noche, cuando la augusta luna había alcanzado casi su plenitud, la anciana oyó a su hija llorar amargamente en su habitación. Llamó a su marido y juntos entraron a verla.

—¿Qué le pasa a nuestra hija la princesa? ¿No puedes decirme por qué estás tan triste? —rogó la mujer.

—Dinos qué te pasa, querida Kaguya Sama. Haremos todo cuanto podamos para complacerte —dijo el anciano.

La princesa Kaguya luchaba por controlar sus lágrimas cuando les oyó hablar. Se secó los ojos con el borde de su larga manga y luego dijo:

—Debo confesaros mi secreto. Ya no puedo ocultároslo más. He guardado silencio hasta ahora porque no he querido haceros infelices. Pero ha llegado el momento de que lo sepáis todo acerca de mí. Ya debéis haber adivinado que yo no he nacido realmente en este país y que no soy de la misma raza que es la gente de aquí. He nacido en el país de la luna, y allí está mi verdadero hogar.

Al oír estas sorprendentes palabras la anciana pareja se quedó estupefacta. Luego, la mujer dijo tenuemente:

—Entonces… ¿eres una dama de los cielos?

La princesa sonrió:

—Quizás sea ésa la mejor forma de llamarme, porque he venido del cielo. Pero ya ha llegado el momento de regresar a mí país. Durante muchas semanas me han estado llamando las voces de la luna. No hay alternativa. Debo ir, y cuando la luna de agosto esté llena, los mensajeros celestiales bajarán para escoltarme hasta casa. Vine de mi bienaventurado país para ayudaros, por cuanto parecía que la bondad habitaba entre vosotros. No estaba equivocada, y he sido muy feliz con vosotros todos estos años. ¡Nunca os olvidaré, nunca, nunca!

A través de sus lágrimas las palabras de la princesa Kaguya salieron balbucientes y tropezando, y no es para contar la pena que sintieron los ancianos al escuchar estas tristes y extrañas nuevas.

Cuando cesaron las lágrimas de la princesa Kaguya y ésta casi se hubo calmado del todo, los, ancianos se retiraron a su habitación, infelices y llenos de intranquilidad. Estaban meditando en lo que ella les había contado. La noche de la luna llena estaba muy cerca y se sentían impotentes para hacer nada. Sin embargo el anciano estaba tan excitado que desafiantemente dijo a su esposa que jamás consentiría a nadie, fuese ángel o diablo, que les robara a su amada hija. Cuando la princesa Kaguya oyó su voz, vino a sus padres con una cara tan apenada como la del anciano, y poniendo su bella cabeza sobre la rodilla del hombre, dijo contrita:

—Yo no quiero abandonaros. Podéis creerme que desde el momento en que me tomaste del árbol de bambú y me trajiste a esta casa en la palma de tu mano, no he disfrutado otra cosa sino amor y devoción por parte vuestra y he crecido para devolveros vuestro amor. Pero pertenezco al país de la luna. Mi pueblo ansia mi regreso y por ellos debo volver. No hay otra solución.

Toda la casa resonó con los suspiros y los gritos apenados de los criados que se habían congregado y habían escuchado esta triste historia.

Noche tras noche la luna fue haciéndose más redonda y llenándose más y más, con lo que los habitantes de la casa apenas dormían o comían de ansiosos que estaban. Al fin el anciano, después de mucho pensar, llamó a su esposa para decirle:

—Si seguimos así pereceremos de pesadumbre. Tengo una buena idea y voy a buscar ayuda. Vigila bien a nuestra hija y no la pierdas de vista ni un instante, especialmente por la noche. No tardaré más de un día.

Se marchó de su casa en seguida y fue al pueblo, donde alquiló un palanquín con los corredores más veloces que había y partió rápidamente hacia el palacio.

XI
Los mensajeros de la luna

Cuando llegó al palacio el anciano saltó del palanquín y golpeó fuertemente las grandes puertas a la vez que gritaba:

—¡En el nombre de la princesa Kaguya deseo ver urgentemente a su majestad imperial!

Tan pronto como los criados llevaron el mensaje al emperador, éste corrió a las puertas adonde estaba el anciano, quien le saludó nada más verle:

—¡Majestad, Majestad! Algo terrible va a acontecer a nuestra hija y os suplicamos que nos ayudéis. Por favor, venid en seguida a mi casa.

Al oír estas palabras el emperador quedó profundamente confundido y contestó con urgencia:

—¿Qué quieres decir con eso? Por favor, cálmate y explica claramente cuál es el problema.

El anciano contó rápidamente la historia del extraño nacimiento de la princesa Kaguya y el relato todavía más raro de su vuelta a la luna. Al final imploró el auxilio del emperador antes de que la luna de agosto alcanzara su clímax y su amada hija fuera forzada a abandonarles.

—¡En efecto es una historia fabulosa, muy fabulosa! —dijo el asombrado emperador—. Pero no te preocupes más. Iré yo mismo con dos mil de mis mejores guerreros a tu casa y protegeremos a la princesa de los mensajeros que vengan de la tierra o del cielo. Vuelve a tu casa y mantén una atenta vigilancia hasta que nosotros lleguemos esta noche.

La alegría del anciano era indescriptible cuando tomó el camino de regreso a su hogar con el propósito de preparar tan pronto como fuese posible a su esposa y a la princesa Kaguya para el acontecimiento. Primero ordenó a su esposa que se sentara con la princesa en la fuerte habitación donde se guardaban los tesoros de la familia y en la que ya había mandado poner víveres y otras cosas necesarias para permanecer varios días. Luego ordenó a sus sirvientes que aseguraran la puerta con los cerrojos más fuertes y firmes que encontrasen. A su esposa la instruyó para que se agarrara a las manos de la princesa Kaguya y que de ninguna forma perdiera el contacto con ella. Por su parte, extendió una estera delante de la mencionada puerta con el fin de disponerse a vigilar.

Al oscurecer, el emperador y su comitiva llegaron a la casa. Los dos mil soldados se distribuyeron en filas alrededor de todo el jardín y en el tejado de la casa, lugar donde se afincaron como una bandada de golondrinas humanas. El silencio cayó sobre la casa y todo lo que podía oírse era el ligero susurro de los hombres que preparaban sus arcos y flechas y los tensaban para disparar.

En seguida un suave resplandor empezó a ver ter su luz desde el cielo y la luna

salió lentamente sobre ellos, cada momento más llena y dorada hasta que pareció colgar por encima de ellos como un melocotón rebosante y maduro. La tensión de los hombres que esperaban se hizo más violenta y se envararon como animales dispuestos a atacar al mismo tiempo que flexionaban intranquilos sus arcos. En cuanto el brillante curso de la luna se amplió y sus rayos llegaron cortantes hasta la casa, el anciano se puso en pie de un salto y gritó a voz en cuello:

—A la primera señal de cualquier cosa extraña, disparad.

Un gran grito salió de las gargantas de los soldados en respuesta a sus palabras:

—¡No temas, abuelo; ni siquiera se nos escaparía un murciélago!

Dentro de la casa la princesa Kaguya estaba sentada con sus manos cogidas fuertemente por las manos de la anciana, y al escuchar los valientes gritos suspiró y dijo:

—¡Ay! A pesar de lo intrépidos y valientes que son, su fuerza es nada contra el poder de la luna.

V dejó caer su cabeza en el regazo de la anciana, quien, sin comprender nada, la apretó todavía más.

La luna se elevó más y más y ahora las hojas más diminutas del jardín estaban bañadas en su luz. El anciano mostró colérico su puño al cielo.

—¡Quienquiera que seas, ángel o demonio —chilló—, nunca consentiré que te lleves a nuestra hija! ¡Te arrancaré los ojos con mis largas uñas! ¡Te mataré, quienquiera que seas!

Pero el cielo no respondió. Sin embargo, al acercarse la media noche, llenó el cielo un resplandor sobrenatural diez veces más brillante que diez mil lunas, y los centinelas tuvieron que cubrir sus rostros aterrorizados, casi ciegos. Desde el punto más alto en el cielo se empezaron a juntar lentamente unas guirnaldas de nubes blancas que suave y silenciosamente comenzaron a descender. Al irse aproximando, los tensos centinelas pudieron ver que muchas y hermosas criaturas parecían haberse agrupado sobre las nubecillas; unas estaban de pie, otras sentadas, pero todas iban vestidas con brillantes quimonos de colores del arco iris. Eran tan numerosas que es imposible decir si se trataban de cien, de doscientas o de muchos miles. En medio del asombroso silencio que habían provocado bajaron hasta el punto justo encima de la parte más alta del tejado, y allí descansaron calladamente.

Los expectantes soldados temblaban tantísimo que, aunque lo intentaban, lo cierto es que no podían mover sus miembros para disparar sus saetas. Entonces uno de ellos, más sabio que los demás, se arrodilló exclamando:

—¡Rezad todos! ¡Sólo las oraciones podrán ayudarnos!

Sin embargo, y por un instante, los soldados parecieron recuperar sus fuerzas y muchos arcos fueron tensados furiosamente para que sus flechas rasgasen el aire. Pero los disparos se dispersaron extensamente y los visitantes celestiales permanecieron inmóviles y tranquilos sobre su flotante y blanca plataforma.

Antes de que nadie pudiera comprender cómo o de dónde procedía, los centinelas

vieron un gracioso palanquín que descendía por el ancho sendero de la luz de la luna. El palanquín iba guiado y sostenido por una hueste de bellos seres a los que mandaba uno todavía más agraciado y atractivo. Éste parecía ser persona de gran importancia y al irse aproximando exclamó suave y claramente:

—¡Miyatsukomaro San! ¡Haz el favor de salir!

Al extraño conjuro de esta amable voz que sonaba como las aguas de una intrincada corriente, y enormemente sorprendido por oírse llamar por su nombre, el anciano trepó atemorizado hasta el tejado. Al ver a aquel ser celestial desapareció toda su ira y lo único que pudo hacer fue arrodillarse con humilde reverencia y escuchar la voz que seguía diciendo:

—Te has portado muy bien al cuidar con tanto mimo a nuestro tesoro más preciado. Y por eso te has hecho rico y has sido feliz, ¿no es verdad Miyatsukomaro San?

—¡Sí, es verdad! —dijo el hombre—. Y os estamos profundamente agradecidos.

—Pero ahora es el momento de que ella vuelva a estar con su pueblo. Durante muchos años habéis sido sus padres, aunque esos años hayan sido como un minuto para el país de la princesa Kaguya. Allí la espera su pueblo, al que ella pertenece. No hay nada que tú puedas hacer para retenerla más tiempo contigo. Miyatsukomaro San, por favor, ponía en libertad inmediatamente.

Pero todavía el anciano se mostraba reacio a hacer como se le pedía; por eso buscó una excusa y dijo:

—Mi noble señor, ¿no es posible que hayas confundido a nuestra hija con alguna otra muchacha celestial? Tú has dicho que ella ha permanecido con nosotros muy poco tiempo, pero en realidad ha sido nuestra hija durante veinte años. ¿Seguro que no te equivocas?

Y en un último y desesperado alegato, añadió:

—Por otra parte, ahora se halla muy enferma y no puede salir de la casa.

Pero el dios de la luna no le respondió. Sin embargo todo quedó silencioso de nuevo cuando condujo al palanquín hasta un lugar determinado del tejado. Después, con su voz clara y líquida, dijo:

—¡Princesa Kaguya, princesa Kaguya! Hemos venido a buscarte. Deja esta casa y vente con nosotros. Tu pueblo te espera y debes volver a él. Sal, tu palanquín te aguarda.

Todos siguieron callados. Ninguno trató de moverse. Y en la habitación interior la vieja mujer quedó aterrorizada al notar que una repentina parálisis encogía sus miembros. Débilmente, sus manos fueron aflojando las manos de la princesa y sus ojos se dilataron de horror al abrirse la puerta sin el concurso de ninguna fuerza humana, aunque estaba cerrada y atrancada. Su grito atrajo dentro de la casa al anciano y también se arrojó al suelo aterrorizado al ver la forma de la hermosa princesa Kaguya que se deslizaba a través de la puerta abierta. La muchacha les miró con un rostro en el que se dibujaba el más tierno afecto y depositó suavemente la

mano en el hombro del anciano al mismo tiempo que decía:

—No lloréis, os lo ruego. Recordad únicamente los felices años que hemos pasado juntos. Ahora no queda otro remedio; debo dejaros para regresar a mi país y a mi pueblo. ¿No podéis alzar vuestras cabezas para verme y salir a despedirme en mi viaje?

Pero el anciano movió la cabeza.

—Querida niña nuestra —murmuró—, durante todos estos años hemos sido tu padre y tu madre; ahora que somos viejos es cuando más te necesitamos. ¿Cómo puedes abandonarnos? Te suplico que nos lleves contigo a tu lugar del cielo, porque sin ti no queremos vivir. Y él y su esposa lloraron amargamente. La princesa Kaguya quedó atribuladísima por su pena y apenas podía contener también sus lágrimas; pero, en este momento, uno de los mensajeros de la luna entró en la casa. Llevaba en sus manos un cofre preciosamente ornamentado el cual colocó ceremoniosamente delante de la princesa. De él extrajo un brillante cántaro y un ondulante manto tejido con la más delicada seda en colores que irradiaban la habitación. Parecía estar hecho de mil abalorios de lluvia. Después se dirigió a la princesa:

—Éste es el manto llamado *Hagoromo*. Cuando te lo pongas hará desaparecer de ti todas las impurezas del contacto humano. Y en este cántaro está la poción que te proporcionará el olvido de todas tus actuales tristezas.

La princesa Kaguya se volvió y a través de sus lágrimas le rogó que los dejase solos un momento. Después se quitó su hermoso quimono exterior, se arrodilló ante los ancianos y dijo:

—Tened esto en recuerdo mío. Donde esté esto también estaré yo. Ahora, por favor, secad vuestras lágrimas. Por el amor que me tenéis, no seáis infelices.

Les tocó reverentemente los hombros. Luego cogió una de las plumas de escribir que tenía en un cofrecillo tallado y escribió en un rollo un poema de despedida. Lo enrolló y lo entregó con el cántaro a su anciano padre, al mismo tiempo que le decía:

—Padre, dale este poema y este cántaro al emperador. El poema es mí despedida a un hombre amado. El cántaro contiene una poción que cuando la pruebe, le proporcionará eterna juventud.

Con un último deseo de felicidad y una mirada afectuosa a la anciana pareja, la muchacha se dirigió al mensajero y le dijo:

—Estoy dispuesta a marchar contigo.

Silenciosa y sosegadamente se echó el manto por los hombros. Un aspecto de majestad cayó sobre ella. El gozo y la felicidad divina se marcaron en sus mejillas y un aire etéreo rodeó todo su ser. En este mismo instante se hizo tan distante y se olvidó tanto de la vida humana que para los ancianos era ya una extraña. Pero todavía no podían creer que su querida niña fuese a perderse para ellos y por eso, rotos cuando ella puso su mano dentro de la del joven dios de la luna y montó con él en el brillante palanquín, la siguieron con gritos frenéticos. La gran hueste de mensajeros se elevó en el aire. Al rodear el palanquín estallaron en una regocijada canción al

mismo tiempo que un sendero de luz lunar se abría ante la cabalgata. Sorda a los furiosos gritos de sus padres adoptivos, ahora con el corazón traspasado, la princesa Kaguya flotó gozosamente hacia su hogar rodeada de la resplandeciente hueste, hasta que los aguzados ojos de los que quedaban abajo no pudieron ver ni un punto de luz de sus mantos.

XII
La peregrinación del emperador al monte Fuji

Cuando el emperador recibió el poema y la poción de la princesa Kaguya, suspiró profundamente y cayó en una larga meditación. Su corazón estaba desgarrado porque toda la profundidad de su amor por la bella princesa se le había presentado repentina y violentamente.

—¡Ah! Puesto que la princesa ya no está en esta tierra, no quiero prolongar por más tiempo mi vida —murmuraba.

Se encerró en si mismo. Durante muchísimos días rehusó hablar a nadie y allá por donde iba llevaba consigo su espíritu de desolación. Evitaba a sus sirvientes y despreciaba todos los entretenimientos y diversiones que planeaban para él.

Un día los llamó y les dijo:

—¿Cuál es el monte de nuestro país que está más cerca del cielo?

—Vaya, señor, es el monte Fuji —replicaron con cierta sorpresa sus criados, ya que esto lo sabía todo el mundo.

—¡Bien! —exclamó el emperador—. Haced todos los preparativos para un viaje. Saldremos inmediatamente hacia el monte Fuji. En sus fieras profundidades quemaré este poema y la poción que día y noche consumen mi corazón con los recuerdos de la princesa Kaguya.

Partieron en seguida y llegaron al pie de la divina montaña. Ascendieron durante la noche y llegaron a la cima cuando ya el sol asomaba y se filtraba a través de los campos de nubes que había en el horizonte. Con sus nobles ayudantes rodeándolo, el emperador depositó el poema y el cántaro de la princesa Kaguya en el rojo cráter ardiendo. Al quemarse, el humo se elevó espeso y negro. Gradualmente se fue aclarando hasta que quedó un finísimo hilo de humo que se proyectaba en espiral hacia el cielo.

—Está llegando al país de la princesa Kaguya —murmuró el emperador.

Después de decir estas palabras, abandonó la cima y comenzó el viaje de regreso a su palacio. Pero muchas veces miró atrás y siempre vio el fino hilo de humo que ascendía hacia el cielo. Y así sigue hasta hoy.

EPOPEYAS Y LEYENDAS

EL NACIMIENTO DEL JAPÓN

I
Takamagahara

Antiguamente no había nada en el universo excepto materia espesa y descuidada. Era disforme y sin hechura y se extendía hasta el infinito. Todo era caótico. El cielo y la tierra estaban mezclados como la clara y la yema de un huevo que hubieran sido batidas a través de incontables siglos. Un eón seguía a otro eón sin variabilidad. Pero de repente empezó a tener lugar un gran trastorno y el universo silencioso e ilimitado se llenó de extraños ruidos. De la masa caótica se destacaron la luz y la porción más pura, que empezaron a elevarse y extenderse suavemente mientras que los elementos más pesados y densos comenzaban a juntarse gradualmente y a caer, hasta que hubo una clara separación entre las dos partes.

La masa de luz se movió decididamente hacia arriba. Se propagó y extendió hasta ponerse completamente encima de la sólida masa de abajo. Algunas partes de ella, como si dudaran y estuvieran inciertas en cuanto a lo que debían hacer, se juntaron para formar muchas nubes. Sobre ellas formaron un paraíso que fue llamado Takamagahara o llanura alta del cielo.

Entre tanto la masa más pesada estaba todavía hundiéndose y parecía tener grandes dificultades en adquirir forma. Pasó otro eón. Desde las alturas celestiales la masa parecía vasta y negra, y fue llamada tierra.

De esta manera llegaron a formarse el cielo de Takamagahara y la tierra, y con ellos la leyenda del nacimiento del Japón.

II
Izanagi e Izanami

Con el paso del tiempo, en la llanura alta del cielo nacieron tres dioses: Ame-no-Minaka-nushi o dios del augusto centro del cielo; Taka-mi-musubi o alto y augusto dios del crecimiento; y Kami-mi-musubi o divino y augusto dios del crecimiento. Estos tres dioses miraron abajo, a la tierra, y vieron que no había orden en ella; todo estaba confuso y no había signo de progreso o vida en la masa inerte y ponderosa.

Los dioses miraron a la tierra y la contemplaron largamente, consultando entre ellos sobre lo que podían hacer para poner en ella orden y vida.

—Incluso si siguiéramos hablando hasta que nuestras fuerzas nos abandonaran, seríamos impotentes para cambiar estas materias —dijeron desesperados.

Casi en respuesta a sus ansiosos interrogantes, en la llanura alta del cielo surgió una nueva raza de dioses jóvenes y viriles. Éstos eran enviados por el señor del cielo cuya divina presencia se dejaba sentir a través de Takamagahara y quién, según las crónicas, era el mismo creador de la propia Takamagahara. Los recientes dioses se incorporaron a las consultas con las tres deidades más viejas y después de largas deliberaciones decidieron enviar a la tierra a dos de los más jóvenes y mejor formados, con el fin de que sojuzgaran el caos y crearan la belleza sobre su faz turbulenta.

El primer joven dios al que eligieron para esta gigantesca tarea se llamaba Izanagi, y era alto y fuerte como un renuevo de sauce. Su compañera se llamaba Izanami y era delicada en el habla y en los modales, y tan bella como el aire que llenaba la llanura alta del cielo.

Todos estuvieron de acuerdo en que no podían haber escogido mejor de lo que lo habían hecho. Izanagi e Izanami eran esforzados y guapos. Después de hacer la elección, el señor del cielo llamó a los dos jóvenes dioses para decirles:

—Ya habéis visto el caos que reina allí abajo, en la tierra. Durante muchísimo tiempo ha estado en esa situación, sin columna vertebral e inerte, como si fuera una gigantesca medusa que hubiera estado flotando en un océano de espacio. No hay vida, no hay crecimiento, no hay orden; sólo tinieblas y miseria. Por tanto, marchad hijos míos a cumplir vuestra gran labor. Las partes más ligeras, apretadlas; y las más pesadas, unidlas; disponedlas de tal modo que haya gusto en su contraste. Cread el orden donde no hay ninguno; y en vez de la anarquía disponed leyes de progreso y desarrollo. Sois vosotros, hijos míos, los que debéis hacer para mí un lugar digno y bello de la tierra.

Cuando el señor del cielo terminó de hablar, entregó a Izanagi un primoroso venablo tallado y adornado con una eminencia ornamentada y llena de piedras preciosas de insuperable magnificencia y exótica belleza. Se trataba nada menos que del legendario venablo Amanonuboko, uno de los mayores tesoros de la llanura alta

del cielo.

—Este venablo es mi símbolo —dijo el señor del cielo—, y con él lo conseguirás todo.

Al inclinarse reverentemente ambos jóvenes dioses, el señor del cielo levantó la mano y al instante apareció un punto de luz en el maravilloso espacio que había sobre la llanura alta del cielo. Era un solitario y pequeño círculo de espuma que bajaba impulsado y a lomos del mar del cielo. Al irse acercando, todos vieron que era una bola de nube blanca que iba rodeada por una escolta de nubecillas más pequeñas cuyos ribetes tenían unos colores tan intensos como los de la misma llanura alta del cielo. Al llegar la bola de nube blanca hasta el trono del señor del cielo, éste dijo a Izanagi e Izanami:

—Éste es vuestro carruaje sobre el que podréis viajar a través del espacio a vuestra voluntad. Ahora es el momento de que os vayáis.

Izanagi y su bella compañera se montaron en el carruaje de nubes, y todos los dioses observaron atentamente cómo bajaba hacia la tierra llevando a sus celestes pasajeros.

Al irse alejando de la vista de los atentos dioses, apareció un arco iris luminoso que se curvaba desde el cielo a la tierra en bandas de muchos colores. Era el puente del cielo que bañó de resplandor a Izanagi e Izanami según iban éstos descendiendo.

III
El puente del cielo

Izanagi e Izanami bajaron flotando hasta que alcanzaron el nivel del punto más alto del arco iris. Allí se detuvieron y, agarrados de la mano, se apearon de su nuboso carruaje para posarse sobre el colorido puente. Se pararon para ver dónde estaban y encima tenían el azul claro de la bóveda celeste; pero abajo todo era oscuro y estaba inmóvil. Al irse alejando de ellos la curva del arco iris y desaparecer en una densa niebla, dejaron de ver la flotante masa de tierra.

Así estuvieron un rato, mirando por encima de ellos, hasta que Izanagi dijo a Izanami:

—Debemos descender hacia la niebla de abajo, porque allí está la tierra y nuestro trabajo.

Cogidos de la mano y llevando Izanagi el venablo Amanonuboko, comenzaron a bajar por el puente del cielo. Pronto se vieron envueltos en una niebla tan espesa que todo a su alrededor era como la oscuridad de la noche. No obstante siguieron andando hasta que llegaron al final del puente. Aquí se detuvieron. Los dos estaban en un grave aprieto, ya que ninguno podía ver o sentir nada sino sólo el contacto de la mano del otro.

—Entonces, ¿es ésta la tierra? —preguntó ansiosamente Izanami.

Izanagi no contestó. Se limitó a zambullir su venablo en los remolinos de la niebla. El venablo se hundió con tanta facilidad que Izanagi volvió a probar con él una vez más, esperando encontrar alguna base firme para asentar el pie. Pero no había nada. Lo volvió a sumergir otra vez y otra y otra, en todas las direcciones, pero la niebla no opuso resistencia en ninguna parte a su venablo.

—¡Ay! —dijo tristemente—. Como ha dicho nuestro señor del cielo, se parece a una medusa.

No había acabado de hablar cuando la niebla empezó a evaporarse lentamente y a fluir otra vez la luz a su alrededor. Una vibración sacudió el venablo en su mano y vio que un grumo de barro adherido a la punta del venablo se soltaba de éste y caía. Después, milagrosamente, se formaron muchos más grumos de barro que siguieron al primero, y a medida que se desarrollaba y caía el barro, se iba amasando junto, al mismo tiempo que de la punta del venablo manaba también agua que empezó a rodear poco a poco la masa de barro.

Cuando se dispersaron los últimos rastros de la niebla, el cielo se mostró, brillantemente iluminado. Los dos jóvenes dioses miraron hacia abajo desde el puente del cielo. Todo relucía con el azul que se reflejaba del cielo y en medio del vacío que había debajo surgió una isla rodeada de un mar azul en calma.

Cogidos fuertemente de la mano presenciaron este milagro divino. Sin hablar, Izanagi probó con el venablo en distintas partes de la isla.

—¡Izanami, es tierra firme! ¡Es firme! —gritó excitado mientras volvía la cabeza y mostraba a Izanami el venablo—. ¡Este venablo divino la ha producido!

Ambos volvieron a mirar otra vez a la isla que tenían debajo y se llenaron de alegría. De pronto Izanami gritó ansiosamente:

—¡Vamos a explorarla toda!

Antes de que Izanagi tuviera tiempo de contestar, ella se había bajado del puente del cielo hasta la arena caliente y blanca de una de las playas. Izanagi la siguió; y ambos se llenaron de júbilo al sentir la tierra bajo sus pies y oír los latidos del mar entre las lenguas de las rocas que rodeaban la playa.

Recorrieron de lado a lado la isla. Todo lo que veían les regocijaba y ante la expansión del océano que circundaba su nueva tierra se quedaron boquiabiertos.

—Nuestra isla es muy pequeña, pero es encantadora, ¿no es verdad? —dijo Izanami, pero Izanagi sólo contestó con una sonrisa de felicidad.

Llegaron a una pequeña planicie y al sentarse juntos a descansar, viendo sobre ellos el cielo, Izanami dijo de repente:

—Izanagi, somos los primeros dioses de la llanura alta del cielo que ponen sus pies sobre esta tierra. Ésta va a ser nuestra casa para siempre. Edifiquemos un altar en esta planicie donde podamos servir a los grandes dioses y vivir nuestras vidas en paz.

A Izanagi le gustó la idea, y añadió:

— ¡Sí es verdad! Lo construiremos con nuestras propias manos y en el centro edificaremos una columna que llegará al cielo. Así nos sentiremos siempre cerca de nuestro primer hogar.

Ambos se arrodillaron y levantaron sus ojos a la llanura alta del cielo, rogando a los dioses que los bendijeran y los ayudaran en sus esfuerzos.

Trabajaron día tras día. Lentamente, el altar empezó a tomar cuerpo y la gran columna del centro comenzó a extenderse hacia el cielo. Cuando al fin terminaron su trabajo, Izanagi e Izanami hicieron las preparaciones formales para consagrarlo. Como ya habían escogido los nombres para la isla, el altar y la columna, se arrodillaron para rezar vehementemente al augusto señor del cielo con el objeto de que les santificara el altar. A la isla la llamaron isla de Onokoro; al altar le pusieron el nombre de Vashirodono o Palacio de las Ocho Brazas; y a la columna Amanomihashira o Augusto Pilar del Cielo.

Después de poner los nombres cayó sobre ellos una grandísima paz; el aire se aquietó y la marea dejó de hacer ruido; la luz del atardecer abrazó la tierra y el mar. Izanagi e Izanami inclinaron reverentemente sus cabezas porque sabían que sus rezos habían sido oídos.

IV
El nacimiento de las islas

El tiempo transcurría feliz sobre la hermosa isla. En todas las direcciones se extendía un vasto espacio de mar azul. Frecuentemente Izanagi subía al punto más alto de la isla por si acaso bajaba algún visitante del cielo para honrarles con su presencia. Un día que estaba observando y reflexionando, por todos los alrededores empezaron a levantarse unas nubes de niebla y vapor, las aguas empezaron a agitarse y a bullir y las olas a arrojarse contra las costas de la isla. Pero según siguió mirando, el vapor empezó a aclararse para dar paso a un brillante techo, o así lo parecía, que emergía por encima de él. Era el firmamento que se separaba al fin de los océanos y que ahora llenaba con su luz la bóveda celeste. Izanagi se regocijó con esta visión y llamó a voz en grito a Izanami:

—¡Ven en seguida, ven en seguida! ¡Está naciendo un nuevo mundo!

Izanami, al oír sus gritos, echó a correr hacia él. Juntos, la joven pareja veía maravillada cómo los encantos de la isla se les revelaban nuevos. Luego Izanagi habló:

—Cuando fuimos enviados desde Takamagahara a este mundo más bajo, el señor del cielo convirtió aquella masa esponjosa en esta tierra firme y amable. Y lo hizo así para que nosotros viviéramos aquí y pudiéramos crear la bondad y la belleza donde había imperado el caos. Esta isla, a la que hemos llamado Onokoro, es bella y encantadora, pero muy pequeña. Debemos pedir la ayuda del cielo para construir otras islas más grandes con el fin de que el mundo pueda crecer y aumentar.

Izanagi había hablado con una voz plena de emoción,-porque ya estaba lleno de la visión de una nueva creación. Cogió de la mano a Izanami y la condujo al altar en donde rezaron fervientemente para que fueran bendecidos en sus tareas. Al final se alzaron e Izanagi, volviéndose hacia Izanami, dijo de pronto:

—Izanami, para crear estas otras islas debemos convertirnos en hombre y mujer. Vamos a rodear la columna terrena, tú por la derecha y yo por la izquierda, y cuando nos encontremos nos conoceremos verdaderamente el uno al otro.

Los dos pues fueron a rodear la columna, Izanami por la derecha e Izanagi por la izquierda. Al encontrarse en la otra parte de la columna, Izanami habló primero y dijo:

—¡Qué agradable es encontrarse con un joven tan apuesto!

Y aunque Izanagi replicó:

—¡No puedo expresar el placer que siento al ver a una doncella tan guapa como tú!

Había disgusto en su voz. No obstante se abrazaron y se convirtieron en hombre y mujer, pero ya no hubo alegría entre ellos.

A su debido tiempo Izanami dio a luz un hijo, pero para su espanto, era débil y

pulposo como una sanguijuela.

—Seguramente éste es el resultado del disgusto que tiene conmigo el señor del cielo —dijo Izanagi—. No debemos quedarnos con este niño. Todo él es un mal presagio.

Y lo colocó en una barca de cañas y lo echó al océano.

Durante muchos días permanecieron los dos deprimidos e infelices. Hasta que una mañana, después de consultar a los dioses de la llanura alta del cielo, el joven marido dijo a su esposa:

—Los dioses están descontentos porque tú hablaste antes que yo cuando nos encontramos después de rodear la columna celestial. «El hombre tiene precedencia sobre la mujer», me han dicho, y por lo tanto debemos rodearla otra vez.

Los dos se dirigieron a la columna y después de haberla rodeado como la vez anterior, Izanagi habló primero diciendo:

—¡Qué buenos son los dioses que han puesto en mi camino tan maravillosa doncella!

E Izanami replicó:

—¡Los dioses me quieren de verdad por cuanto me han permitido conocer a un joven tan divino!

Ambos se miraron fijamente durante mucho tiempo; estaban poseídos de una extraña admiración y se estaba operando en ellos un profundo cambio. Empezaron a sentir una sensación de unidad con la tierra que les rodeaba, al tiempo que en cada uno de ellos nacía un nuevo amor por el otro.

Aquella tarde los dos jóvenes semidioses, porque ahora eran parte de la tierra que les circundaba, hablaron vehementemente de las nuevas islas que esperaban crear. Después rezaron ansiosos en demanda de ayuda. Al arrodillarse ante la brillante columna Amanomihashira, el firmamento empezó a inflarse con un resplandor tibio y dorado. Lentamente, el majestuoso sol descendió sobre el arco del cielo; cada vez más roja, la luz cayó sobre el mar y las olas devolvían reflejos purpúreos, rosas y azules. Las sombras se prolongaron y oscurecieron y al caer el sol se encendió de un carmesí más acentuado. La isla estaba radiante de calor y la columna Amanomihashira brillaba con una luz extraterrena según se adentraba en el firmamento. A medida que las profundidades del vasto océano se tragaban calladamente al sol, éste tocaba momentáneamente a las olas con sus últimos rayos y sus crestas se elevaban y caían en cascadas de estrellas al compás de su flujo y reflujo. Todo se oscureció y un negro de ébano cayó sobre el mar hasta que envolvió a la isla en sus pliegues. No había ningún ruido y sobre todo imperaba el silencio. En el altar Izanagi e Izanami seguían arrodillados, absortos y consagrados.

Pero la calma era la precursora de una tormenta que se acercaba. Pronto el océano empezó a moverse y a levantarse y, gradualmente, las olas comenzaron a ser más y más montañosas; el aire producía el ruido de la ondulada marea y el viento batía el agua con airados remolinos. Durante toda la noche las aguas rugieron y tronaron;

pero hacia el amanecer todo volvió a aquietarse y a quedar en silencio.

Cuando Izanagi y su esposa salieron del altar, quedaron boquiabiertos. Ante ellos se extendía la larga y curvada costa de una vasta isla, y en el horizonte lejano se divisaban las formas de otras. Llenos de alegría fueron a visitar sus nuevos dominios, yendo de isla en isla, maravillándose con cada nueva tierra; al terminar de visitarlas todas, se dieron cuenta que eran ocho y por el orden en que habían nacido les pusieron los nombres: primero la isla de Awaji; luego Honshu; después la isla de Shikoku, seguida de Kyushu; Oki y Sado que eran gemelas; Tsushima; y finalmente Iki. Juntas fueron llamadas el País de las Ocho Grandes Islas, y a medida que fue pasando el tiempo se las conoció con el nombre de Japón.

Surgieron más y más islas, y todos los días Izanagi viajaba por tierra y por mar para verlas bien. A veces Izanami iba con él, pero el servicio en el altar le exigía mucho de su tiempo y los largos viajes le parecían exhaustivos. Un día Izanagi le dijo:

—Izanami, esposa querida, ahora que tenemos todas estas islas para nosotros nuestro trabajo aumenta cada día. Veo que a veces estás muy cansada y eso me preocupa. ¿Qué es lo que te gustaría hacer para recrearte? Te ruego que no trabajes tanto.

Izanami bajó la cabeza y escuchó sumisamente mientras hablaba su marido. Luego contestó en tonos suaves:

—Querido esposo, no hay nada que yo desee más que vivir aquí contigo en paz y contentamiento. Pero ahora que han nacido tantas islas rezo para que también nosotros tengamos hijos que nos ayuden y sean nuestro deleite.

Sus rezos fueron escuchados y en los años siguientes les nacieron muchos hijos. El primero fue el espíritu del mar, el segundo el espíritu de la montaña, y luego sucesivamente los espíritus del campo, de los árboles, de los ríos y de todas las cosas naturales. Con sus cuidados y su dirección las islas crecieron más y más verdes y hermosas. En seguida nacieron las estaciones y el aliento de los vientos y de las lluvias trajeron sus ciclos variables a las montañas y los campos. Por todas partes crecían bosques corpulentos y densos, y en sus ramas se reunían grandes bandadas de pájaros para cantar. Las mieses y las cosechas se multiplicaban, y las flores y el follaje explotaban profusamente.

Izanagi y su esposa vivían en una extremada felicidad con su familia, y cuando les nació una hija que era la diosa del sol, su gozo se desbordó. La joven era un ser maravillosamente bello y radiante, y todo su cuerpo centelleaba y brillaba con un lustre tan espléndido que por todas partes donde iba llenaba el oscuro aire con luz y resplandor. La llamaron Amaterasu. Poco después les nació el dios de la luna y éste también brillaba resplandeciente junto al sol. Su resplandor era suave y pálido y andaba entre las sombras oscuras del atardecer dispersándolas con sus apacibles rayos. A éste le llamaron Tsukiyomi. Por eso, cuando les nació el dios el mar, su plateado cuerpo verdoso reflejaba en variados matices la luz esplendorosa que salía

de sus brillantes hermano y hermana.

Un día que estaban conversando Izanagi e Izanami por la mente del primero pasó un repentino pensamiento, y dijo a su esposa sonriendo:

—Izanami, de todos nuestros maravillosos hijos ninguno representa verdaderamente al fuego. Es cierto que nuestra hija Amaterasu es la diosa del sol, pero necesitamos que el dios del fuego viva con nosotros. Vamos a rezar para que nazca.

Liego el momento en que sus rezos fueron oídos y les nació un hijo ardiente y poderoso al que pusieron de nombre Kagutsuchi, el dios del fuego. Pero su nacimiento fue demasiado trágico para su madre, pues el cuerpo de ésta quedó parcialmente consumido en las llamas de su hijo, el dios del fuego. Alarmado por este desastre imprevisto Izanagi fue corriendo hacia ella para confortarla y atenderla. Le preparó comidas y medicinas especiales pero, en su agonía y dolencia, todo lo que intentaba tragar lo rechazaba inmediatamente. ¡Y lo que son las cosas! Precisamente de estos vómitos nacieron los dioses y las diosas de los metales, mientras que por otras partes de su cuerpo surgieron el dios y la diosa de la tierra. Sin embargo con esto pereció su vigor, e Izanami murió. Por primera vez la muerte había entrado en el mundo y con ella su compañera terrena, la pena.

V
El descenso de Izanagi al Hades[7]

Izanagi quedó apenadísimo y solitario. A través de incontables años él y su divina esposa y hermana habían sometido el caos y el desorden de la tierra; juntos habían creado las islas del Japón y habían llevado a éstas la belleza y el orden de la naturaleza; habían creado dioses y diosas que reinaban sobre el mar, los vientos, las montañas, el sol y la luna, el fuego y la tierra. Pero ahora ella se había ido y él estaba solo.

Durante muchos días y noches estuvo llorando y tan grande era su dolor que ni sus muchos hijos pudieron lograr que se consolase. Izanagi llamaba a Izanami por su nombre, pero no había respuesta a sus solitarios lamentos. Incapaz de aguantar por más tiempo su soledad, se decidió a bajar al mundo de las tinieblas, de donde se derivaba la fuerza ardiente del hijo que había causado la muerte de Izanami, con el fin de buscarla y devolverla al mundo de la luz.

Una vez que hubo tomado tai determinación, su espíritu se calmó; pero no así su pena y las lágrimas siguieron llenando sus ojos por su amada esposa. Al empezar el viaje era sabedor de los terrores que le esperaban. Sabía que el camino estaba plagado de peligros por todas partes y que los enemigos se hallaban al acecho de los extranjeros que se aventuraban en sus tierras. Pero su espíritu era indomable y después de un largo trayecto llegó sin incidente o calamidad a la prohibida y tenebrosa región del bajo mundo.

Durante días y noches anduvo vagando entre las violentas sombras de aquel helado lugar buscando a su esposa; pero ella no aparecía por ninguna parte. Al fin, desanimado y exhausto, estaba a punto de echarse a descansar cuando delante de él vio la grácil figura de su mujer, a la que llamó lleno de alegría. Ella se volvió con un grito de asombro y corriendo hacia él le abrazó con lágrimas de bienvenida. Izanagi la asió cariñosamente y le dijo:

—¡Ven! No sigamos aquí más tiempo. He venido para llevarte conmigo a nuestro amable país, porque sin ti ya no hay alegría en nuestro hogar. Todavía quedan trabajos de creación divina que completar, porque así lo han ordenado nuestros dioses celestiales. Y ¿cómo voy a hacer esos trabajos sin ti? Te necesito, como esposa y como ayudante.

Pero Izanami movió la cabeza y su rostro se nubló al decir:

—Deseo vehementemente volver contigo, esposo amado, pero, ¡ay!, es demasiado tarde. Ya no es posible.

—¿Por qué? ¿Por qué? —preguntó Izanagi, atormentado por las palabras de Izanami.

—Porque he comido el alimento y he bebido el vino de este lugar de maldad, augusto esposo mío, y ahora jamás podré retornar a la tierra.

Izanagi quedó frío y desesperado, pero contestó intrépidamente:

—He hecho este horrible viaje para encontrarte. Nada me hará volver sin ti. ¡Nada! Haré todo lo que sea posible para que regreses conmigo a nuestra isla.

Izanami bajó la cabeza y estuvo pensando durante un buen rato. Al fin dijo:

—Perdóname si parezco tan falta de valor. Sé los peligros que has corrido por amor a mí. ¿Qué no haría yo, pues, por amor a ti? Voy a ir al señor de este país para rogarle que nos permita regresar juntos. Es probable que todavía vaya bien todo. Lo único que te pido es que primero me hagas una solemne promesa.

—La haré de todo corazón. Dime lo que es —gritó Izanagi.

—Sólo esto. Voy a tardar algún tiempo y es posible que tú te impacientes. Pero te lo suplico, querido esposo, bajo ningún pretexto debes entrar en mi habitación. Espera aquí confiado, sin importar la tentación que puedas tener en cuanto a buscarme o a descansar en mí casa esperando mi retorno. Por favor, júrame que me vas a obedecer.

—Te doy mi palabra de honor, querida esposa, y te juro por nuestro amor que esperaré aquí y que no trataré de encontrarte.

Izanami le dejó satisfecha. Su marido se quedó con la firme resolución de esperar su vuelta y de observar su sagrada promesa. Sin embargo, las horas empezaron a hacérsele larguísimas y todo a su alrededor parecía cada vez más oscuro y triste; y ella no venía. Izanagi se sentía más ansioso por momentos; empezó a notar aprensiones y a temer que alguna cosa horrible le hubiera ocurrido a su esposa. Luego comenzó a notar un olor cada vez más nauseabundo. Poseído de una extraña sensación de terror, y olvidando el juramento que había hecho a su esposa y diosa, rompió uno de los dientes de un peine que llevaba en el pelo, lo encendió como si fuera una antorcha y lo llevó delante de él buscando el origen del olor que ahora se había hecho insoportable. El rastro le condujo hasta una pequeña puerta, se cubrió la cara con el pañuelo y entró. Levantó la antorcha y vio que se hallaba en una pequeña cámara. Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la luz vacilante y a las sombras, se quedó de piedra ante la visión que tenía ante él. Tendida en un paño mortuorio estaba la figura durmiente de Izanami; y a pesar de la suave respiración que mostraba que estaba viva, su cuerpo era el de una persona hacía mucho tiempo muerta. De ella partía el nauseabundo hedor que le había inquietado tanto, y se quedó mirando con horror a la putrefacta carne que sólo un momento antes había sido tan hermosa. Agachados alrededor de ella estaban los ocho sucios demonios del trueno que miraron al aterrorizado Izanagi con ojos malévolos al mismo tiempo que de sus bocas salían llamas. Lleno de un repentino pánico, Izanagi se volvió y huyó, dejando caer la antorcha en su precipitación, al salir de la terrible habitación.

El ruido despertó a Izanami quien, comprendiendo lo que había pasado, se llenó de ira. Echó a correr por la puerta y llamó furiosamente al fugitivo Izanagi:

—¿Es así como guardas tu promesa? ¿No te había prohibido yo que entraras en mi habitación? ¡Has visto mi repugnante forma y te has destruido a ti y me has

destruido a mí! ¡Me has puesto en vergüenza y no tengo otra alternativa sino perseguirte hasta que te destruya!

Izanami reunió a una multitud de demonios hembras y las envió en persecución de Izanagi, Ellas estaban dotadas de ligeros pies por lo que, aunque él corría como el viento, pronto le alcanzaron. Izanagi se sacó el peine de la parte izquierda de su pelo y lo arrojó al suelo. De él surgieron unas vides que estrecharon a las demonias en un fuerte abrazo. Luego brotaron muchos racimos de uvas y las demonias cayeron sobre ellos. Durante bastante tiempo estuvieron comiéndolos vorazmente hasta que no quedó ninguna uva; sólo entonces recordaron a su presa que ahora estaba muy lejos. Corriendo a una velocidad de vértigo, las demonias comenzaron a alcanzarle otra vez por lo que él, sintiendo que le pisaban los talones, arrojó el peine del lado derecho de su pelo del que salió una cosecha de retoños de bambú. Sus perseguidoras se detuvieron y vorazmente empezaron a comérselos. Izanagi apretó a correr más para salvar su vida, pero las demonias, una vez hubieron acabado con los retoños de bambú, pronto le dieron alcance. Entonces Izanagi fabricó agua y originó un gran río que fluía entre él y las demonias, y éstas quedaron tan confundidas que volvieron a toda prisa al Hades. Izanami se encolerizó cuando supo que Izanagi se les había escapado. Llamó a los ocho dioses del trueno que habían estado anteriormente a su alrededor y les urgió para que fueran tras Izanagi y lo trajeran al Hades.

Junto con mil quinientos demonios auxiliares, los ocho dioses del trueno echaron a correr a la máxima velocidad hasta que muy pronto, a lo lejos, divisaron la figura de Izanagi. Al fin llegaron a su altura y lo rodearon. Izanagi sacó su espada y empezó a dar mandobles a diestro y siniestro. Los demonios eran tan malignos que no podía matarlos; sin embargo sí que logró golpearlos con tanta destreza que les hizo retirarse.

Fatigado y exhausto Izanagi consiguió llegar al fin a una montaña llamada Yomi-no-horakaza, en la provincia de Izumo, donde encontró un melocotonero. Sabiendo que los demonios aborrecían los melocotones, cogió frutos para arrojárselos. Cuando volvieron los demonios lanzó los melocotones entre ellos y éstos echaron a correr confundidos.

Los demonios volvieron de nuevo al Hades e informaron a Izanami de su fracaso. Su cólera y rabia se desataron, arrojó contra ellos amenazas y castigos, y determinó ir por sí misma en busca de Izanagi con el fin de traerle dominado.

Mientras tanto Izanagi había encontrado una peña de inmenso tamaño. Se hubiera precisado la fuerza de mil hombres para levantarla, pero Izanagi estaba dotado de tales cualidades nobles de mente y cuerpo que fue capaz de alzarla solo y de ponerla ante la entrada del mundo subterráneo. Se sentó muy cansado pero sereno e imperturbable a esperar lo que iba a pasar. No había transcurrido mucho tiempo cuando de repente oyó la chillona voz de Izanami y vio su figura que se acercaba a lo lejos. Se puso de pie asombrado. Estaba preparado para todo menos para ver venir hacia él a Izanami como un amargo enemigo. Recordó sus días de alegría juntos, su

dulzura y fidelidad, y ahora estaba lleno de angustia por el cambio que se había operado en ella. Pero nada detenía su aproximación, nada excepto la enorme piedra que le cerraba el paso.

—¿Qué es esto? —gritó furiosa—. ¿Por qué has puesto aquí esta piedra? ¡Quítala en seguida!

Izanagi contestó pacíficamente que la dejaría donde estaba. Entonces la colérica Izanami empezó a golpear la roca con las manos y a patear tan violentamente la tierra que sus cuatro esquinas se menearon y los mares hicieron olas altísimas; pero la roca siguió firme en su sitio. Después Izanami apeló a su marido diciendo:

—¿Por qué no guardaste la promesa de no entrar en mi habitación? Me has humillado y has traído gran vergüenza sobre mí. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? —y el tono histérico de su voz fue aumentando de volumen. Izanagi volvió a contestar pacíficamente:

—Aquí y ahora rompo nuestros lazos matrimoniales. Quiero que entiendas que ya no somos marido y esposa. He vuelto al mundo de la luz y te ruego que, sin decir una palabra más, tú también regreses a tu tierra de la muerte y la oscuridad.

En estos términos Izanagi impuso ja fórmula del divorcio para todas las futuras generaciones. Pero Izanami movió la cabeza y gritó airada:

—Si haces eso, amado esposo y hermano, me vengaré con todo mi poder y todos los días destruiré a mil personas de tu pueblo.

Con la misma pacífica voz de antes, Izanagi contestó:

—Amada esposa y hermana, si tú haces lo que dices, haré que todos los días mil quinientas mujeres den a luz un hijo cada una y vivirán mil quinientas personas fuertes.

Izanagi hizo una pausa, y luego añadió:

—Puesto que se han roto los lazos que nos ataban, desde ahora en adelante nuestros países estarán separados. Vuelve con la debida sumisión a tu tierra de la muerte, y deja que yo cumpla en paz con mi tarea de crear el mundo vivo.

A Izanami no le quedaba ya nada por decir. Agachó la cabeza, aceptó su destino y retornó sumisa al Hades. Desde aquel momento y para siempre, todos los lazos que había entre ellos y sus mundos quedaron rotos.

CRÓNICAS DEL HEIKE[8]
De un poema épico japonés del siglo doce

I
La reunión secreta de Shishi ga Tani

Kiyomori se había retirado del servicio activo y estaba viviendo en reclusión como un monje. Había sido el dirigente del clan Heike y había tenido una alta posición en la corte. Dividido entre las obligaciones que estos cargos conllevaban y su deseo vehemente de escapar de todos los placeres terrenales y de aprovechar el resto de sus días en el rezo y la contemplación, se decidió finalmente durante un período de paz que hubo entre las facciones bélicas de tos clanes. Envainó la espada, se rapó la cabeza y cambió la atmósfera de las intrigas de la corte y el tumulto de los campos de batalla por la paz del templo. Sin embargo todo el mundo sabía, y nadie mejor que el enclaustrado emperador Goshirakawa, que incluso retirado, Kiyomori era una autoridad en cualquier cuestión relacionada con el Estado o con el ejército.

Goshirakawa tenía muchos favoritos en la corte, por ejemplo Narichika, un pariente lejano de Kiyomori aunque de otro clan, quien anhelaba tener un cargo en el ejército. Aprovechando el retiro de Kiyomori, Narichika preparó inmediatamente todas las cosas para que le nombrasen general. Sus sutiles intrigas pronto tuvieron fruto. Consiguió una audiencia con el emperador y le expuso sus méritos con fuerza y elocuencia. Goshirakawa no estaba desfavorablemente dispuesto a esta idea pero, temiendo el enojo del poderoso Heike, pensó que no sería sabio precipitarse demasiado en la promoción de Narichika.

El cargo que pretendía Narichika era de suprema importancia y desde hacía tiempo Kiyomori tenía decidido que ese cargo lo ejerciera a toda costa uno de sus hijos. Por eso, al oír hablar de las intrigas de Narichika y de su audiencia con el emperador se llenó de ira. El nombramiento de Narichika representaría un grave peligro para el Heike y Kiyomori actuó inmediatamente. Decidió abandonar su retiro de la montaña y dirigirse al enclaustrado emperador para oponerse vigorosamente a cualquier sugerencia en el sentido de que Narichika ocupase el cargo de general en el ejército y para exigir abiertamente que este grado se lo concediese a su hijo Munemori sobre la base de que el país se sumergiría otra vez en la guerra civil si Narichika ocupaba un cargo tan importante y estratégico como aquél. Pero

Goshirakawa, que favorecía en secreto a Narichika, se negó a admitir la grave advertencia que le hacía Kiyomori, quien tuvo que marcharse colérico y amargado, sin haber conseguido lo que se proponía.

Las noticias de la visita de Kiyomori al palacio llegaron hasta Narichika. Al comprender éste que la negativa a dar el nombramiento al hijo de Kiyomori demostraba la preferencia del emperador, Narichika decidió presionar para que, sin dilación, le diesen a él la responsabilidad. Y con esa idea pidió una audiencia al emperador.

—Kiyomori es cruel, arrogante y egoísta —argumentó Narichika al emperador—. No le interesa la paz ni el bienestar del país sino sólo conservar el poder sobre el ejército dentro de su propia familia, y para ello está dispuesto a entregárselo a su estúpido, obstinado y débil hijo. Por esta causa le odian las facciones de sus propios soldados, quienes aguardan la primera oportunidad que se les presente para rebelarse contra él. Vuestra divina majestad siempre ha deseado ver humillado al Heike. Ahora tiene la ocasión. Le aseguro a vuestra augusta majestad que puedo ganarme a la facción insatisfecha del ejército del Heike y destruir para siempre a Kiyomori y a sus seguidores.

Goshirakawa quedó grandemente impresionado ante este argumento, y como estaba deseando secretamente ver la derrocación y humillación de Kiyomori, aprobó la petición de Narichika y le nombró general.

Sin perder tiempo Narichika se puso a buscar diversos aliados de los más afines, como por ejemplo Shunkan, un viejo sacerdote; Yasuyori, oficial del gobierno; y su hijo Naritsune, que ya se había distinguido como guerrero en una serie de batallas. Con estos tres y un buen número de otros disidentes que odiaban al Heike y que por tanto estaban dispuestos a apoyar a Narichika, éste convocó un cónclave secreto. El sacerdote Shunkan, quien tenía una amplia reputación por su sabiduría e instrucción, cualidades que ocultaban una naturaleza astuta y prudente, poseía una pequeña casa en la región de Shishi ga Tani, y todos estuvieron de acuerdo en reunirse allí en medio del más alto secreto.

En la noche de la reunión, cada uno de los grupos viajó por separado hasta Shishi ga Tani y de aquí a la cabaña de Shunkan. A una señal prevista de antemano cayó una cortina y las figuras de los conspiradores desaparecieron en el oscuro interior de la casa. Una vez dentro, Shunkan les condujo a una habitación más interior sin ventanas, donde sus oscuras ropas exteriores y sus susurrantes voces desaparecieron inmediatamente. Shunkan había preparado una pródiga cena, y después de que el vino hubo fluido libremente, la animosidad contra Kiyomori y el Heike fue expresada por completo, y todos ellos juraron entregar sus vidas si era necesario para derrocarlos.

Según avanzaba la noche, los espíritus se soliviantaban. Las copas de vino eran intercambiadas y por turno todos hicieron su brindis. Narichika pasó su copa a Shunkan. Éste estaba a punto de llenarla del jarro de porcelana cuando le crujió el

cuello de repente y la cabeza le cayó suavemente a un lado. Durante un momento imperó el silencio. Después Shunkan gritó:

—¡Un agüero, un agüero! ¡Que caigan así las cabezas de los del Heike!

Con esto siguieron intercambiando más copas, y ya intoxicados por el alcohol sintieron que la victoria estaba asegurada. Continuaron bebiendo durante toda la noche y la mañana les sorprendió dormidos a todos; los cuerpos tendidos adonde habían caído con el sopor de la borrachera.

Pero había uno que estaba despierto, un amigo de Shunkan que detestaba a Narichika y que en realidad era seguidor de Kiyomori. Había llevado mucho cuidado en el control de sus bebidas con el fin de no perder el juicio, y viendo a los demás borrachos y dormidos, decidió que era mejor marcharse. Silenciosa pero rápidamente salió de la cabaña y fue derecho a Kiyomori a quien le contó todo con detalle.

Kiyomori actuó veloz y decididamente. Envió correos a todos los cuarteles dando instrucciones urgentes a cada capitán para que armara a todos sus hombres y encarcelaran a todos cuantos simpatizasen con Narichika. Cuando éste y sus conjurados regresaron a la ciudad, la encontraron en estado de sitio y en rebeldía. Narichika, que ya había sospechado de la desaparición del amigo de Shunkan, comprendió en seguida que había sido traicionado, y decidió que su única esperanza era refugiarse en uno de los escondrijos de la ciudad.

Mientras tanto Kiyomori, furioso y colérico por la traición de que había sido objeto, se dirigió en seguida a Goshirakawa y le pidió que le dispensara de sus votos de monje. Estaba decidido a tomar las armas de nuevo y a guiar a sus hombres hasta que la oposición hubiera sido arrasada. El emperador consintió de mala gana, pero como se negó a escuchar el informe sobre las actividades de Narichika, Kiyomori cayó de pronto en la cuenta de que el emperador pudiera estar simpatizando realmente con los traidores. Al aumentar sus sospechas, estuvo más decidido que nunca a aniquilar a Narichika y a sus simpatizantes. Dando un rodeo por la costa desembarcó a sus soldados en la ciudad y les mandó que buscaran casa por casa. Narichika, su hijo, Shunkan y Yasuyori fueron pronto cogidos por sorpresa escondidos en un templo de los suburbios. Fueron obligados a rendirse y llevados ante Kiyomori.

En un sitio de honor, junto al emperador, estaba sentado Kiyomori, vestido con toda su armadura y con el noble casco de general. Al entrar los prisioneros, su rostro se cubrió de un rojo encendido mientras que sus ojos casi se cerraban de odio. Como el emperador estaba poco dispuesto a condenar a su favorito Narichika, escuchó con simpatía las súplicas de perdón de los prisioneros. Kiyomori, sentado en silencio, al ver que el emperador estaba dispuesto a aligerar cuanto fuera posible la sentencia, e incluso a absolverlos, pensó que cualquier cosa que él dijera en esta coyuntura sería una pérdida de palabras. Pero su rostro desdeñoso y airado no presagiaba nada bueno para los prisioneros.

Cuando éstos fueron devueltos a sus celdas mientras se investigaba más

ampliamente et caso, y el emperador hubo salido, Kiyomori llamó en Seguida a sus capitanes para decirles:

—Siempre he condescendido con nuestro augusto emperador y por honrarle y respetarte nunca he cedido ante nada. Pero tengo la obligación de informaros que está en contra nuestra. Ha tenido el oído dispuesto a las intrigas de Narichika; le ha hecho general del ejército; e incluso ahora, cuando la deslealtad de Narichika casi ha sumergido de nuevo a nuestro país en la guerra civil, el emperador está haciendo sus manejos para que los traidores sean absueltos. Después de considerar cuidadosamente sus últimas acciones relacionadas con Narichika, me inclino a pensar que nuestro augusto señor es parte del complot iniciado para derrocar al Heike, y que no debemos consentir. El remedio que impongo es drástico e inapelable; si tenemos que salvarnos y prevenir la hemorragia de sangre en nuestro país, debemos dirigirnos en seguida a palacio y hacer prisionero al emperador.

Después de estas palabras, el silencio se adueñó de la sala. Todos los presentes conocían al dedillo la gravedad de la situación y que se necesitaba la acción inmediata para controlarla. Pero forzar la entrada en palacio y arrestar al emperador era harina de otro costal. ¿Cómo iba a reaccionar el pueblo si se enteraba —y desde luego se iba a enterar pronto— de que el palacio del hijo del cielo había sido violado y que el emperador había sido hecho prisionero? ¿No se levantaría el pueblo contra el Heike? De cualquier modo la alternativa era cruenta, con el posible derrocamiento del Heike y la muerte de sus componentes. Sin embargo sus mentes no tardaron en decidirse: seguirían a Kiyomori adonde fuera en su audaz pian de custodiar la sagrada persona del emperador.

Después de ganar la aprobación de sus capitanes, Kiyomori ordenó a Munemori que reuniera a mil soldados escogidos y que avanzara en seguida hacia el palacio del emperador.

—Tratad al emperador con la máxima cortesía —ordenó Kiyomori—. Bajo ningún pretexto violéis su persona. Explicadle la razón y la necesidad de nuestra acción y decidle que no debe temer por su vida o sus propiedades. En cuanto a los otros… ¡acabad con ellos! ¡Degolladlos a todos instantáneamente! Sobre todo procurad que Narichika y su engendro Naritsune no escapen a vuestras justicieras espadas.

Mientras Kiyomori hablaba, su hijo mayor Shigemori, vestido con un kimono ordinario, entró en la sala y con el ceño fruncido escuchó lo que estaba diciendo su padre. Cuando éste hubo terminado de hablar, Shigemori, incapaz de contenerse, gritó:

—¡Padre, te ruego que aguardes un momento! He oído tus órdenes a Munemori y te imploro que lo pienses nuevamente antes de llevar a cabo esta acción tan temeraria y mal concebida.

Munemori se interpuso entre su padre y su hermano, miró con desdén a éste y gritó:

—¡Vaya un soldado! ¿Y te atreves a discutir la palabra de tu general? ¿Dónde está tu armadura? ¿Has adquirido de pronto el corazón de una mujer?

Pero Shigemori observó con calma a su padre y éste, que amaba y confiaba en su hijo mayor y había tenido frecuentes razones para agradecerle su sabiduría y adecuado consejo, se quedó silencioso ante la resuelta fijeza de su hijo.

—Munemori, estás hablando sólo por la ira y no sopesas las razones de tus actos —dijo Shigemori volviéndose a su hermano menor—. Sin embargo te entiendo porque siempre has sido impetuoso y no has pensado nada tus resoluciones.

Luego se dirigió solícita y profundamente a su padre y a la compañía reunida.

—Y en cuanto a ti, padre, ¿dónde está tu paciencia y sabiduría? ¿Has reflexionado sobre las consecuencias de esa temeraria acción? Sabes a qué han conducido en el pasado acciones de este tipo. Sus memorias están demasiado recientes para que las hayas olvidado tan pronto. Ellas son las que han producido las sangrías, traído la violencia y devastado el país. Hoy tenemos la paz, la primera que gozamos en muchos años. Todas las censuras y odios estén siendo lentamente borrados de las mentes de los hombres. ¿Por qué quieres revivirlos otra vez y provocar un estado de guerra aún peor que antes? Te prevengo que si llevas a cabo esta violenta acción, el nombre del Heike sufrirá una mancha que los siglos de sangre y lágrimas derramadas no podrán limpiar. ¿Vas a creer, padre mío, que te has dedicado a una vida santa, que porque te quites tus ropas sacerdotales puedes eliminar tus votos? ¿No te quitaste la espada y te afeitaste la cabeza porque ya estabas harto de sangrías? ¿Por qué entonces la tomas otra vez y arrebatas la paz que tú y todos nosotros hemos deseado durante tanto tiempo?

Al oír estas palabras de su hermano, Munemori bajó la cabeza y lleno de vergüenza se apartó a un rincón. Kiyomori cogió el manto sacerdotal y salió de la casa debido a la lucha que se desarrollaba en su interior por la emoción que amenazaba con abrumarle. En su corazón estaba el convencimiento de que Shigemori llevaba razón, pero su cólera contra el emperador y contra los traidores era tal que no podía apaciguarse fácilmente. Se puso las ropas sacerdotales sobre su armadura, volvió a la sala y se sentó, pero permaneció en silencio. Ahora se asemejaba al sacerdote que había sido, pero en cuanto el manto se subía un poco, surgía la armadura que había debajo. Viendo este contraste, Shigemori se dirigió nuevamente a él:

—Mi querido y honrado padre, perdona la violencia de mis palabras. Ahora te hablo como soldado y sacerdote que eres. Perdona a Narichika y a su hijo porque han actuado únicamente de acuerdo con lo que creían era su obligación.

Pero el rostro de Kiyomori se puso rígido otra vez y replicó:

—Hijo mío, lo que yo hago, lo hago por el honor del Heike y por el bien tuyo y el de tu hermano.

Este Narichika es un traidor y Naritsune seguirá en todo a su padre. Si se les deja vivir no nos crearán más que problemas a todos, a nosotros y a nuestra familia.

—Padre, aunque sean traidores también están conectados con nosotros por lazos familiares. No podemos echar sobre nosotros su sangre. Y recuerda que Narichika es uno de los favoritos predilectos del emperador. Mándalos al destierro pero respeta sus vidas.

—Shigemori, conozco muy bien la nobleza de espíritu que te incita a decirme todo eso. Pero el emperador ha mostrado que apoya a esos traidores y jamás podremos sentirnos a salvo si están libres para conspirar contra nosotros. Es mucho mejor exterminar a Narichika y a sus seguidores y mantener guardado a Goshirakawa donde no pueda dañarte ni a ti ni al Heike.

Kiyomori había hablado suavemente. Se notaba que cada palabra había sido serenamente considerada y era evidente que estaba emocionado. Sus capitanes estaban sentados en silencio; sus cabezas seguían bajas y ninguno se movía. Entonces habló Shigemori:

—En este mundo tenemos que consagrarnos a cuatro lealtades: la primera es Dios, la segunda la patria, la tercera la familia, y la cuarta el hombre. Aquellos que no cumplen sus obligaciones con estas cuatro no son dignos de vivir entre nosotros. El emperador es hijo de la divina diosa del sol. Para nosotros, él es como Dios sobre la tierra y nos gobierna a nosotros y a nuestro país. Al jurar lealtad a Dios estamos jurando también nuestra lealtad al emperador, y al dársela al emperador se la estamos dando a Dios. Dios, el divino emperador y nuestra sagrada patria son una y la misma lealtad. Nuestra obligación con ellos es la primera y la más sagrada que tenemos. Lo que se hace contra el emperador se hace contra Dios y la patria. La violación de este sagrado deber de lealtad traerá vergüenza y oprobio al Heike. Yo, por ser soldado, debo proteger a mi emperador. Y si tú persistes en tu proyecto, deberé luchar contra ti.

—¿Contra mí? ¿Contra tu padre? ¿Lucharías tú contra mí?

Shigemori se arrodilló ante su padre y le dijo angustiado:

—Padre, ¿es que no lo comprendes? Como soldado debo luchar por mi emperador. Pero como hijo tuyo no puedo volverme contra ti. ¿Qué puedo hacer? Si nada de lo que te diga puede disuadirte y estás determinado a atacar el palacio, entonces, antes de que envíes allí a tus soldados te ruego que me garantices esta última petición: ¡degüéllame con tu espada!

Al terminar de hablar, Shigemori lloró amargamente, y sin sentir ninguna vergüenza por ello, las lágrimas empezaron a caer de los ojos de Munemori y de los soldados congregados que lloraban por simpatía. Kiyomori puso suavemente su mano sobre el hombro de su hijo y con voz triste y resignada, dijo:

—Shigemori, me has derrotado. No puedo más. He querido protegerte a ti y a nuestra familia. Pero llevas razón. No te aflijas más. Narichika y su hijo serán perdonados y al emperador no se le molestará. Haz con los prisioneros lo que desees.

Sin mirar a la compañía congregada, Kiyomori se arrebujó más firmemente las ropas de sacerdote y salió de la habitación.

Entretanto, Munemori y los capitanes se reunieron alrededor de Shigemori. Pero éste no les disculpó. A todos les amonestó, pero en particular a Munemori por no haber disuadido antes a Kiyomori de realizar tales acciones perversas. Les recordó que Kiyomori se estaba haciendo viejo y que necesitaba la guía y el consejo de aquellos que le iban a suceder. Si el poder del Heike pendía de un hilo, también pasaba lo mismo con la paz del país. Pero las dos cosas podrían preservarse si prevalecía la sabiduría y el buen consejo.

Sin decir nada más Shigemori abandonó la habitación y se dirigió adonde estaba Kiyomori. Con el permiso de éste marchó a ver al emperador para pedirle el urgente exilio de los traidores. Goshirakawa, después de oír el razonamiento de Shigemori, fue lo bastante sabio para ver que a pesar de su deseo de proteger a Narichika era necesario ese castigo para aplacara Kiyomori y al Heike. Por eso consintió en mandar al destierro a Narichika, concretamente a Bizen, una parte solitaria del continente. Para Narichika ésta era una sentencia dolorosa pero algo la mitigaba el hecho de que aún era una parte del continente, y si las cosas cambiaban, él estaría relativamente cerca. Pero para su hijo Naritsune fue muchísimo más penoso; porque Naritsune, el oficial Yasuyori y el sacerdote Shunkan fueron condenados al exilio a una lejana y desagradable isla de Kyushu hasta que la muerte los liberara del castigo.

II
El poema del mar

En el barco que los conducía al exilio, bastante más allá de las costas del sur de Kyushu, Naritsune y sus dos compañeros, el oficial Yasuyori y el sacerdote Shunkan, sufrieron muchas semanas de confinamiento en los grillos. Se hallaban encadenados en la parte más honda de la bodega. El calor era insoportable y el aire hediondo. Como sólo recibían una escasa ración de arroz y agua cada día, padecían una sed ardiente y un hambre voraz, y eso durante todo el largo trayecto. Sus tobillos y muñecas estaban desollados por el roce de las cadenas, y cada bamboleo del barco les producía nuevas agonías de dolor. Como sus pensamientos estaban centrados en sus sufrimientos inmediatos, no podían pensar en el futuro y en el destino que les aguardaba. Y era mejor así para ellos. Porque este conocimiento unido a sus presentes miserias se hubiera convertido en un castigo insoportable, ya de por sí más riguroso que lo que la peor imaginación hubiera podido alcanzar.

Cuando el barco atracó por fin en una bahía y cesaron los ruidos rítmicos de los remos, les quitaron las cadenas y los subieron a cubierta. Sus ojos, por tanto tiempo acostumbrados a la oscuridad de su prisión, se violentaron y vertieron lágrimas por la brillante luz del sol, y sólo veladamente podían percibir las desoladas costas de la isla a la que habían sido desterrados y que estaba a corta distancia. Los crueles guardias los empujaron y les hicieron desembarcar. Bamboleándose y tropezando cayeron al fin en la orilla de la costa, demasiado exhaustos para darse cuenta de la marcha de los guardias, quienes casi ni volvieron la vista para mirar a las tres figuras que parecían guiñapos a la orilla del agua.

Durante largo tiempo estuvieron tendidos, sin hablar o moverse, cada uno de ellos consciente sólo de haber salido de la odiosa bodega del barco y de haber sido liberados de sus horrorosas cadenas. Lentamente se fueron recuperando, pero cuando empezaron a mirar a su alrededor les invadió el pánico y la desesperación. Rocas amarillas y sulfurosas y piedras desparramadas acá y allá constituían todo el terreno. Ni un árbol, ni una raíz, ni una hierba para alegrar la desolación de la escena. El sol pegaba implacable sobre la enjuta tierra, y la deslumbrante expansión del mar se extendía invariable en todas direcciones. Las humaredas del sulfuro caliente surgían acá y acullá de la isla en espirales que se elevaban hacia el cielo, y sólo el lamido de las olas sobre las rocas rompía el silencio. Estremecidos y espantados por estos parajes, anduvieron vagando por allí con la esperanza de encontrar habitación o vegetación; pero cuando llegó la noche, sólo pudieron constatar la misma escena. Hambrientos, sedientos y exhaustos, se tendieron juntos al amparo de una roca, para dormir como pudieran hasta que llegase la luz del día.

Pasaron semanas y meses. De alguna manera llegaron a tener una sencilla existencia a pesar de la desnudez de la isla. Haciendo unos anzuelos improvisados,

cogían peces de la superficie de las aguas y cualquier hierba que colgase de las rocas del mar o de la tierra era demasiado poco para su hambre continua. Cada vez se fueron asemejando menos a seres humanos procedentes de un mundo civilizado, y cada vez se parecían más a los aborígenes posibles de su cruel medio ambiente. Sus ojos estaban enfermos de mirar al despiadado resplandor de las corroídas rocas sulfurosas; su pelo creció tanto que les caía por los hombros; y la carne fue desapareciendo de sus flacos y mal alimentados cuerpos. El más mínimo ejercicio agotaba sus débiles miembros y la muerte parecía estar siempre al acecho.

Hora tras hora permanecían indiferentes a la orilla del mar, observando la interminable expansión del agua. Cualquier pequeña esperanza que alimentaran de ver aproximarse una vela, daba paso rápidamente a la desesperación cuando se ponía el sol, y los humos de las vetas sulfurosas arrojaban un nauseabundo flujo sobre la superficie de las olas y transformaban el mar y la tierra en una pesadilla de fosforescencia.

A veces se sentaban en el refugio de una roca y charlaban tristemente de sus anteriores días felices. Después Shunkan hablaba bárbaramente de Kiyomori y con amargo odio lanzaba juramentos de venganza. Sin embargo, los dos hombres más jóvenes sentían poco resentimiento hacia Kiyomori. Éste les había cogido en seguida en lo que era un acto de traición, y ellos estaban sufriendo únicamente su merecido. En estos largos y aburridos días de reflexión habían llegado a sentir que en su juvenil entusiasmo estuvieron seducidos peligrosamente hasta llegar casi a traicionar al emperador Goshirakawa, y de ello estaban profundamente arrepentidos. Por eso dijeron a Shunkan que tuviera paciencia y esperanza de que algún día llegaría la liberación. Pero Shunkan, lejos de confortarse con estas palabras, encontraba ocasión en ellas para alimentar un rencor más profundo y los maldecía con tal violencia que cuando los jóvenes se alejaban de él y le abandonaban a sus resquemores, se sentían contentos.

Yasuyori lo sentía sobre todo por su madre. Era anciana y desde que su padre había muerto, muchos años atrás, él había sido su único apoyo y consuelo. Lo habían obligado a embarcar sin verla y esto era una constante fuente de pena y amargura para él.

Una noche que se encontraba tallando un trozo de madera seca con una concha afilada, concibió la idea de escribir un poema a su madre y echarlo a las aguas. La idea se convirtió en seguida en apremiante pasión, y día tras día estuvo buscando trozos de madera sobre los que cincelar las palabras con las que describiría a su madre el lamentable estado en que se hallaba. Cada vez que terminaba uno lo arrojaba al reflujo de la marea. Llegó el día en que echó al mar el trozo número cien para que realizara su descuidado viaje, y murmuró una oración pidiendo que al menos uno pudiera llegar a las manos de su madre.

Un día, un sacerdote de la lejana costa de Itsukushima que había acabado de oficiar en el altar de Akima, estaba meditando en una roca a la orilla del mar cuando

una avanzada ola arrojó sobre su sandalia un pequeño trozo de madera. Con cierta curiosidad lo cogió y con gran sorpresa comprobó que era un poema firmado por Yasuyori cuyo padre había sido un viejo amigo suyo. El poema estaba dirigido a su madre y el sacerdote, que era sabedor del exilio de Yasuyori, dedujo rápidamente que éste había lanzado al mar el poema con la esperanza de que de alguna manera llegara a la mujer.

El sacerdote no perdió tiempo y se puso en camino hacia Mikoto, lugar donde vivía la madre de Yasuyori. Al llegar le entregó el trozo de madera y le contó el milagro de su descubrimiento. Cuando la mujer leyó el poema y supo por él que su hijo estaba sufriendo una vida insoportable en la isla de su destierro, se inquietó profundamente. Colocó el poema delante de ella, en la estera de paja que había en suelo, para ver el callado mensaje de padecimientos y penalidades que estaba pasando su hijo; con ello empezó a llorar y empapó sus mangas. El sacerdote, no menos emocionado, permaneció silencioso. Observaba la pena de la anciana y decidió llevar el poema al emperador, contarle la historia de su hallazgo y, humildemente, pedirle el perdón de Yasuyori.

Cuando las lágrimas de la anciana cesaron, le dijo lo que iba a hacer. Ella, agradecida, se inclinó profundamente y envolviendo cuidadosamente el precioso poema en un pañuelo de seda, se lo dio al hombre. Con las llorosas bendiciones de la mujer, el sacerdote comenzó su viaje.

Al llegar al palacio, el sacerdote fue recibido en audiencia. Cuando el emperador escuchó la historia del pedazo de madera y leyó para sí el poema, se sintió hondamente conmovido y perturbado. Al ver su interés, el sacerdote presionó más aún y habló con sentimiento en nombre de la madre de Yasuyori, terminando con el ruego ferviente de que perdonara al joven. El emperador dijo que iba a considerar favorablemente la petición, pero añadió, que también debía consultar al señor Kiyomori.

A la mañana siguiente el emperador llamó a Kiyomori, a su hijo Shigemori y al sacerdote para que hablaran. A Kiyomori y a Shigemori les mostró el trozo de madera y una vez más el sacerdote volvió a describirles la extraña historia. Shigemori se hallaba visiblemente afectado por lo que estaba oyendo, y hasta el inflexible Kiyomori estaba evidentemente conmovido.

—Vuestra augusta majestad —empezó a decir Kiyomori inesperadamente—, aunque Naritsune y Yasuyori cometieron el grave crimen de traición, jamás les ha faltado valor o humildad. Si ambos se vieron envueltos en esta conspiración, estoy seguro que más fue debido a la influencia de Narichika y Shunkan que a su propio deseo de ser traidores. Los dos son todavía muy jóvenes; los dos han sufrido indudablemente muchas penas en el exilio, y por este poema es evidente que están arrepentidos de sus acciones. Han aprendido la lección y no hay razón para que se pierdan dos vidas jóvenes y prometedoras. Yo ruego a vuestra divina majestad, pues, que reconsidere su sentencia y los vuelva a llamar a la capital.

Después la cara de Kiyomori se oscureció y sus cejas se juntaron al añadir:

—En cuanto a Shunkan, ese cobarde sacerdote, ¡dejadle que se pudra allí! No tendré misericordia de él. Él y Narichika fueron los principales implicados en la revuelta; si regresa no nos traerá más que problemas.

—Padre —dijo Shigemori—, todos nosotros pensamos como tú, y uno mi petición a la tuya para que Naritsune y Yasuyori sean perdonados. Mi corazón desearía que también Shunkan pudiese participar de la consideración de clemencia de vuestra graciosa majestad, pero sé muy bien el peligre que corremos todos los que participamos en su destierro si le libertamos y le dejamos hacer para vengarse. Tiene una naturaleza tenebrosa e imaginativa y si volviera ahora con la carga de-su presente castigo y amargura, sin duda qué extendería la revuelta y la traición entre aquellos sacerdotes que están demasiado dispuestos a cambiar sus ropas sacerdotales por la armadura, y sus oraciones por la espada.

Goshirakawa estuvo en seguida dispuesto a que finalizara el exilio de Naritsune y Yasuyori y a llamarlos a la capital. Enormemente regocijado, el sacerdote fue corriendo a la madre de Yasuyori para referirle las alegres noticias. Mientras tanto se preparó un barco y se envió un mensajero a la isla.

Habían pasado casi tres años desde que los exiliados languidecían en la isla, y aunque los dos jóvenes nunca habían abandonado la esperanza de la liberación, se encontraban ya casi en el límite de su resistencia. No obstante seguían manteniendo su diaria vigilancia, pues creían que mientras hubiera vida había esperanza. Pero Shunkan los maldecía por idiotas y tontos al confiar en el perdón mientras viviese Kiyomori. Por eso les volvía la espalda y se retiraba al amparo de su roca donde permanecía sentado durante horas, mirando fieramente alguna visión interior.

Una mañana Naritsune, que estaba mirando al horizonte como hacía todos los días, quedó sobrecogido por un repentino destello blanco que se dibujaba a lo lejos. Casi sin respiración, volvió a mirar. ¡Otra vez! ¡Algo blanco! ¿Una ilusión? ¿Una nube? O… ¿una vela? Agarrando a Yasuyori por el brazo, señaló a lo lejos:

—¿Qué es aquello, Yasuyori? ¿Lo ves? ¿O es otro espejismo?

Empezaron a mirar juntos mientras que el corazón les latía violentamente y sus miembros temblaban. Durante lo que pareció una eternidad el fugitivo destello blanco se sumergió y volvió a emerger en el horizonte, haciéndose mayor a cada instante. De repente, con un grito, los dos jóvenes echaron a correr hacia la orilla del mar. ¡Era una vela y estaba poniendo proa hacia la isla! Casi sin dar crédito a lo que veían, presenciaron cómo se iba acercando y que al fin anclaba a alguna distancia. Luego vieron la figura de un hombre que descendía a una pequeña barca manejada por un remero, quien se acercó velozmente a la orilla. El hombre descendió, vadeó el agua y se paró ante ellos. Por un instante tenso se miraron, el elegante mensajero real a ellos y ellos, los náufragos y rotos des terrados, a él. Luego el mensajero habló:

—¿Eres tú Naritsune, el hijo de Narichika? ¿Y eres tú Yasuyori, el antiguo oficial?

El mensajero extrajo de su bolsa un papel que traía enrollado y continuó:

—Soy portador de un libre perdón para vosotros dos de parte de su graciosísima y augusta majestad. Si sois los dos mencionados, decidlo.

Los años de privaciones les habían debilitado muchísimo, y ahora, vencidos por la emoción, casi no tenían fuerzas suficientes para continuar hablando y contestar al mensajero. Sin embargo se arrodillaron, hicieron una ceremonial reverencia y contestaron que, en efecto, eran Naritsune, el hijo de Narichika, y Yasuyori, el antiguo oficial. El mensajero les entregó el escrito del perdón y ellos volvieron a inclinarse hasta que sus cabezas tocaron la arena, pero sus lágrimas caían rápidamente y las palabras del papel real danzaban locamente ante sus ojos cuando intentaban leerlo.

De repente una figura salvaje y desgreñada salió corriendo de detrás de una roca. Era Shunkan. Riendo como un demente y empujando y arañando a los otros, les quitó el papel.

—¿Qué es esto? ¿Te ha enviado el alto y poderoso Kiyomori a degollarnos? ¿Me teme tanto todavía que viene a nuestro exilio a perseguirnos? ¡Pero yo no moriré! ¡Tengo que vivir para vengarme de él y de toda su casa! —gritó Shunkan.

El mensajero lo miró severamente y contestó:

—De eso yo no sé nada. Sólo he venido con una orden para liberar a Naritsune y Yasuyori.

Shunkan se quedó estupefacto. Luego, locamente, se llevó el papel al rostro para escudriñarlo más de cerca.

—¡Mi nombre, mi nombre! —chilló—, ¿dónde está mi nombre? ¡Tiene que estar aquí! El emperador no puede haberme olvidado. ¡Estás mintiendo!

El mensajero lo empujó hacia atrás y pidió a los otros dos que montaran en la pequeña barca. Shunkan se abalanzó sobre ellos y les cogió sus desgarradas mangas, rogándoles que por piedad no lo abandonaran. Ellos, tan rotos como él, suplicaron al mensajero que lo llevaran con ellos. Pero el mensajero se negó diciendo que el perdón era únicamente para ellos dos y que él debía obedecer las órdenes. Fuera de sí, Shunkan los seguía corriendo, ora delante para empujarlos hacia atrás, ora junto a ellos para sujetarlos. Naritsune y Yasuyori le pidieron con voz atormentada que tuviera paciencia porque ellos seguramente persuadirían al emperador para que le perdonara. Al fin tuvieron que luchar con él para verse libres y montar en la barca. El remero la empujó hacia mar adentro, pero Shunkan se agarró desesperado a ella. La pequeña barca se bamboleaba con sus tirones y el remero tuvo que luchar abiertamente con él para liberarse,

Por su parte, Naritsune y Yasuyori presenciaban angustiados y desesperados la insistencia del demente sacerdote. Centímetro a centímetro, Shunkan se vio obligado a penetrar en el agua, hasta que sólo sus crispados dedos se vieron agarrados a la barca. Ésta seguía penetrando en el mar y las olas sacudían a Shunkan, pero éste parecía insensible a todo menos a este último y desesperado contacto. El remero le

golpeó la mano con el remo y Shunkan se vio forzado a soltar su presa, roto y derrotado, hasta que las mismas olas lo volvieron a sacar a la orilla. Se levantó, magullado y sangrante, y sollozó en una desesperada enajenación al ver a los otros que se alejaban hacia el barco.

Largo tiempo permaneció allí tirado, ofuscado y exhausto y sintiéndose miserable, olvidado de todo excepto de su inagotable odio hacia Kiyomori. Sus dedos se agarraban a la arena como si estuviera clavando las garras en el cuello de su enemigo, y la saliva le salía por las comisuras de los labios como si estuviera echando un diluvio de maldiciones sobre las cabezas de Kiyómori y de todo el clan del Heike. Al llegar la noche se medio incorporó y fue arrastrándose dolorosamente hasta una roca que dominaba todo el mar. Fuera de sí, llenó las tinieblas con gritos salvajes hasta que, demasiado débil para articular ningún otro sonido, cayó en un sopor y en un olvido temporal del período de solitario exilio que le aguardaba.

III
La batalla de Ichi-no-Tani

Algún tiempo después de que Munemori hubiera sucedido a su padre como líder del Heike, los ejércitos del Genji le declararon la guerra por el norte y el este. Las provincias iban alzándose una por una y uniéndose tras tos líderes del Genji llamados Yoshitsune y su primo Yoshinaka, por lo que Munemori comprendió que cualquier intento de defender la capital sólo conduciría a la derrota y a la matanza inútil. Después de consultar con sus capitanes, decidió retirarse al palacio de Fukuwara, cerca del valle de Ichi-no-Tani. Pocos días más tarde la huida era completa y no mucho después los ejércitos de Yoshinaka ocupaban la capital.

Deliberadamente, Munemori había elegido el viejo palacio de su padre para que el Heike pudiera recuperar su fuerza y su espíritu. El palacio se hallaba situado en una región amiga del clan y era un auténtico baluarte. Edificado sobre un bajo saliente de la cima de una montaña cuya base caía perpendicular a una estrecha llanura que se inclinaba sobre el mar, estaba protegido por detrás por la ferocidad del terreno montañoso y por arriba por la dificultad del descenso. Por la parte de delante disponía de una visión continua de toda la estrecha llanura hasta el mar, y cualquier atacante que viniera por este lado sería divisado inmediatamente desde las torres de vigilancia. Por ambos laterales, a cierta distancia, surgían pequeños montículos que proporcionaban alguna protección contra el ataque de la caballería. Munemori, pues, creyó que allí estarían seguros y si el enemigo daba la batalla, ésta no sería de ningún modo en Ichi-no-Tani.

Aprovechándose de una sangrienta disensión que se produjo en las filas del Genji y que terminó con el aplastamiento de la facción de Yoshinaka por Yoshitsune, Munemori convirtió el palacio en una plaza fortificada. Grandes contingentes de guerreros procedentes del sur reforzaron a los que ya había en Fukuwara, y un nuevo espíritu de lucha surgió entre los hombres. Munemori llamó a sus capitanes y les dijo:

—¡Hombres del Heike! Ha llegado el momento de la acción. Nuestro ejército es ahora fuerte y está lleno del deseo de la victoria. Nuestros guerreros están inflamados con el espíritu de la lucha y determinados a restaurar el glorioso nombre del Heike al lugar que le pertenece en la capital. El enemigo se ha debilitado con disensiones internas y nuestra fortaleza es inexpugnable. No esperaremos a que nos ataque el Genji; nosotros empezaremos la ofensiva. Por tanto, os ordeno preparar la marcha sobre la capital. Id en seguida y disponedlo todo. Luego volved aquí y ultimaremos los detalles.

Pero el Genji tenía en Yoshitsune un dirigente incansable. Después de triturar a su primo Yoshinaka en el río Uji, había urgido a sus hombres para que destrozaran el ejército de su enemigo. Aprovechando la noche, y quemando casas y granjas para iluminar el camino de sus guerreros, Yoshitsune y su gran ejército se presentaron de

pronto ante la fortaleza del Heike. Cogido por sorpresa, Munemori llamó urgentemente a sus capitanes y les dijo:

—Tenemos el enemigo a las puertas. Pero necesitarán descansar antes del ataque y cada minuto de esta tregua debe usarse para desplegar a nuestros soldados en formación de combate. Estamos seguros de que no nos pueden atacar por detrás. Por tanto, podemos concentrar las tropas dentro del fuerte contra un ataque frontal y extender el flanco de la izquierda hasta llegar a las orillas del río y el de la derecha hasta el valle de Ichi-no-Tani. Anclaremos nuestros barcos en la bahía y desde ellos nuestros arqueros podrán barrer al enemigo que ataque por la llanura y ponernos a cubierto cuando nos toque atacar a nosotros. ¡Soldados del Heike, debemos luchar con valor para aniquilar al enemigo y entronizar de nuevo en la capital el glorioso nombre del Heike!

Los capitanes salieron y aquella noche desplegaron los ejércitos del Heike en formación de combate de acuerdo con el plan de Munemori. Y ya era tiempo, porque al día siguiente Yoshitsune lanzó su primer ataque concentrando sus fuerzas sobre el fuerte y estableciéndose en el valle de Ichi-no-Tani. Durante todo el día estuvieron atacando, pero sus soldados se vieron forzados a retroceder varias veces con grandes bajas y muchos de sus mejores capitanes quedaron muertos en el campo de batalla. Por la noche el ataque empezó a amainar y los ejércitos del Genji recibieron la orden de retirarse. Yoshitsune mandó llamar en seguida a Benkei, su mejor amigo y recién nombrado capitán. Después de realizar las ceremonias de salutación, y cuando se hubieron ido los criados, Benkei aceptó agradecido la pipa y el tabaco que le ofrecía su señor.

—Amigo mío —comenzó diciendo Yoshitsune—, nuestro plan ha fracasado. Nuestras bajas han sido numerosísimas y no hemos debilitado por ninguna parte las posiciones del enemigo. Sus fortificaciones son demasiado fuertes para tomarlas mediante el ataque frontal y si seguimos con esta táctica acabarán con nosotros. Sin embargo, si pudiéramos atacar por detrás los cogeríamos completamente por sorpresa y la victoria sería nuestra.

Benkei sacó la pipa de su boca y miró con espantada incredulidad a Yoshitsune.

—¿Qué estáis diciendo, señor? ¿Atacar por detrás? —clamó—. Pero eso es imposible. Los declives de las montañas son tan perpendiculares como los biombos de oro de vuestra señoría. Ningún hombre ni tampoco bestia puede esperar jamás poner allí el pie. Moriríamos todos antes de que pudiéramos llegar a los soldados del Heike.

La cara de Yoshitsune adquirió una familiar expresión obstinada.

—Conozco muy bien las dificultades —replicó—, pero nada es imposible y nada es inexpugnable. No importa lo formidable que parezca, no importa lo fuerte que sea, nosotros lo que tenemos que hacer es buscarles el punto débil. Hemos atacado desde el mar y hemos fracasado. Hemos atacado por los flancos y hemos fracasado. Por tanto sólo nos queda una posibilidad: la aproximación por las montañas y el ataque

por detrás. Nuestra primera consideración, pues, es encontrar a alguien que conozca bien las montañas y que sea capaz de aconsejamos en los pasos a seguir. ¿Podemos encontrar a esa persona?

—Eso, señor, no ofrece grandes dificultades —replicó Benkei—. En estos parajes hay muchos cazadores y si existe algún camino por el que nuestros soldados puedan escalar las montañas seguro que ellos lo saben. Con vuestro permiso, señor, saldré en seguida a buscar a uno de ellos.

Toda aquella noche Benkei se la pasó rastreando aquella zona en busca de alguien que les guiase. Al fin encontró a un mozo, hijo de un viejo cazador que había pasado toda su vida entre las montañas. El muchacho conocía las montañas tan bien como su padre, y cuando se le explicó lo que se requería de él, estuvo de acuerdo en acompañar a Benkei.

Benkei lo condujo ante el señor Yoshitsune. El mozo, intimidado por estar en presencia de persona tan distinguida, fijó sus atemorizados ojos en el suelo y tuvo que pasar un buen rato antes de que pudiese articular palabra.

—¿Puede bajar un hombre los declives que hay detrás de Ichi-no-Tani? —preguntó Yoshitsune.

—Es demasiado difícil, señor —tartamudeó el muchacho.

—¿Puede bajarlos un caballo? —preguntó Benkei.

—Nunca he visto hacerlo a ninguno —replicó el mozo—, pero sí he visto bajarlos a un ciervo.

—¿Has dicho que un ciervo puede bajarlos? —gritó Yoshitsune—. Pues si puede bajarlos un ciervo también puede hacerlo un caballo.

Después de despedir al muchacho, Yoshitsune y Benkei siguieron haciendo planes hasta elaborar un plan de ataque que parecía viable. La mitad del ejército tenía que atacar por cada lado del palacio con el fin de crear una táctica de diversión. La otra mitad, guiada por el mozo, tenía que seguir a Yoshitsune.

Cada soldado debería conducir a su caballo tan silenciosamente como fuera posible a través de las montañas hasta llegar al extremo en donde caían los declives hasta el valle por detrás de la fortaleza. La primera mitad que hemos mencionado, tenía que atacar por tres frentes: a través de los flancos rocosos de los laterales, y a través de la llanura desde el mar pasando por las fortificaciones que se extendían desde el valle a la fortaleza. Todo este ataque debería ir acompañado de gritos de guerra de cada hombre con el fin de crear un tumulto que penetrara todos los rincones de la fortaleza. Una vez empezado el combate el plan de Yoshitsune consistía en descender con sus hombres y caballos por los declives y atacar al enemigo por detrás.

—¡Requerirá el máximo de cada hombre y de cada caballo! —gritó Yoshitsune con voz inflexible al día siguiente, cuando explicó a sus guerreros el plan de ataque —. Pero allá donde pueda descender un ciervo, también lo podrán hacer los hombres y los soldados del Genji.

Los hombres recibieron la orden de descansar lo que pudieran hasta que llegara la

hora de ponerse bajo el mando de sus respectivos capitanes para empezar la ofensiva, y que hicieran el camino en silencio y bajo el cubierto de la oscuridad.

Al caer la noche, Yoshitsune y sus hombres montaron en sus caballos y siguieron al muchacho hasta el pie de las montañas. Allí desmontaron y cada hombre vendó con sacos los cascos de sus caballos y quitaron cualquier cosa que pudiera ocasionar algún ruido. Furtivamente, y sin decir una palabra, comenzaron el difícil ascenso. Poco después de media noche llegaron a la cima de la montaña sin haber sufrido ninguna desventura y en seguida lo dispusieron todo para descansar junto a los caballos. Los soldados recibieron la orden de no hablar o silbar con el fin de que ni la más mínima brisa pudiera transportar su sonido a los centinelas de abajo.

Yoshitsune se situó al borde de la cortina de declive y con sólo el sonido de la respiración de los caballos en sus oídos, observó el fuerte, abajo, a lo lejos, y las defensas que se extendían varios kilómetros a cada lado. Hasta allá arriba le llegaban los ruidos ocasionales de cantos y música a través del aire de la noche, lo que hacía evidente que los pensamientos de sus enemigos estaban muy lejos de suponer un ataque de la naturaleza del que se les avecinaba. Al oír un ligero chasquido, se volvió y vio junto a él una figura oscura. Era Benkei. Ambos se pusieron a pensar en silencio y de vez en cuando alargaban sus cabezas para mirar abajo. Sus pensamientos se hallaban perdidos en la peligrosa tarea que tenían ante ellos y ante sus soldados, y Yoshitsune murmuró una oración con el fin de que su voluntad y su corazón no flaquearan en el momento decisivo. Gradualmente empezó a iluminarse el cielo y un ligero destello sobre el horizonte anunció el primer rayo del amanecer. Rápidamente Benkei se movió entre los hombres y en pocos instantes todos estaban sentados en sus sillas y dispuestos para el ataque. A medida que avanzaban los minutos, los unos se miraban a los otros y aquí y allá los guerreros acariciaban los cuellos de sus inquietos caballos.

Al frente de sus hombres Yoshitsune observaba rígida y ansiosamente lo que pasaba abajo. En el horizonte las nubes estaban teñidas de rojo y el alba arrojaba su plata sobre la superficie del mar. Detrás de Yoshitsune un caballo pateó el suelo y rompió el silencio con un agudo relincho. De repente Yoshitsune se tensó al divisar abajo una oscura sombra que se alargaba y se dirigía desde los flancos y el mar hasta las fortificaciones. El canto de las gaviotas y los gritos y el clamor de la batalla desgarraron el aire de la mañana y el eco resonó aquí y allá contra los declives de la montaña y a través del valle. Las luces iluminaron el fuerte y los atentos hombres que estaban arriba pudieron escuchar el clamor y los gritos de los soldados del Heike que ya se aprestaban a repeler el ataque frontal. Ni un movimiento se apreciaba detrás; ni tampoco quedaba un centinela para anunciar la amenaza que se cernía sobre ellos. Todo sucedía como Yoshitsune había calculado: la parte de atrás quedaba desguarnecida.

Con una voz que superaba claramente al clamor que venía de abajo, Yoshitsune gritó:

—¡Ha llegado el momento! Seguidme e imitad la forma en que actúo. Asíos a vuestras sillas y sujetad bien las riendas. No perdáis la cabeza ni un segundo o estaréis sentenciados. Alzad vuestras espadas al cielo y poned vuestra confianza en la divina voluntad.

Tiró de la brida a su caballo y lo contuvo hasta que el cuello del animal estuvo casi arqueado como un arco. El caballo pateó el suelo con sus cascos delanteros al sentir la fuerza que le obligaba a ir hacia la orilla del declive. Yoshitsune se echó para atrás en la silla, casi tocando el lomo de su caballo, y lanzó furiosamente a éste hacia adelante. El aterrorizado animal dio un bufido y se lanzó por la cuesta desprendiendo a su paso tierra y rocas. Con un chillido salvaje Benkei y los soldados le siguieron. Los alocados relinchos de los caballos y el ruido de los cascos sobre el suelo quedaban absorbidos en las nubes de polvo que se formaban alrededor de los hombres y los animales que descendían como locos. Muchos de ellos cayeron y fueron pateados en su caída, pero el ataque continuó adelante y el hombre y la bestia se magullaban y sangraban en su desenfrenado asalto hacia el fuerte.

Molidos y magullados llegaron al fin a suelo plano. Gritos de desesperación y aviso brotaron en el fuerte al notar el Heike que estaban rodeados de un ejército que parecía haber llovido del cielo. Los soldados del Heike que estaban en la parte delantera tuvieron que enfrentarse al nuevo peligro que les venía por detrás y bajo un torbellino de flechas las tropas del Genji arrasaron las empalizadas de madera con sus antorchas hasta que todo el palacio y fuerte quedó convertido en una hoguera. Los guerreros del Heike luchaban denodadamente para contener el alud de hombres, espadas y saetas. Pero ya era demasiado tarde. Las defensas exteriores estaban fuera de combate y la lucha se desarrollaba ya dentro de los patios del palacio. Con sus líneas rotas, el Heike empezó a huir en una desbandada salvaje, dirigiéndose hacia los barcos anclados en la bahía. Sin ninguna discreción los soldados del Heike sucumbieron al pánico ciego y aquellos que pudieron alcanzar y montar en las barcas, en su desesperación golpeaban con sus espadas las manos de los que se habían cogido a los bordes. Miles de ellos se ahogaron; el mar se tiñó de rojo con la sangre de los muertos. Y los estandartes rojos del Heike cayeron al agua como las hojas marchitas de los árboles.

Entre los pocos que habían logrado escapara la carnicería se encontraba Munemori. Tenía bajo su custodia a Antoku Tenno, hijo del emperador, y estimando que tenía el sagrado deber de salvar por encima de todo al niño, escapó con él y los miembros de su familia en cuanto empezó la derrota. La noticia de su huida se extendió a la velocidad del rayo entre los soldados del Heike, y la moral de éstos se desintegró por completo. Aquellos que no habían podido escapar se rindieron y los pocos bloques de resistencia que aún quedaban en los flancos pronto se paralizaron. Los soldados victoriosos del Genji persiguieron por todas partes a los del Heike que habían escapado por tierra, y sólo los gritos de dolor de los heridos y de los que agonizaban rompían el silencio del campo de batalla.

Fue precisamente en este momento de repentina quietud cuando un caballo negro salió galopando del castillo en llamas llevando en su grupa a un joven guerrero del Heike. Era Atsumori, el sobrino de dieciséis años de Kiyomori que se dirigía hacia la playa. Cuando se hubieron roto las líneas del Heike, Atsumori se había entretenido en recoger algunos de sus pequeños efectos personales. Al volver a salir se encontró frente a tres soldados enemigos y, aunque después de una denodada lucha salió vencedor, el retraso había sido fatal. Cuando llegó a la playa todas las barcas se habían ido y estaban ya a bastante distancia de él.

Atsumori veía desesperado alejarse a las barcas. Y como sabía que los demás caminos posibles de huida estaban ya bloqueados, urgió a su caballo hacia el agua con la esperanza de alcanzar a nado la barca más cercana.

Sólo había penetrado unos metros cuando un grito le hizo volverse en la silla para ver venir hacia él a un guerrero del Genji que montaba un corcel blanco y llevaba levantado en su mano derecha el abanico de guerra negro con el círculo rojo brillante en su centro.

—¡Eh! ¿Estoy viendo la espalda de uno que por el estilo de su armadura y maneras es un noble del Heike? —aulló el guerrero—. ¿No te da vergüenza? ¿No es la obligación del soldado el dar sólo la cara al enemigo? ¡Vuélvete y enfréntate conmigo, que tenemos varias cosas que decirnos!

El insulto de cobarde encolerizó de tal modo al joven Atsumori, que tiró enérgicamente de las riendas a su caballo y se dio la vuelta para enfrentarse a su oponente. Resuelto y airado Atsumori arrojó su arco y desenvainó la espada para ir violentamente contra su enemigo. El guerrero sacó también su espada y se dirigió hacia el muchacho. Atsumori atacó una y otra vez, pero sus dieciséis años no podían competir con el fuerte y veterano soldado quien, de un rápido mandoble, arrojó al suelo a Atsumori. El estricto código de la clase bélica exigía que el guerrero vencedor debía degollar a su prisionero, por lo que envainando su espada, el de Genji sacó el puñal. Al quitar el casco al muchacho con el fin de cortarle la cabeza con más facilidad, quedó al descubierto el agraciado rostro del joven. Al levantar el puñal su brazo cayó impotente.

—¡Ay! —pensó—. ¡Tan joven y tan valiente! Su juventud y apostura me recuerdan a mi hijo, y pienso en lo que sufriría mi corazón si él fuera capturado y amenazado con el degüello como lo está este joven ahora.

Se inclinó sobre una rodilla, puso suavemente su mano sobre el hombro de Atsumori, y dijo:

—Joven señor. Tú eres un noble del Heike. ¿No querrías honrarme diciéndome tu nombre? Yo soy el general Kumagai.

Atsumori miró el rostro de aquel ilustre soldado. Ya eran legendarios por todo el país los relatos sobre sus valientes hazañas en las batallas y su benevolencia de corazón eh la paz. Era el orgullo del clan Genji y entre el Heike se le consideraba con el mayor de los respetos.

—Soy Atsumori, de la casa de Taira y sobrino del general Kiyomori. No temo a la muerte. Cumple con tu obligación y degüéllame.

Desprendiéndose de la armadura, Atsumori desnudó su cuello y lo ofreció al soldado para que le matase. Sin embargo Kumagai se puso de pie y empezó a pensar apenado. Este joven era de la noble familia de Taira y sus padres, aunque aristócratas y enemigos suyos, eran tan humanos como los demás hombres y mujeres. Imaginó la desesperación que caería sobre ellos cuando oyeran el relato de la humillante muerte de su joven hijo. Volvió a mirar a Atsumori, y tocado en el corazón por su inocencia y juventud, decidió perdonarle la vida y hacer todo cuanto pudiese para ayudarle a escapar.

En aquel momento oyó el ruido de cascos de caballos; se volvió y vio a alguna distancia que se aproximaba una compañía de soldados del Genji. Desesperado y con los ojos llenos de lágrimas Kumagai se volvió a su joven cautivo para decirle:

—Honorable Atsumori, eres el vástago de una vieja familia. Por respeto a tus padres y por la vida que tienes por delante me hubiese gustado salvarte. Pero ya no podemos elegir. Mis guerreros se están aproximando; si no te mato yo te matarán ellos; y si yo no cumplo con mi deber también seré destruido y el nombre de Kumagai se pronunciaría siempre, a partir de ahora, con el desprecio de la cobardía. Por tanto, prepárate joven señor del Heike. Es mejor que tu muerte sea a manos de uno de tu propio rango que a manos de un soldado raso. Me duele en el corazón que hayamos llegado a esta absurda carnicería entre nuestros dos clanes. ¡Perdóname lo que voy a hacer! Se me parte el corazón, de verdad. Sólo puedo decirte, noble Atsumori, que a partir de hoy envainaré mi espada y gastaré el resto de mis días en oración como sacrificio por tu muerte y por el descanso de tu espíritu.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas al mover al muchacho para que se preparara. Resueltamente levantó la espada con ambas manos y con un agudo tajo segó la cabeza del cuerpo de Atsumori. Después envolvió tiernamente la cabeza en un trozo de tela y la colocó delante de él en la silla. Montó en su caballo, no hizo caso a las preguntas de sus soldados, y se marchó.

Kumagai se apartó de todos los placeres terrenales, y después de un período de meditación, se sometió al rapado de su cabeza y se hizo sacerdote. Vivió la vida de un ermitaño, en la pobreza y humildad más extremada, y gastó el resto de sus días rezando por el alma del joven Atsumori.

IV
La caída del Heike

Después de la desastrosa derrota sufrida en la batalla de Ichi-no-Tani, el Heike se llenó de desesperación. Millares de soldados de su ejército habían caído muertos y en el caos que siguió, los hombres que tuvieron la suficiente fortuna de escapar a la matanza quedaron diseminados por todo el país, muchos de ellos vagando sin orden ni disciplina. Munemori había logrado escapar junto al hijo del emperador Antoku y las insignias sagradas, así como con algunos miles de seguidores. Acosado durante casi un año por los ejércitos del Genji, se estableció finalmente en una región amiga del país.

Sin embargo, él sabía muy bien que el respiro iba a ser corto, porque el Genji estaba reuniendo sus fuerzas otra vez con el fin de lanzar contra él un nuevo ataque por tierra y mar y así añadir al reciente éxito la decisiva y final victoria. No había tiempo que perder para reconstruir su destrozado ejército. Se enviaron correos para recorrer las montañas y las llanuras con el fin de notificar a los restos de las fuerzas del Heike que se dirigieran inmediatamente al cuartel general de Munemori, donde descansarían, se reorganizarían y serían incendiados con un nuevo espíritu combativo. De su anterior escuadra de más de dos mil barcos sólo quedaban escasamente unos quinientos, los cuales se reunieron en la costa oriental.

Cuando consiguió juntar a los hombres y los barcos, Munemori hizo el recuento. Rápidamente revistó sus filas y su tristeza se convirtió en desesperación al comprobar la poquedad de sus fuerzas. Pero la esperanza renació al saber que muchas unidades de la armada habían sido vistas en Kyushu y que una fuerza de unos cien barcos bajo el mando de uno de los aliados del Heike, el sumo sacerdote del templo Kumano, había sido vista en la región sur del mar de Inland, a bastante distancia de Kyushu.

Kyushu estaba bastante lejos, hacia el suroeste de su cuartel general. Si actuaba rápidamente y dirigía sus barcos y hombres hacia aquella región con el fin de juntar allí sus fuerzas, dispondría del tiempo precioso que necesitaba para establecer una fortaleza y desplegar sus guerreros a lo largo de la costa antes de que el Genji empezara su ofensiva. Estaba lleno de presentimientos. En la próxima batalla se iba a dilucidar la supervivencia de su gran clan. El Genji intentaría aniquilarlos. Todo lo que él pedía era que si el Heike no podía inclinar la balanza a su favor, luchara hasta que el último soldado hubiera perdido la vida con el fin de que la gloria y la magnificencia de su final fuera narrada y cantada por los poetas venideros.

Antes de dar la orden para llevar a cabo su proyecto, Munemori dirigió sus pensamientos hacia el hijo del emperador. El niño necesitaba de alguien que cuidara de su sagrada persona y recordó a la anterior esposa de su padre, la señora Nii. Cuando Kiyomori decidió retirarse a su solitaria vida de monje, ella también, como era costumbre, había renunciado a todos los lazos terrenales y se había retirado a vivir

recluida como una monja. Kiyomori estaba ahora muerto y ya casi nada del mundo exterior perturbaba la paz que ella disfrutaba. Al recibir el mensaje de Munemori y saber el enorme peligro que pendía sobre el Heike y sobre la persona del joven emperador, Nii no pensó sino en abandonar el templo y tomar sobre sí la alta responsabilidad que se le pedía.

En la mañana del levantamiento del campamento todo se hallaba en la confusión de los preparativos y por todas partes los rostros tensos de los soldados mostraban el momento decisivo en que se encontraban. Sólo el niño Antoku estaba ajeno a lo que se avecinaba. Para él y para la señora Nii se había dispuesto ya un barco y desde allí observaba complacido los movimientos de los oficiales y soldados. Cuando todo estuvo dispuesto, los guerreros se alinearon en las cubiertas para recibir las órdenes y exhortaciones finales de Munemori. Los mensajeros de éste subieron a cada barco, desenrollaron el mensaje y leyeron en alta y enfervorizada voz:

—¡Soldados del Heike! Hoy ponemos proa al oeste. Nuestro objetivo es establecer contacto con nuestras fuerzas de Kyushu y construir un fuerte en una de las partes protegidas y convenientes de la costa. Sabemos que las fuerzas del Genji se están moviendo ya para ocupar los puntos estratégicos a lo largo de las costas del mar de Iniand. Para eludir la batalla antes de llegar a nuestro destino, necesitamos disponer de toda nuestra fuerza y de todos nuestros recursos de marineros. Una vez nos hayamos unido a nuestras fuerzas de Kyushu, aguardaremos al enemigo con calma y determinación. Será una batalla a vida o muerte. De ella dependerá nuestra supervivencia o nuestra aniquilación. ¡Soldados, os pido que limpiéis el gran nombre del Heike del oprobio de la derrota! Si es la voluntad del cielo, venceremos… si no, ¡no habrá rendición! Cada hombre debe entregar alegremente su alma para unirla al honor de sus nobles antepasados y nadie debe soportar la ignominia de las cadenas del Genji.

Las palabras penetraron en las fibras más hondas de la fidelidad de los hombres al clan, y de sus gargantas brotó un grito de adhesión. El general Munemori nunca había recibido antes tan caluroso apoyo de sus soldados, porque su reputación había sido frecuentemente manchada con los rumores sobre su terquedad, sus decisiones mal concebidas y una naturaleza grosera y estúpida. Pero ahora, en estos momentos de peligro, sus palabras incendiaban sus corazones y juraron aniquilar al Genji.

En la embarcación del joven emperador, la monja guardiana y sus damas de honor escucharon el mensaje y los gritos de réplica de los soldados. Cada una de ellas era consciente, al igual que los soldados, del combate que se avecinaba. Las damas de honor lloraban. El niño se dirigió hacia la señora Nii. Sus miradas se encontraron y en la vista serena pero interrogadora del muchacho, Nii observó que él, a su manera, también era consciente del momento crítico en que se hallaban. El niño no habló, pero siguió mirando fijamente a la mujer con sus ojos brillantes y nobles hasta que ella no pudo resistirlo más. Volviéndose rápidamente, desapareció en una habitación interior donde cayó de rodillas para rezar apasionadamente a Buda que preservara la

pura y joven vida que se le había confiado.

Afuera resonó una señal. Los gallardetes y banderas fueron izados; y con toda la brillante panoplia bélica los barcos se hicieron a la mar. Con el rumbo puesto hacia Kyushu, navegaron durante muchas semanas. El mar estaba en calma y el viento les era favorable, por lo que hicieron un viaje rápido y sin ninguna oposición del enemigo. En una brillante mañana de primavera llegaron ante los estrechos de Shimonoseki, lugar que Munemori había elegido para desembarcar y erigir una fortaleza que se convirtiera en el punto de reunión de sus fuerzas en Kyushu.

Día tras día viraron y navegaron tratando de encontrar un lugar para desembarcar. Para terminar de completar su desesperación, comprobó que las fuerzas del Genji se habían extendido ya a lo largo de toda la costa. Allá donde se dirigiera: el norte, el sur, el este o el oeste, allá estaba esperando el enemigo, implacable y en orden de batalla. El Heike pues había estado navegando hacia una trampa. Estaban interceptados y cogidos en las afiladas garras del Genji. En un intento final por establecer contacto y reunirse con sus fuerzas de tierra firme, Munemori envió avanzadillas bajo el disimulo de las tinieblas, pero las nuevas que éstas trajeron eran desastrosas. Los hombres que él esperaba que se le unieran, desorganizados y faltos de líderes capaces, estaban aburridos y descorazonados por las constantes derrotas. En consecuencia, uno tras otro habían desertado de sus destacamentos y se habían unido al Genji. El general Yoshitsune no había perdido el tiempo tampoco y en seguida los había organizado en sus divisiones, que junto a las tropas de que ya disponía, formaban una impenetrable barrera para el avance del ahora disminuido ejército del Heike.

Munemori ordenó a la escuadra que echase el ancla en un punto en el que podía observar a los barcos del Genji y apreciar sus movimientos. Durante todo aquel día y la noche siguiente la escuadra del Genji, ahora muchísimo más poderosa, y la del Heike, estuvieron holgazaneando sobre las aguas del flujo de la marea. Al amanecer, guiados por un estandarte en el que iba inscrito el nombre del dios del templo, los barcos del sumo sacerdote del templo de Kumano se dirigieron a los estrechos. Para desesperación de Munemori y de los soldados del Heike que lo presenciaban, la escuadra sobrepasó a sus anteriores aliados y se unió a las fuerzas del Genji. El desaliento cundía ahora en cada guerrero del Heike. Con sus fuerzas mermadas, sólo les esperaba la muerte y la derrota. Únicamente un milagro podría darles la victoria.

Al sentir la desesperación que se iba apoderando de toda la flota, Tomomori, el hermano menor de Munemori, montó en una pequeña barca y se dirigió a los barcos. En tonos elevados que llegaban hasta las cubiertas, gritó:

—¡Soldados del Heike! Ha llegado el momento supremo. Todos vosotros sabéis la gravedad de nuestra situación. No hay retirada. El enemigo nos rodea por todas partes. Pero ¿vamos a esperar ociosos a que nuestros odiados adversarios nos aniquilen? ¿Vamos a consentir que todo el Genji se ría de nosotros? Sólo tenemos un camino posible. Debemos tomar la iniciativa. Tenemos que atacar, y atacar con toda

nuestra fuerza y voluntad de ganar. Nuestro principal objetivo debe ser la captura de Yoshitsune. Naturalmente, con Yoshitsune muerto o prisionero, no lo tenemos todo; pero habremos restado muchísima moral a nuestros enemigos y ésa es la mitad del camino para la victoria. Esforcémonos pues hasta el máximo y tratemos de ganar la batalla. Si sólo logramos esto, el encuentro con nuestros antecesores será inmaculadamente glorioso.

Las palabras de Tomomori despejaron la atmósfera de tristeza que invadía los barcos del Heike. Los guerreros respondieron a ellas con protestas de intensa fidelidad. El gran espíritu de lucha del Heike fluía por los ojos de cada hombre. No importa lo que ocurriese en la batalla venidera, estos soldados estarían cubiertos de gloria. En medio de una declaración ferviente de devoción el joven Noritsune, de la familia Jaira, se asomó a la borda del combés de su barco y respondió fieramente:

—Yoshitsune es famoso especialmente por sus proezas en saltos; por eso se le denomina muy bien con el nombre de «el pájaro». Pero aquí estoy yo, dispuesto a saltar a la eternidad para la honra del Heike. Para eso primero debo capturar al «pájaro»; luego, cuando yo lo lleve bajo el brazo y salte con él a las olas, veremos si puede volar.

Una serie de risotadas saludaron las palabras de Noritsune y el ánimo de los soldados estuvo de nuevo en alza, dispuestos a afrontar su destino.

La marea estaba subiendo rápidamente. La señal para que todos estuviesen dispuestos pasó de un navío a otro. La intención de Munemorí era levar anclas cuando empezase a bajar la marea, dirigirse hacia la entrada de Dan no Ura, donde se estrechan más las aguas, y allí disponer sus barcos en apretada formación de combate. Con esta estrategia esperaba reducir el área de acción de las naves del Genji.

Mientras tanto, Yoshitsune no estaba ocioso ni tampoco desconocía el gran peligro que suponía el espíritu ferviente e indomable de los guerreros del Heike. No había tiempo que perder, por eso decidió rápidamente su pian de campaña. En cuanto la marea empezó a bajar, envió una flota de sus pequeños barcos para que se dirigieran a los estrechos donde las aguas eran más profundas. Ayudados por el rápido reflujo de la marea, la flotilla estaba entre los barcos del Heike casi antes de que éstos hubieran podido recoger sus anclas. Como los varios[9] se arrojan entre las rocas, los pequeños barcos se movían arriba y abajo entre las naves enemigas. Estuvieron lanzando continuamente una mortífera lluvia de flechas que propagaban el pánico y la confusión entre los sorprendidos soldados del Heike.

Tomomori y Noritsune corrían de acá para allá reuniendo a los hombres, mandándolos y exhortándolos, y pronto el Heike pudo repeler el ataque con una despiadada granizada de saetas. El aire estaba impregnado de gritos y los chillidos traspasaban a los hombres. Muchos se lanzaban desde los barcos del Heike y abordaban los pequeños navíos del Genji transformando las cubiertas de éstos en ríos de sangre con sus espadas.

El primer ataque del Genji fue, pues, repelido y las esperanzas de los soldados del

Heike se remontaron alto. En ese momento, una pareja de palomas rasgaron el cielo azul con su vuelo y fueron a posarse en la popa del barco de Yoshitsune. Inmediatamente apareció una oscura nube que ocultó el sol, y a través de la cual surgió la bandera blanca del Genji. Los guerreros de Munemori gritaron aterrorizados y Shigoyoshi, comandante de unos cincuenta navíos del Heike, entendiendo todo esto como un mal presagio, desertó y se pasó a las filas enemigas junto con los barcos a su mando. El Heike estaba ahora en franca inferioridad numérica, por lo que Yoshitsune, guiado por la información de un traidor, reunió a todas sus fuerzas y volvió a atacar.

Delante y detrás, la batalla adquirió proporciones intensísimas hasta que los muertos llegaron a tan espantosas cifras que casi no quedaban hombres bastantes para manejar los navíos. Los barcos subían y bajaban sobre las olas mientras que por todas partes de las orillas circundantes los ejércitos del Genji se aprestaban para asestar el golpe final. Era pues cuestión de tiempo que el Heike se decidiera por la capitulación o eligiera el camino más honroso del suicidio. El mismo Tomomori remó hasta el navío del joven emperador y llamó a todas las damas de honor para decirles con palabras tristes pero llenas de dignidad:

—El fin está cerca. No hay nada que hacer. Ahora debéis dirigiros al cielo. Coged todo lo que sea impuro o sucio y echadlo a las aguas. Limpiad y purificad este navío para que pueda convertirse en el umbral del mundo sempiterno. Como hijas verdaderas del Heike haced lo que creáis que es noble y valioso para vosotras. Adiós.

Después de hablar con las damas de honor, bajó lentamente a la cámara donde estaba la señora Nii vigilando al joven emperador. Tomomori se inclinó reverentemente al entrar en la sala, y acercándose a la monja le habló en voz baja. La expresión de Nii permaneció invariable; no movió ni un músculo que denotara la importancia de las palabras que estaba escuchando. Cuando Tomomori acabó de susurrarle al oído, el rostro del hombre se quebró y una expresión de apenada angustia cruzó por todo su ser; sin embargo, inmediatamente se serenó y con respetuosa dignidad y formalidad se inclinó ante el emperador y la monja como señal de despedida.

Después de que Tomomori se hubo marchado, la señora Nii siguió sentada en silencio. Luego pidió sonriendo al muchacho que la siguiera a la habitación interior donde le ayudó a ponerse unos vestidos ceremoniales al mismo tiempo que ella se ponía las oscuras ropas de luto. Entonces lo cogió de la mano y lo condujo a la cubierta superior. Las damas de honor estaban ya esperando, vestidas con los kimonos de ritual. Por todas partes el navío se hallaba limpio y engalanado como si estuvieran de fiesta. Después de levantar en brazos al niño, la monja ordenó a las damas de honor que se lo ataran a su cuerpo con su largo ceñidor. Una vez atado a ella, Nii tomó los dos emblemas de la corona: la espada sagrada y la sagrada piedra preciosa y se dirigió hacia el borde del navío. Con la ayuda de sus damas de honor, Nii se subió al puente.

El niño la miró y preguntó:

—¿Nos vamos de viaje?

—Sí, majestad, nos vamos de viaje —contestó Nii con las lágrimas cayéndole por las mejillas—. Vamos a hacer un largo viaje desde nuestro triste e infeliz Japón a una tierra que está más allá del mar y en la que siempre se disfruta alegría y paz. Allí reinarás con todas las virtudes de tu noble rango. Pero primero debemos mirar al este, donde está el gran altar de Ise y rezar a la deidad de la guarda para que nos proteja en nuestro viaje y decir el último adiós; luego al oeste para ofrecer nuestros rezos al señor Buda con el fin de que nos dé la bienvenida al país de la sempiterna bendición.

Se volvieron primero al este y luego al oeste para rezar en silencio. Una intensa serenidad interior recorría a la señora Nii y una expresión beatífica iluminaba el agraciado rostro del niño emperador. Luego Nii abrazó a la criatura y en sus últimos y breves momentos se asemejó a una santa. En el instante siguiente las turbulentas aguas la acogían a ella y a su sagrada carga.

Las damas de honor que presenciaban traspasadas la escena, miraron fijamente los círculos que formaban las aguas en el punto en que las burbujas y la espuma surgían de los cuerpos que se hundían, hasta que el último remolino se apagó, así como las burbujas. Después, una por una, las damas de honor ofrecieron una oración, se subieron al borde y pidiendo reunirse con su amo real y con su noble señora se lanzaron a las aguas.

Desde un navío cercano el bravo Noritsune presenció su heroica muerte. Las lágrimas le rodaban por las mejillas y caían en la armadura que cubría su pecho. Con los brazos colgándole sin fuerzas, se alejó de la insoportable escena y presenció a su alrededor los cuerpos de sus camaradas que se debatían en las contorsiones de la muerte. Se descolgó hasta una pequeña barca de remos y con todas sus fuerzas se dirigió hacia el navío que llevaba la insignia de Yoshitsune.

El Heike estaba sentenciado, pero la batalla continuaba con toda la ferocidad de unos hombres decididos a producir todo el castigo posible al enemigo antes de morir. Las flechas llenaban el aire como si fueran lluvia; los barcos viraban y maniobraban cerquísima en violentas luchas a muerte; y los gritos de los que morían resonaban a lo largo de toda la costa.

Ajeno a todo peligro y colérico hasta el frenesí, Noritsune condujo su pequeña barca a través de las agitadas aguas hasta llegar a un costado del navío de su mayor enemigo. Yoshitsune lo vio venir y rápidamente hizo los preparativos para encontrarse con él. Sus guerreros se aprestaron en seguida a formar una barrera entre él y Noritsune, quien ya se había aupado por el costado del buque y había llegado a la cubierta. El airado Noritsune atacó a los soldados con tal ímpetu que éstos retrocedieron y cayeron, hasta que se halló frente a frente con Yoshitsune.

—Defiéndete —gritó—, porque he venido para vengar a mi pueblo. Soy Noritsune, sobrino del gran Kiyomori. En su nombre y en el nombre del Heike, te desafío.

Los soldados volvieron a plantarse frente a él, pero con una fuerza redoblada por

la furia y la cólera incontrolable, rompió su barrera y se lanzó fieramente sobre ellos, hiriendo a unos y a otros y arrojándolos al mar. Los guerreros volvieron una y otra vez, pero nada podía detener la ferocidad de sus mortíferos espadazos. Noritsune volvió a quebrar la barrera de soldados pero Yoshitsune, que había divisado cerca uno de los barcos del Genji y había medido la distancia que le separaba de él con una rápida ojeada, salió disparado hacia el navío y embarcó en él. Después se volvió y se rió burlonamente de Noritsune. Había sido un salto milagroso por lo que Noritsune, a pesar de su odio y de la mortificación que sentía por la huida de su enemigo, lo admiró interiormente.

En ese momento los guerreros reanudaron el ataque y Noritsune se vio forzado a retroceder hacia la borda. Pero nada podían hacer contra él; ni los trucos de los espadachines, ni los asaltos en masa podían contenerle. Luchaba como un demente. Uno por uno fueron cayendo ante su espada hasta que sólo quedó un soldado. Noritsune tiró su espada y se abalanzó sobre él. Cogiéndole con ambos brazos lo levantó por encima de él y lo arrojó contra la borda.

—Ya no tengo nada que hacer excepto morir —gritó—. ¡Ay! Yoshitsune se me ha escapado y tengo que contentarme contigo, mi buen amigo, para que me acompañes a la eternidad.

Noritsune cogió bajo el brazo al soldado y con una última oración a Buda para que lo limpiara y perdonara, saltó junto con su cautivo al agitado mar donde las aguas los acogieron y se cerraron sobre sus pesados cuerpos vestidos con la armadura.

Por su parte Yoshitsune, que ya había recibido refuerzos de sus navíos mayores, se había acercado al barco almirante del Heike y lo había sometido. Todo estaba terminado excepto la aniquilación de los numerosos guerreros del Heike que ahora iban a ser ejecutados sin misericordia. El mar se tiñó de rojo con la sangre de los muertos y el humo procedente de los barcos ardiendo se elevaba en negras nubes oscureciendo el cielo azul. Los soldados que habían escapado se habían cogido a los restos de sus barcos y eran arrastrados por la rápida corriente de los estrechos, pero sólo para encontrarse con la crueldad de la caballería del Genji que les esperaba y que durante toda la batalla habían estado vigilando desde las playas de Dan no Ura. De los últimos navíos del Heike que todavía no se habían hundido, salía el sonido de las oraciones de tos que se suicidaban arrojándose a las espumosas aguas. Así ocurrió por ejemplo con Tomomori y sus camaradas. En cambio Munemori, el último que saltó, estaba sobrecogido de terror. En ese terrible momento en que se le exigía morir como acto supremo de fidelidad al Heike, la naturaleza débil y vacilante de Munemori se apoderó de él. Casi sin saber lo que hacía, se revolvió y empezó a nadar desesperadamente. Al divisar un remo que salía de uno de los barcos del Genji se agarró desvergonzadamente a él olvidándose de todo menos del terror a la muerte. Fue izado a la cubierta y hecho prisionero, y algunos días más tarde era degollado ignominiosamente en un camino desierto que salía de la capital.

Así fue como el poderoso clan del Heike encontró la ruina y desapareció. Esto

ocurría a tos cuatro años de la muerte de su más grande dirigente Kiyomori, bajo cuyo gobierno había llegado a la gloria. Echado a perder soto por la última cobardía de un hombre, tuvo un final lleno de heroísmo, sacrificio y pesadumbre que será contado en narraciones y cantado siempre por los poetas de la tierra de los hijos de los dioses.

Notas

[1] Señor, señora o señorita. <<

[2] Instrumento de tres cuerdas que se toca con un plectro de madera o marfil. <<

[3] Forma inconvencional de «San» que se usa solamente para niños, amigos íntimos o miembros de la familia. <<

[4] Adiós. <<

[5] Vino hecho de arroz. <<

[6] Una forma más fina de «San». <<

[7] Voz tomada del griego que significa el estado y la morada de los muertos; al igual que los infiernos, el Hades está ubicado «abajo». <<

[8] Estas cuatro historias son una selección de *Cuentos del Heike*, una famosa narración épica japonesa del siglo doce que trata de la lucha que sostuvieron por el poder la familia Taira (Heike) y la familia Minamoto (Genji). Las crónicas fueron recitadas durante muchísimo tiempo por los jacareros acompañados del laúd, pero más tarde se registraron en doce volúmenes escritos. En parte historia y en parte leyenda, refieren el poder y la gloria del Heike bajo el brillante pero cruel dirigente Kiyomori, y su trágica derrota y aniquilación por el Genji bajo el mando de Yoritomo y de su hermano Yoshitsune. Todos los niños japoneses conocen perfectamente los hechos heroicos, emocionantes y frecuentemente crueles de los héroes y heroínas que protagonizaron la larga lucha entre los dos grandes clanes, y forman parte asimismo del repertorio de las tradicionales representaciones dramáticas japonesas de *No* y *Kabuki*.

Esta selección que ofrecemos aquí se abre con una referencia al «emperador enclaustrado», y esto quizás necesite una palabra explicativa. Después de que la civilización china se hubo introducido en Japón, los monarcas reinantes tomaron por costumbre abdicar a favor de sus sucesores y retirarse a la vida privada para dedicarse plenamente a la meditación religiosa. A medida que fue pasando el tiempo, hubo emperadores que, al mismo tiempo que se desembarazaban de sus responsabilidades, deseaban seguir reteniendo el poder del trono. Por eso, aunque siguieron la práctica de la abdicación, continuaron dirigiendo realmente los asuntos de estado desde su reclusión. A tales emperadores se les conoció con el término de «emperadores enclaustrados». <<

[9] Phoxinus aphya: Pequeño pez de río. <<